Todo para Gloria de Dios





Pinceladas biográficas de la Venerable
Sor Gloria María de Jesús Elizondo García, m.c.p.



Todo para Gloria de Dios

Todo para Gloria de Dios

Pinceladas biográficas de la Venerable
Sor Gloria María de Jesús Elizondo García, m.c.p.



OPUS
Editorial

© Opus Editorial, S.A. de C.V.
Río Verde No. 212, Col. Miravalle
C.P. 64660 Monterrey, N.L., México
www.opuseditorial.com

2ª. Edición octubre 2020
ISBN: 978-607-7614-50-0

Título: Todo para Gloria de Dios
Pinceladas biográficas de la Venerable
Sor Gloria María de Jesús Elizondo García, m.c.p.
Autor/Compilador: María Patricia Gómez Elizondo
Revisión editorial: Silvia Burnes Sánchez
Dirección editorial: Lupita Carreón de Castillo
Diseño de portada: Carolina Castillo Carreón

Impreso en México

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial del contenido de esta obra.

Índice

Presentación

Hoy que nuestro mundo está necesitado de ejemplos de mujeres de corazón vivo que sepan cuál es su puesto y lo ocupen con dignidad, que aporten con ilusión su experiencia de Dios y que sepan transmitir la alegría de vivir el Evangelio, la Iglesia nos ofrece en la Venerable sor Gloria María de Jesús Elizondo García un testimonio luminoso de una catequista misionera que en su persona reúne, en una clara y radical síntesis evangélica, los rasgos que caracterizan el seguimiento de Cristo vivido en las diferentes edades de la vida: niña, adolescente, joven, mujer adulta y madura, y en los distintos estados: hija, hermana, amiga, empleada, empresaria, religiosa, superiora general y enferma.

Ella supo conjugar los dones naturales recibidos del Señor con el esfuerzo espiritual que la hizo crecer en las virtudes cristianas, guiada por un profundo amor a Dios que aprendió desde temprana edad en el seno familiar. Son unánimes las declaraciones de los testigos al afirmar que fue extraordinaria apóstol seglar por su caridad, mujer tenaz y prudente, de gran fortaleza y firme, emprendedora y obediente, práctica y contemplativa, enamorada de Jesucristo y sensible para descubrirlo y servirlo en los más pobres. Y después en la vida religiosa continuó siendo una misionera ardiente, pero además fue discípula humilde, formadora sabia, concreta y con grandes horizontes, cercana a sus hermanas

en un servicio inteligente y de tal generosidad que sorprende.

Vivió con facilidad, prontitud y alegría la firmeza de su espíritu de fe y su gran amor a Dios y al prójimo. Su vida se deslizó siempre, tanto en sus años de seglar como en sus años de religiosa, con un solo anhelo: *Gloria Dei*, para gloria de Dios y salvación de todos los hombres. Su ejemplo puede iluminar a quienes desean vivir su fe de manera significativa en el mundo del trabajo y en el de la consagración total a Dios.

Con un corazón unificado por el amor, se convirtió en sembradora de la paz. Su amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen le ayudó a armonizar la fe y la vida, a vivir con alegría las cosas pequeñas de cada día hechas con amor. Y así cumplió su misión en todos los períodos de su vida: *"Quiero que las personas se den cuenta que Dios las ama para que se acerquen a Él con confianza"*.

Para sor Gloria María de Jesús cincuenta y ocho años fueron suficientes para que Dios escribiera en su alma su historia completa, una historia que hoy todavía nos sacude de nuestras rutinas e indiferencias y en medio de su sencillez nos indica el único Camino, ayudándonos a comprender que la vida es la oportunidad que se nos brinda para trascendernos a través de la fidelidad en la entrega cotidiana a lo que vamos descubriendo que es la voluntad de *"el buen Dios"*, es decir, actuando en sintonía con sus planes salvíficos.

Su vida es un gesto profético y una invitación permanente a la conversión, es decir, a abrirse con gozo y generosidad al amor, a Dios y a todos los hermanos, especialmente a los más necesitados.

Descubramos en estas pinceladas biográficas cómo encontró ella el secreto de una vida tan plena, con qué alimentaba sus anhelos, dónde se fortalecía para sus luchas y qué fue lo que la mantuvo fiel a su opción fundamental durante toda la vida.

Mons. Juan Esquerda Bifet

I

Infancia y adolescencia

Procedencia familiar

Originarios del estado de Nuevo León, al norte de la República Mexicana, Alberto Elizondo González y Otila García de la Peña contrajeron matrimonio en la Catedral de Monterrey el 24 de agosto de 1906.

Los Elizondo eran naturales de Pamplona España, radicados desde el siglo XVIII en Villa de García, lugar tranquilo y solariego que se localiza al noroeste de la ciudad de Monterrey, donde Alberto pasó su infancia y adolescencia. Fue el cuarto hijo de Jesús Elizondo de la Garza y María Pomposa González Guerra, quienes tuvieron nueve hijos. Alberto comenzó a laborar en el ámbito comercial a los doce años para ayudar económicamente a su padre en la educación de sus hermanos más chicos. Era muy trabajador y austero en su persona, responsable y honesto, diligente y tenaz en lo que se proponía, se distinguió por ser de convicciones firmes y sentimientos nobles. A fines del siglo XIX la familia

Elizondo González cambió el lugar de su residencia a la capital del estado de Durango, localizada en la porción centro-noroeste de la República Mexicana, donde Alberto desde muy joven se destacó como próspero comerciante. Había logrado adquirir un edificio muy grande de dos pisos, por la calle 5 de Febrero, muy cerca de la plaza central, ahí en la parte de abajo instaló su negocio de abarrotes, muy surtido y bien atendido, el mejor de la ciudad a decir de sus contemporáneos, al que puso por nombre "El Castillo", y el piso de arriba lo dividió en dos: una parte la rentó como sede a la Oficina Federal de Hacienda y, cuando se casó, la otra parte la acondicionó como casa habitación para su familia.

Por su parte, los García también eran de origen español radicados en Monterrey, desde el siglo XVIII. Otila fue la primogénita del matrimonio formado por Praxedis García Barreda y Rosa de la Peña y Peña, quienes manejaban con gran éxito uno de los comercios más importantes de la ciudad. Otila era de carácter conciliador e inteligencia práctica, disciplinada y muy trabajadora, desde pequeña estudió música y canto, y manifestaba extraordinarias aptitudes para los trabajos manuales, siempre fue alegre y muy responsable. Se distinguió por la bondad de su corazón y su generosidad.

Por aquel tiempo era común que los comerciantes más destacados tuvieran contacto con los de otras ciudades para intercambiar los productos regionales por los que se producían en otras plazas y así fue como Alberto en sus visitas de Durango a Monterrey para entrevistarse con Praxedis conoció a su hija Otila y desde su primer encuentro quedó prendado de ella.

En una de las siguientes visitas que Alberto hizo a Monterrey llegó acompañado de su madre, doña Pomposita, como cariñosamente la llamaban, y de su hermana María Anita para que conocieran a su prometida.

Con tiempo comenzaron a circular las elegantes invitaciones a la ceremonia religiosa. Alberto tenía 34 años y Otila 25. Inmediatamente después del enlace matrimonial se ofreció un banquete para celebrar el feliz acontecimiento. Los recién casados viajaron de Luna de Miel a la Ciudad de México y posteriormente se trasladaron a Durango, fijando su residencia en la planta alta de "El Castillo" que para ese tiempo ya se había convertido en el negocio más importante de la ciudad.

Por aquellos años la vida familiar de los Elizondo García trascurrió de manera tranquila y natural. Su posición económica y social era muy favorable. Otila fue ama de casa cabal, se dedicó a las labores del hogar y se esmeró, junto con su esposo, en la educación de sus hijos, de manera especial les enseñaron a ver la mano providente de Dios en los acontecimientos cotidianos, inculcando en cada uno de ellos un gran amor a Dios y el ejercicio constante de las virtudes cristianas.

Dios los bendijo con la alegría del nacimiento de nueve hijos, el mayor de ellos nació en Monterrey: Alberto (julio 12 de 1907), los cuatro siguientes nacieron en la ciudad de Durango: Gloria Esperanza (agosto 26 de 1908), Ninfa Rosa María (enero 20 de 1910), Rogelio Alfonso (julio 28 de 1911) y Javier Edelmiro (diciembre 20 de 1912), y los cuatro más pequeños nacieron en Monterrey: Romeo César Roberto (mayo 2 de 1914), Otila (septiembre 8 de

1916), Jorge Fernando (diciembre 9 de 1921) y Dora Angélica (marzo 10 de 1923).

La segunda hija de los Elizondo García

Gloria Esperanza, a quien familiarmente le decían "Yoyi", fue la segunda hija de Alberto y Otila, nació a las ocho de la mañana del día 26 de agosto de 1908 en la casa marcada con el número 59½ de la calle Patoni en la ciudad de Durango. A los cuarenta días de nacida, el 4 de octubre, fue llevada a la pila bautismal de la Parroquia del Sagrario Metropolitano, recibiendo el signo del cristianismo de manos del M.I. Sr. canónigo Basilio N. Ávila, sus padrinos fueron Juan I. Reyes y Jovita Natera de Reyes.

Contaba sólo con un año de edad cuando Gloria enfermó de una fiebre maligna y por los caracteres de gravedad que revistió la enfermedad el diagnóstico médico fue reservado. Los doctores que la atendieron dudaban de que pudiera sobrevivir, por lo que se avisó a sus abuelitos maternos que vivían en Monterrey, quienes inmediatamente viajaron a Durango para visitarla, pero lo que no pudo la ciencia lo alcanzó la oración y al cabo de unos días repentinamente comenzó la niña a mejorar hasta recobrar completamente la salud. Dios tenía otros planes para ella y esa enfermedad sólo fue una prueba para acrecentar la fe de sus padres.

Por aquel tiempo, muy cerca de "El Castillo" vivían unas señoritas que eran maestras y ahí mismo en su casa tenían establecido un pequeño colegio donde impartían las clases a los niños. Cuando Gloria todavía no cumplía los cuatro años, su hermano Alberto que era un año mayor que ella comenzó a

asistir a ese colegio y Gloria pidió con gran insistencia acompañarlo hasta que su mamá accedió a sus ruegos. Fue así que a esa temprana edad inició el estudio de los primeros cursos de su educación elemental, manifestando una gran facilidad y rapidez para aprender. Ahí cursó primero y segundo de primaria.

Gloria recibió el sacramento de la confirmación en la Iglesia Catedral el 5 de enero de 1913 y fue su madrina la señorita Refugio Cirlos, quien tiempo después le regaló una colección de cuentos ilustrados con dibujos realizados minuciosamente con infinidad de detalles, los cuales despertaron en Gloria su afición por el dibujo y la pintura. Le gustaba dibujar en piedras pequeñas con tinta china artísticos paisajes en miniatura. En la actualidad se conservan y exhiben algunas de esas piezas en una vitrina que contiene sus objetos personales en la casa general de las Misioneras Catequistas de los Pobres.

Traslado a Monterrey

Un acontecimiento histórico vino a perturbar esa paz. Ya desde 1910 los efectos negativos de la Revolución se habían sentido en la capital del estado de Durango, pero la situación se agudizó en 1913 cuando el presidente Francisco I. Madero fue asesinado y el movimiento carrancista cobró nuevo vigor, logrando sitiar la ciudad de Durango las tropas comandadas por Tomás R. Urbina, Orestes Pereyra y por los hermanos Domingo y Mariano Arrieta, dándose inmediatamente a la tarea de saquear e incendiar los comercios y las casas de los vecinos más distinguidos. Esto propició

la emigración de numerosas familias buscando lugares más seguros.

En efecto, la noche del 18 de junio de 1913, cuando Gloria tenía casi cinco años , Alberto y Otila despertaron sobresaltados porque un terrible incendio invadía su hogar. Los revolucionarios habían saqueado "El Castillo" y subiendo al segundo piso prendieron fuego a los archivos de la Oficina Federal de Hacienda, ya que era su costumbre incendiar todo lo que pudiera ser útil a sus enemigos de causa. Desafortunadamente el incendio afectó también el hogar de los Elizondo García que se encontraba al lado. Alberto y Otila sólo tuvieron tiempo de sacar a sus cinco hijos pequeños y, con lo que traían puesto, corrieron a refugiarse en la casa de unos amigos, la familia Fernández, que vivían a media cuadra de la tienda, mientras amanecía y se calmaba un poco el tiroteo para salir a la calle y trasladarse a la casa de doña Pomposita, madre de Alberto, que distaba aproximadamente dos calles de "El Castillo", donde permanecieron por espacio de algunos días. Del edificio en llamas no pudieron rescatar absolutamente nada, ni de su hogar ni del negocio, registrando pérdidas totales. Además, se negaron a pagarles los seguros contra incendio que Alberto tenía, argumentando que no procedía el pago porque todo fue ocasionado por la Revolución.

En ese tiempo Alberto pertenecía a los Voluntarios de la Defensa Civil e inmediatamente buscó la forma de enviar a su esposa con sus hijos a Monterrey, Nuevo León, por considerar esa región más segura al estar más retirada del centro del país y porque ahí vivía la familia de su esposa. Por prudencia él decidió no hacer el viaje con su familia para no arriesgarlos,

porque lo perseguían para exigirle dinero por ser de la gente más acomodada de esa región.

En cuanto fue posible, partió Otila en una diligencia rumbo a México con sus niños y su hermano menor Praxedis, que en ese entonces laboraba en el negocio de Alberto como aprendiz de comerciante, ahí mismo también viajaron el Sr. Alcalá Flores y sus sobrinos Adalberto y Jesús. Fue un viaje largo por caminos carreteros, con muchas vicisitudes y contratiempos, como es de suponerse, ya que Otila iba con cinco criaturas y sin equipaje, su hijo mayor tenía escasos seis años y el más pequeño seis meses. De México se dirigieron a Tampico y de ahí abordaron el tren que los condujo finalmente a Monterrey. Al llegar se hospedaron provisionalmente en la casa de don Praxedis y doña Rosita, padres de Otila, quienes los recibieron con gran alegría.

Alberto tardó algunos meses más para poder salir de Durango y durante ese tiempo vivió refugiado en distintas casas. Cuando por fin logró reunirse con su familia en Monterrey, consiguió una casa por la calle Matamoros, precisamente a espaldas de la residencia de don Praxedis y doña Rosita, donde se instaló con su esposa y sus hijos, iniciando así una nueva etapa familiar llena de sacrificios y arduos trabajos, ya que tenían que comenzar de nuevo, en un ambiente distinto y con una situación económica diversa a la anterior, pero que tanto Alberto como Otila supieron afrontar positivamente con gran valor y esperanza. Atrás había quedado el clima fresco, los bosques llenos de pinos y el cielo azul de Durango junto con los recuerdos de "El Castillo", ahora los acogía la "Ciudad de las Montañas", la ciudad industrial de Monterrey que día a día se ve enfrentada

a un clima extremoso, fiel forjador del espiritu de tesón y progreso que distingue a sus habitantes.

Sin perder tiempo, Alberto trató de abrirse camino en el ámbito comercial, ya que era el medio que él conocía. Otila por su parte, apoyó a su esposo asumiendo esa situación con gran entereza, paz y confianza en Dios, a ella nunca le asustó el trabajo y supo ser sostén para su esposo en momentos nada fáciles. Ella sabía que sus padres tenían el dinero suficiente para sacarlos adelante, pero respetó la decisión de su esposo, quien nunca aceptó que ellos le ayudaran en la manutención de sus hijos.

Gloria, aunque pequeña todavía, era la hija mayor y el ejemplo de sus padres quedó marcado en su memoria y en su corazón, perfilando desde entonces el espíritu emprendedor y magnánimo que años más tarde la caracterizó con tanta singularidad.

Matices relevantes de su adolescencia

Ya en Monterrey los Elizondo García frecuentaron el Templo de San Luis Gonzaga, porque era el que les quedaba más cerca de su casa. Otila asistía diariamente a misa y aunque el trabajo de su hogar era intenso, reservó parte de su tiempo para actividades apostólicas. Cuidó que sus hijos recibieran formación en la fe impartida por las Religiosas de la Cruz, que asistieran regularmente al catecismo y que a su tiempo recibieran los sacramentos.

Gloria creció en un ambiente familiar cristiano donde se practicaba el amor y la devoción a la Santísima Virgen María y al Santo Niño de Praga, por quien Otila profesaba una especial devoción que

supo transmitir a sus hijos. Gloria se acercó a recibir por primera vez el sacramento de la reconciliación y su primera comunión eucarística a los diez años, el 8 de mayo de 1919 en el Templo del Señor San José, siendo su madrina su tía María Anita Elizondo González. A partir de ese momento creció en ella un profundo amor a Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía y entrañablemente lo conservó a lo largo de toda su vida.

Hacía frecuentes visitas a las Religiosas de la Cruz y tenía un aprecio especial por la Madre Refugio, quien era su consejera en dirección espiritual y había tomado especial interés por toda la familia. Ellas por aquel entonces atendían el Seminario que se encontraba en la parte posterior del Templo de San Luis Gonzaga y Gloria les ayudaba en diferentes actividades, les prestaba pequeños servicios y colaboraba con ellas como auxiliar de catequista en la preparación de numerosos grupos de niños para la primera comunión.

Durante ese tiempo a Gloria y a su hermana Rosa María les gustaba jugar competencias para ver cuál de las dos amaba más a Dios. Rosa María decía: *"Pues yo lo amo de aquí al Cielo"* y Gloria se apresuraba a decir: *"Yo lo amo con cada latido de mi corazón, cada uno es un acto de amor a Dios"* y con eso no había forma de ganarle.

En la escuela fue siempre alumna sobresaliente y le gustaba mucho leer y poseía una especial facilidad para los números. Era muy amable y delicada en el trato con los demás, sencilla y observante del reglamento del colegio. Sus amigas recuerdan que era notable en ella el tacto con el que procuraba hablar de las cualidades de sus compañeras y amigas para minimizar algún defecto o falta en la que

alguna de ellas hubiera incurrido, dejando en todas un sentimiento de gratitud. Al finalizar su educación elemental, cursó con sumo aprovechamiento la carrera de Comercio en Inglés en el Colegio Central de Monterrey, graduándose con los máximos honores en Teneduría de Libros a la edad de trece años. Además, por ese entonces comenzó a tomar clases de pintura textil con la señorita Pepita Rodríguez y del idioma francés con el Profesor José Kipper.

Tenía catorce años cuando repentinamente su hermano Jorge, quien tenía poco más de un año de edad, enfermó de tosferina. Su hermana Dorita estaba recién nacida y el médico recomendó por precaución separar al niño para evitar el contagio, porque en aquel tiempo esa enfermedad venía con muchas complicaciones y se consideraba de alto riesgo. Gloria cuidó al niño con una madurez admirable, dedicándole a su hermanito todo el tiempo que fuera necesario con gran generosidad hasta que sanó completamente.

II

Juventud y apostolado

De carácter firme y amable

Gloria era delgada, alta, de cabello ondulado y facciones finas, muy sencilla en el vestir, le gustaba andar arreglada, pero sin lujos, caminaba muy derecha y era ordenada y limpia en sus cosas, valiente ante las adversidades y prudente en sus acciones, manifestaba una alegría contagiosa. Desde muy temprana edad mostró un carácter firme y tenaz, pero al mismo tiempo sereno y amable, poseía una inteligencia práctica y una especial sensibilidad para descubrir las necesidades de los demás que se acrecentó con el correr del tiempo.

Su recámara era sobria. Sobresalía de entre todas sus cosas una bellísima imagen de la Santísima Virgen María. Nunca guardó entre sus pertenencias nada superfluo y procuraba pasar desapercibida a los ojos de los demás. Usaba un anillo con una piedra pequeña pero preciosa, que traía hacia la palma de la mano y sólo se le veía la argolla.

Pasó su adolescencia y juventud en Monterrey en casa de sus padres, con quienes fue cariñosa, dócil, obediente y servicial, además trataba con respeto y atención a sus tíos. Ayudaba con gusto a su madre en las labores del hogar, era emprendedora y perseverante en sus proyectos, generosa y activa, siempre encontraba la solución oportuna para todo. A sus hermanos les tenía mucha paciencia, nunca se alteraba y sabía intervenir favorablemente para aclarar algún malentendido entre ellos o ayudarlos si estaban en dificultades o habían sido regañados.

Le encantaba celebrar cada año las fiestas de Navidad y preparaba con tiempo pequeños regalos escogidos especialmente para cada uno de sus hermanos, tratando de hacerlos felices. Se preocupó por fomentar entre ellos la armonía y el deseo de que los hermanos mayores vieran con gusto por los menores.

Tenía amigas y le gustaba frecuentarlas, salir y platicar con ellas. Poseía muy buena salud física y practicaba con agrado varios deportes, sobre todo la natación, el tenis y la equitación. Tenía un particular atractivo por la naturaleza y gozaba organizando con frecuencia días de campo con sus hermanos, con sus primos y con su tío don José García, quien siempre estaba dispuesto a acompañarlos. Todos disfrutaban mucho el paseo y los juegos que ahí se improvisaban, de esa manera se fomentaba la convivencia y la unidad familiar. Además, a Gloria le gustaba viajar a distintos lugares de la República, conocer iglesias y visitar museos.

Opción por el apostolado

Muy tempranito cada mañana asistía a misa y frecuentaba los sacramentos, le gustaba meditar con ayuda de algún libro. Sus padres supieron secundar con su aprobación y consentimiento la inclinación de su hija por el apostolado y se mostraron satisfechos al darse cuenta de que ella procuraba juntar de su dinero para darlo a los demás. En efecto, era admirable ver que el dinero que le daban sus padres cada domingo para sus gastos personales, lo ahorraba para hacer obras de caridad, en lugar de comprarse medias o dulces como cualquier otra jovencita de su edad, ya que pronto había comprendido que el hecho de compartir lo que Dios le había dado como don, no era algo opcional, sino el compromiso que cada uno tiene para poder realizar junto con los demás el proyecto divino en este mundo.

Era muy dinámica y en cuanto pudo, comenzó a impartir a sus amigas clases de pintura textil y en una ocasión una de las señoras que tomaba las clases de pintura le comentó que su esposo tenía problemas laborales y que, por ese motivo, esa Navidad a sus seis hijos no iban a poder regalarles ni dulces. Gloria discretamente se informó de la edad de cada niño y compró ropa adecuada a su edad y un juguete para cada uno. Ese día llegó a su casa con un montón de cajas y le regaló un poco de felicidad a esa familia en Navidad.

Además, aprendió corte y confección de ropa y también daba clases. Instaló en su casa una pequeña biblioteca para rentar libros sobre temas espirituales y así contar con recursos económicos para ayudar en su casa y para el apostolado que realizaba.

Cuando descubría algo que debía hacerse a favor de los demás o que sería de provecho para mejorar la situación de alguna persona concreta o de la comunidad, ponía todo su empeño en lograrlo y no claudicaba en ello. Siempre se le veía ocupada en las cosas orientadas a dar gloria a Dios.

Oportunidad laboral

Era muy intuitiva y nada indiferente a la condición económica por la que atravesaba su familia. Sabía que su madre procuraba ahorrar en todo, la veía que pasaba largos ratos en su máquina de coser haciendo la ropa para sus hijos: pantalones, vestidos, etc. Su hermano mayor, Alberto, a la edad de doce años, además de estudiar, había comenzado a trabajar en la tienda de ropa "Casa Escamilla".

Con toda verdad, no fue nada fácil para su padre recuperarse después de haberlo perdido todo en Durango, especialmente porque en ese tiempo la situación del país no lograba estar totalmente en calma. En efecto, su padre hacía continuos viajes para comprar y vender semillas y aconteció que en uno de esos viajes Pancho Villa, también conocido como el Centauro del Norte, lo apresó en Torreón, junto con otras personas de Durango, para exigir lo que llamaban "préstamos forzosos", fusilando a quienes no entregaban el dinero solicitado, presionando de esa manera a sus familiares. Pero en esa ocasión la Providencia lo libró una vez más, ya que el capitán del pelotón de fusilamiento que ejecutaría a Alberto esa madrugada en el paredón, resultó ser un antiguo cliente del negocio de abarrotes "El Castillo", quien

reconoció a Alberto y recordó que le debía algunos favores, por eso en agradecimiento le permitió huir y refugiarse en la casa del Lic. Salvador Díaz de Sande, donde estuvo escondido durante varias semanas, pudiendo regresar a Monterrey hasta que Villa salió de la ciudad.

Cuando Gloria todavía no cumplía los quince años, solicitó a su padre que le permitiera trabajar para ayudar a solventar los gastos familiares. Su padre en un principio se negó a otorgarle el permiso, pues en aquel entonces no se acostumbraba que las jovencitas de cierta posición social trabajaran en oficinas o en comercios, pero ella insistió tanto que logró que su padre finalmente accediera, ya que se presentó la oportunidad de trabajar en la casa comercial del Sr. José R. Gutiérrez, persona ampliamente conocida por la familia Elizondo.

Ingresó a la empresa como empleada de confianza, auxiliar en el departamento de contabilidad y con relativa rapidez fue ascendiendo de puesto hasta llegar a tener bajo su responsabilidad todo el trabajo contable de la oficina, ya que desde el principio manifestó iniciativa, espíritu de servicio y gusto por el trabajo bien hecho.

Apostolado más específico

Un año más tarde, ingresó a esa misma empresa su hermana Rosa María y con ella se acompañaba en el trayecto de su casa a la oficina. A las cinco de la mañana Gloria ya estaba levantada y diariamente asistían juntas a la celebración Eucarística de las

siete de la mañana y comulgaban, luego regresaban a casa para desayunar y posteriormente salían rumbo al trabajo, ya que entraban a las ocho.

En ese recorrido diario coincidía que tenían que pasar por una de las aceras del antiguo Hospital Gonzalitos (hoy Instituto Mexicano del Seguro Social, Pino Suárez) y precisamente daba hacia esa calle la sección que tenían destinada a los enfermos mentales. Desde la calle se oían los gritos y era de conocimiento público las pobres condiciones en que se encontraba ese lugar.

Esto despertó en Gloria un gran interés por esa gente y le nació el deseo de ayudarlos. Aunque era una labor de cierto riesgo, sus padres dieron la anuencia para que comenzara a visitar a los enfermos mentales de ese hospital, incluyendo la sección en la que estaban los que padecían enfermedades infecciosas. Ella se percató de que esa área estaba muy descuidada y cada domingo por la mañana les llevaba fruta, dulces, galletas, cobijas y ropa, de la cual estaban sumamente necesitados. En invierno le pedía a su mamá que le confeccionara sacos de franela para llevarles. Se preocupaba por su bienestar, platicaba con ellos y les hablaba con mucho cariño tratando de que no se sintieran tan alejados del mundo. Se le veía realmente feliz ayudando a los demás.

En una de sus frecuentes visitas a ese hospital, le llamó mucho la atención una joven que padecía angustia y frustración, por lo que llevaba varios días sin comer y golpeaba a todo el que se le acercaba. Gloria pidió que la dejaran entrar, bajo su propia responsabilidad, para ofrecerle los alimentos, logrando convencerla con su actitud y sus palabras de comprensión y aliento. Al final, la enferma quedó en paz y llorando le besó las manos.

Con el paso del tiempo fue dedicándose cada vez más a obras de caridad, como expresión práctica y concreta de su gran amor a Dios, ampliando su campo de acción en el apostolado hasta la Penitenciaría del Estado, donde realizó entre los reclusos todo el bien material y espiritual que pudo, ya que deseaba consolar cualquier dolencia humana. Se interesó sobremanera por la sección de mujeres y no quería que ninguna se desesperara ante el sufrimiento por abandono, tristeza o soledad. Les hacía frecuentes visitas para llevarles naranjas, cacahuates, dulces, revistas, etc., y transmitiéndoles su gran fe logró que muchas se acercaran a Dios, ya que les manifestaba comprensión, paciencia, compasión y alegría.

Su deseo de hacer el bien la hizo creativa y su amor a Dios le dio seguridad para superar las dificultades que se le fueron presentando, fortaleciendo su vida interior con la oración. Con frecuencia se le veía, ya tarde, paseando por el patio de su casa con un rosario en la mano y posteriormente irse a su recámara a descansar, ya que acostumbraba rezar el santo Rosario en honor a la Santísima Virgen María todas las noches antes de dormir.

Participó con entusiasmo en las filas de la J.C.F.M. (Juventud Católica Femenina Mexicana) y orientó suavemente su vida de manera positiva hacia el futuro, aceptando el reto de anunciar el Evangelio y trabajar por un mundo que reflejara la belleza de Dios por medio de la práctica de la caridad concreta a los hermanos. No cabe duda de que, además de la gracia divina, su cultura y la disposición natural de su trato amable la ayudaron en esa labor.

Los domingos por la tarde se daba tiempo para descansar practicando algún deporte, acompañada de sus hermanos jugaba tenis o iba a nadar. Nunca descuidó su vida familiar y de trabajo por sus apostolados, descubriendo a *"el buen Dios"* en sus actividades de cada día.

Se perfila una empresaria

Poseía ese sentido de responsabilidad que armoniza la iniciativa inteligente con la disciplina laboral, al grado de que cuando su jefe, el Sr. Gutiérrez, decidió abrir otra empacadora le pidió a ella que le ayudara también a organizar y dirigir esa nueva empresa, otorgándole un importante puesto. En el desempeño de ese cargo Gloria fue generosa en la donación de su propio tiempo y no escatimó sacrificar sus comodidades en beneficio de un bien mayor. Sus hermanos recuerdan que cuando en alguna ocasión el trabajo se acumuló, ella no dudó en llevarse los libros de contabilidad para continuar con el trabajo en su casa.

El escalafón de puestos que ascendió en poco tiempo no la alejó de la realidad, al contrario, la hizo comprensiva y cercana con sus súbditos, ella sabía que al lado del servicio que cada uno de ellos prestaba a la empresa, estaban sus intereses familiares, sus preocupaciones personales, sus aspiraciones y sus sentimientos, por eso en todo momento buscó actuar con justicia y en más de una ocasión ella misma se propuso realizar las labores de los obreros a su cargo para valorarlas, supliéndolos en los distintos puestos para descubrir

si estaban bien remunerados o no, de acuerdo al trabajo que estaban desempeñando y al esfuerzo que requerían.

Obviamente que esa disciplina muy pronto le redituó una amplia y reconocida experiencia administrativa y empresarial. Siempre fue muy estimada por todos los que la conocieron y la trataron, pero nunca manifestó un interés particular por algún joven en especial, su trato siempre fue natural y amable con todos. Con su arreglo personal y su forma de vestir mostraba por fuera lo que llevaba por dentro: elegancia, decoro y candor, se notaba que era una persona diferente a las demás, inspiraba respeto y atraía la atención por su modo de ser.

Cabe señalar también que por sus atrayentes virtudes y cualidades de mujer, sin duda que pudo aspirar a un buen matrimonio y pretendientes no le faltaron entre los amigos de sus hermanos y las personas que conoció en su trayectoria laboral. Era bien sabido que en aquel tiempo algunas señoras comentaban: *"¡Cómo quisiera una esposa para mi hijo como la señorita Gloria!"* y el P. Cesáreo Díez de Pinos asegura que *"Ella era un garbanzo de a libra"*, pero eligió libremente el estado célibe porque podía abarcar varios campos de apostolado y era una actividad que la trascendía, ya que no mermaba sino alimentaba su vida espiritual.

Fallecimiento de su padre

Por su parte, su padre continuó por varios años con el negocio de compra-venta de semillas, por lo cual viajaba continuamente, pero al tranquilizarse los

conflictos revolucionarios consideró oportuna la idea de buscar nuevos horizontes laborales en el campo de la minería y con ese propósito viajó a Durango, donde se le presentó una excelente oportunidad. Sin embargo, vio conveniente no trasladar en ese momento a su familia por razones de trabajo y estudio de sus nueve hijos. Él con mucha frecuencia escribía cartas a su esposa, en las que se descubre un trato delicado y cariñoso hacia ella, siempre la tuvo al tanto de sus afanes laborales, de su salud, de sus esperanzas y de sus desilusiones. Además, por frases concretas se comprueba que en su matrimonio siempre hubo armonía, solidaridad, respeto y mucho amor. La frase que don Alberto más repetía en sus conversaciones y que nos da una idea clara de su personalidad fue: *"Con el favor de Dios"*.

En cuanto a sus hijos, manifiesta en las cartas su amor hacia ellos y se ve que estaba pendiente de todos los detalles: de su salud, de su trabajo, de su descanso, de su onomástico. La relación era estrecha, ellos le escribían y él les contestaba. Cada vez que podía viajaba a Monterrey para verlos. El 28 de agosto de 1933, diez días antes de su lamentable fallecimiento, escribió: *"Ya tengo hambre de verlos"*.

Desgraciadamente hacía algún tiempo que venía padeciendo la enfermedad de diabetes y estando en Durango sufrió repentinamente un coma diabético que lo llevó a la tumba el 8 de septiembre de 1933, tenía 61 años. En el acta de defunción se afirma que la causa fue insuficiencia cardiaca.

Por lo inesperado y sorpresivo, la noticia de su fallecimiento fue un golpe moral muy duro para toda la familia, especialmente para doña Otila, que supo afrontarlo con gran fe, entereza y paz. A partir

de entonces, con mayor razón, Gloria y sus hermanos Alberto y Rosa María trabajaron intensamente y se constituyeron en un sólido apoyo para su madre que, al quedar viuda, asumió totalmente con gran fortaleza y confianza en la ayuda de Dios, Padre Providente, la responsabilidad de la formación y la educación de varios hijos todavía pequeños.

III

PIONERA DE MUJERES EMPRESARIAS

En Ciudad Victoria

Corría el año de 1940 cuando, por un anuncio en el periódico, Gloria se enteró de que en la Hacienda de Tamatán, situada muy cerca de Ciudad Victoria, Tamaulipas, la "Escuela Normal Rural Lauro Aguirre", ofrecía en renta el local de una empacadora de mariscos que tenía abandonada. Gloria consideró que era una buena oportunidad para establecerse por su cuenta y abrir ahí su propio negocio con el fin de obtener recursos para darle a su apostolado firmeza y continuidad.

En este punto llama la atención la lealtad de Gloria al querer independizarse del negocio donde laboró por tantos años, ya que eligió una plaza comercial diferente y un producto distinto al que ahí se manejaba.

Por otro lado, eso que se proponía no era tarea fácil ni tampoco común para una mujer joven y sola, especialmente en aquel tiempo, pero logró el consentimiento de su madre, gracias a la favorable

intervención de su hermano mayor, quien confiaba en que ella poseía las condiciones personales de formación, madurez y experiencia suficientes para llevar adelante con éxito su empresa.

En Ciudad Victoria se hospedó en la casa de las señoritas Collado, Leonor y Dorita, personas muy conocidas y respetables de ese lugar, quienes la acogieron como si estuviera en su propio hogar, facilitándole de esa manera la integración y adaptación al nuevo ambiente. Sin embargo, gran tristeza le causó descubrir la frialdad e indiferencia de la mayoría de las personas oriundas de ese lugar hacia el aspecto religioso y eso avivó en ella el espíritu de apostolado. Sabía que, al final, la esperanza sólo va a dar respuesta a lo que se deposita en ella, por eso no escatimó en forjarse a sí misma grandes ideales y metas altas, teniendo un solo objetivo: *"el buen Dios"*.

Pronto comprendió que la situación de la gente en la Hacienda de Tamatán era más deplorable que en el centro de la ciudad, principalmente por la carencia de fuentes de trabajo estable que originaba pobreza entre la población, sin contar la pobreza espiritual que era mucho mayor, ya que la comunicación y el transporte no eran fáciles en ese tiempo y la iglesia les quedaba muy retirada, además de que no se contaba con medios de evangelización y catequesis que abarcaran esa zona debido a la lejanía. En realidad, Tamatán (ahora un área próspera de Ciudad Victoria) era en aquel entonces un ejido de campesinos pobres a donde periódicamente llegaban pescadores a ofrecer sus productos rescatados del mar. Lo anterior fue una motivación para Gloria en la realización de su nuevo proyecto. Todo estaba por hacerse y ella tenía el deseo de

comunicar a los demás el amor a Dios que llevaba dentro.

Inicia su propia empresa

Después de darle seguimiento a los trámites legales correspondientes y una vez efectuados, Gloria se dedicó a ordenar la disposición apropiada del local: tanques de freír, tanques de enfriamiento, autoclaves, grúas, evaporadoras, engargoladoras, cámaras de hielo, calderas, reguladoras, etc., y en el año 1941 inauguró las instalaciones de la empacadora de mariscos "Productos Cruz de Oro". Con ecuanimidad supo afrontar las circunstancias difíciles que lógicamente se le fueron presentando en el desarrollo de las actividades propias de su empresa y buscando con tesón la mejor solución para cada caso, adquirió rápidamente experiencia en ese ramo. De gran ayuda fue el apoyo que su hermana Otila, radicada en Monterrey, le brindó con gran eficiencia y generosidad en lo relativo a la administración del negocio.

Desde el principio Gloria compró con sus ahorros todo el equipo de pesca necesario, desde lanchas y motores, hasta lámparas y redes de raso y de trasmallo, todo era de ella. Luego contrató a un grupo de 25 pescadores bajo las órdenes de don Inés Cepeda, quien era capitán de pesca, para que trabajaran en las aguas del mar tamaulipeco que ofrece variados recursos pesqueros: camarón, ostión, robalo, huachinango, bagre, truchas, etc., y ella les compraba el pescado. Concretamente ellos laboraron en el lugar denominado La Pesca,

perteneciente al municipio de Soto la Marina, al este de Ciudad Victoria. Ahí ella adquirió una casa con una bodega donde instaló tres neveras muy grandes para vaciar el hielo y el pescado. La ubicación del estado de Tamaulipas como la entidad fronteriza más cercana al centro del país, de alguna forma favoreció las actividades comerciales de la naciente empresa.

Para su ventaja, a un lado de la empacadora estaba situada una fábrica de hielo y desde Tamatán, se enviaba a La Pesca un camión con barras de hielo para que se conservara el pescado en buenas condiciones. Las barras las enterraban en la arena para que duraran el tiempo suficiente que se requería para recolectar la cantidad de pescado que consideraban que podía ser la carga total del camión. Luego pulverizaban el hielo a base de hachazos y entonces lo paleaban para el camión, ponían una capa gruesa de hielo y luego una capa de pescado, luego con la pala otra capa gruesa de hielo y así sucesivamente. Todo era muy laborioso, pero se lograba el objetivo.

Uno de los primeros problemas a los que tuvo que enfrentarse fue a las malas condiciones del camino entre Ciudad Victoria y La Pesca, ya que antiguamente era de pura tierra y en ocasiones se abrían grietas profundas que cuando cogían agua de la laguna no se veían, porque el agua se ponía turbia y con facilidad caía el camión en ellas. En la actualidad hay carretera y se hace el recorrido en dos o tres horas, pero en ese entonces, durante el tiempo de sequía salían los camiones de madrugada para llegar al anochecer a su destino. Y en tiempo de lluvias las brechas se hacían intransitables, por lo que eran eventuales los viajes, pues prácticamente era imposible que el camión pudiera pasar sin atascarse,

ya que crecían mucho los arroyos y el camión tenía que detenerse, corriendo el riesgo de que el hielo se terminara y entonces había que tirar la carga de pescado, ya que si se echaba a perder dentro podía contaminar la caja del refrigerador ocasionando mayores pérdidas.

Cuando pasaba la temporada de pesca y se acababa el trabajo propio de empacar pescados y mariscos, Gloria buscaba la forma de que sus empleados continuaran trabajando y entonces empacaban carne de res muy escogida y limpia, la mejor que se conseguía en el mercado. En otras ocasiones empacaban también cereales y frutos de la región, como elote, chícharo, piña, chile serrano y frijol, pero nunca permitió que sus empleados se quedaran sin trabajar.

Exportaba gran parte de la mercancía que se empacaba y la distribuía por mar, pero no siempre salió todo a pedir de boca. En varias ocasiones el gobierno del estado le detuvo la mercancía ya embarcada, bajo cualquier pretexto, con lo cual se corría el riesgo de que no llegara a tiempo a su destino y la rechazaran por incumplimiento en la fecha de entrega. En otras ocasiones el mismo gobierno le detuvo el empaque de carne al cerrar los rastros sin previo aviso. Hubo otra ocasión en que el barco que llevaba el producto empacado sufrió un serio percance y estuvo a punto de hundirse con toda la mercancía. Aquí lo que cabe destacar es la actitud que adoptaba Gloria en esos momentos críticos: no se impacientaba, ni culpaba a terceras personas de los problemas que se suscitaban, más bien trataba de buscar una solución justa para todos e insistía de una manera o de otra, hasta alcanzar su objetivo, pero por medios legales

y de buena manera, era muy equilibrada y nunca actuaba con angustias, estando siempre conforme con la voluntad de Dios, avivaba su fe intensificando su oración y pedía a sus trabajadores que también oraran por un resultado favorable. Y después de la tormenta, al llegar la calma, siempre se acordaba de dar las gracias: *"Dios nos ha escuchado, los escuchó a ustedes, se salvó la carga y ya llegó a su destino"* y en gratitud les regalaba algún detalle o algo de dinero.

En cuanto a los salarios de sus empleados buscó por todos los medios respetar sus derechos y vigilaba con cuidado que cada uno obtuviera su debida remuneración, ya que conocía sus necesidades y las de sus familias. Cumplía lo que prometía y era muy considerada en ese aspecto, el turno laboral era de ocho horas, pero cuando fue necesario trabajar horas extras se las pagaba dobles y si al salir del trabajo ya no era horario de camiones urbanos, enviaba a sus empleados y empleadas en taxi hasta sus domicilios. Nunca anduvo escatimándoles ni un centavo ni tampoco tenía deudas pendientes, labor que realizaban, trabajo que inmediatamente lo remuneraba. Si era necesario trabajar en domingo, Gloria pedía la autorización al Arzobispado para poder hacerlo y así no se perdiera el producto.

Cuando podía llevarles algo de Monterrey, procuraba darles a todos por igual. Además, se interesó mucho en que todos sus trabajadores llevaran una vida más digna, ayudándolos para que cada uno pudiera adquirir su casa propia. Si alguno se enfermaba lo enviaba rápido al médico y si tenía gripe no permitía que trabajara en al área del hielo, sino que le asignaba otra actividad.

Cuando algún trabajador tenía un familiar enfermo, lo ayudaba pagándole las consultas médicas y las medicinas. Y si fallecía algún familiar de sus empleados, inmediatamente ella se hacía presente en esa casa y rezaba el santo Rosario, los consolaba alentándolos en la fe y la esperanza y luego hablaba con el jefe de la familia para pedirle que le anotara los gastos del funeral y le enviara la cuenta a ella.

En Navidad colocaba en la empacadora un nacimiento muy hermoso, con todos los detalles que se pudieran imaginar, y era un deleite para todos los empleados detenerse a contemplarlo un rato, con lo cual ella los motivaba a la meditación del acontecimiento que se celebraba: el nacimiento de Jesús el Hijo de Dios. Les organizaba también una posada a la que asistían con sus familiares. Rezaban, cantaban y jugaban. Disfrutaba en grande con la alegría de los demás. A todos los trabajadores les hacía regalos sencillos. Al capitán de pesca le pedía la lista de los pescadores y preguntaba cuántos hijos tenía cada uno y su edad para enviarles también un regalo que por lo general consistía en ropa, zapatos y algunos juguetes, golosinas y despensas. Seleccionaba con cuidado lo que le correspondía a cada pescador y mandaba empacar todo en cajas y las cinchaban poniéndoles el nombre de cada uno.

Todo por hacer

Sin perder tiempo inició una gran actividad de apostolado entre los trabajadores de la empacadora, que en ese entonces eran más o menos sesenta, y el círculo familiar de cada uno de ellos, impulsándolos con entusiasmo a una superación integral, la

promoción de los valores cristianos y el consiguiente respeto a su dignidad humana.

Los miércoles por la tarde dedicaba un rato para darles charlas de formación humana y religiosa, por lo que cerraba un poco antes la empacadora. Solía decir: *"Si para todo hay tiempo, debe haber tiempo para Dios"*. Para ella era de suma importancia afianzarlos en el deseo de la vida eterna, quería que saborearan espiritualmente lo que era la bondad de Dios, porque de esa manera ellos sentirían por sí mismos la sed de querer saber más de las cosas de Dios. Cada enseñanza que les daba la subrayaba con un ejemplo para que la recordaran con más facilidad y la pudieran aplicar en la vida diaria. Les decía: *"Si usted ve a una persona que no puede pasar la calle, pásela en nombre de Nuestro Señor"*, y también: *"Nunca se enfaden porque no encuentran algo que buscan, no ganan nada con enojarse o querer culpar a alguien, verán que así nunca ofenden a Dios"*.

El primer jueves de cada mes rentaba un camión urbano y los llevaba a confesarse a la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio, ya que cerca de la empacadora no existía ninguna capilla, y al día siguiente los llevaba a oír misa y a comulgar a las siete de la mañana, para que pudieran cumplir con la devoción de los primeros viernes dedicados al Sagrado Corazón de Jesús. Además, promovió entre sus empleados la asistencia a charlas o ejercicios espirituales durante la Semana Santa y todos los que así lo quisieron recibieron en ese tiempo el escapulario de la Virgen del Carmen. Fue impresionante constatar que después de cincuenta años muchos de ellos conservan esa devoción y usan el escapulario como un legado valioso de su tan apreciada señorita Gloria, como ellos la llamaban.

Tenía una gran habilidad para sacar partido de todos los dones que Dios le regaló y sorprendía ver su ingenio para impulsar a sus empleados en la vivencia gozosa del Evangelio, por ejemplo, aunque todos sus empleados usaban bata y gorro blancos, botas y guantes, motivaba a sus empleadas para que procuraran vestir con modestia para no dar lugar a que los compañeros de trabajo pecaran con la vista. Fomentaba mucho la unión entre todos los empleados y quería que se sintieran a gusto, que cumplieran con su trabajo haciendo las cosas bien hechas por amor a Dios.

En tiempo de Cuaresma preparaba tiras de papel dobladas escritas con frases sencillas: *"no maquillarse"*, *"no comer dulces"*, etc., y los repartía diciéndoles: *"La gente que hace más sacrificio es la que más méritos gana ante Dios"*. Al día siguiente varias empleadas que acostumbraban amaquillarse llegaban a trabajar con la cara limpia. También las motivaba para que hicieran ramilletes espirituales para regalarles a los sacerdotes en el día de su cumpleaños y a cada una le regaló un crucifijo con la bendición papal. Todos seguían con gusto sus iniciativas y consejos porque veían en ella coherencia de vida y sobre todo un genuino interés por ayudarlos.

Aseguraban sus empleados que siempre recibieron de ella un trato benévolo y la capacitación necesaria para el trabajo que desempeñaban, además señalaban que la señorita Gloria poseía un estilo singular como líder de su propia empresa que la fue identificando cada vez con mayor fuerza. Era discreta, servicial y delicada en su trato, pero a la vez estricta y perseverante en sus propósitos, tenía criterios claros, sabía decidir, dirigir y coordinar los

esfuerzos de cada uno, llamar la atención cuando era necesario, orientar y corregir sin que sus empleados se sintieran ofendidos o molestos, al contrario, lo hacía de tal forma que los impulsaba a mejorar en aquello que habían fallado. No hablaba en tono de mando ni a gritos, ni siquiera tuvo necesidad de alzar el tono de voz para mostrar su autoridad, decía que nunca se rebaja tanto el nivel de una conversación, como cuando se alza la voz.

Estaba pendiente del buen comportamiento de sus empleados y fomentaba la disciplina, era enemiga de los gritos y de las risas fuertes en tiempo de trabajo, le gustaba el silencio y la tranquilidad. Los trabajadores se dirigían a ella con mucho respeto, todos sabían que donde estuviera ella, nada de palabras malsonantes y mucho menos críticas.

Siempre le interesó más el lado espiritual que cualquier otra cosa, incluso el dinero, pero al mismo tiempo era muy práctica y sabía situarse en la realidad concreta de cada día. Poseía un temperamento de asceta hermanado con un gran corazón, un espíritu humilde y sencillo junto con una dignidad aristocrática. Todos sus trabajadores testificaban que se sintieron aceptados, valorados, motivados y promovidos por la señorita Gloria y afirman que ése fue el mejor incentivo para desempeñar positivamente el trabajo asignado.

IV

Extraordinaria apóstol seglar

Predicó con su ejemplo

Mientras estuvo operando su empresa "Productos Cruz de Oro", simultáneamente ella atendía diversas labores de apostolado en Ciudad Victoria. Era de un ánimo inquebrantable cuando se trataba de buscar la forma de convencer a las personas para que se acercaran a Dios. Con equilibrio y constancia supo irradiar luz y esperanza a la gente que la conoció en Ciudad Victoria y más concretamente en la Hacienda de Tamatán, donde promovió la formación cristiana de todos los habitantes, porque no había una casa en donde ella no hubiera hecho alguna obra buena.

Realizó un apostolado pleno que abarcaba muchos ámbitos, era dinámica y tenía una fuerza de liderazgo que la comprometía, se movía con soltura y resolución en todas las esferas sociales, pero nunca manifestó prepotencia o preferencia por alguien en particular, a todos los trataba con mucha amabilidad y calma, sin importar su condición social o el puesto que desempeñaban, porque veía a Cristo en ellos.

Para ella lo primordial era dejar en muchos corazones sembrado el amor a Dios y realmente su labor fue excepcional. Fue una mujer muy de su tiempo, conocedora de que las palabras solas no convencen a nadie, por eso el ejemplo de su vida fue la manifestación concreta de lo que predicaba su boca.

Impulsora de la Acción Católica

Según el testimonio de la historia, todo el plan de la persecución religiosa en la República Mexicana se reducía a la acción anticatólica, y ya que las gestiones diplomáticas que se hicieron en 1929 para detenerla no dieron el resultado esperado, la Iglesia se vio en la necesidad de buscar el remedio por otros senderos. En consecuencia, S.S. Pío XI no cesó de recomendar, desde el comienzo de su pontificado en 1922, la necesidad de fundar y desarrollar cada vez con más amplitud la Acción Católica, como medio para formar hombres instruidos y convencidos de los derechos de Dios y de su Iglesia, conscientes de las verdaderas necesidades de la sociedad y de la Patria, conocedores de los objetivos que deben perseguir y de los medios para alcanzarlos. La Acción Católica es, en efecto, doctrina evangélica y práctica de la moral cristiana, y en palabras de S.S. Pío XI, *"es la forma de apostolado que mejor corresponde a las necesidades de nuestros tiempos"*, y por tanto, *"no sólo es legítima y necesaria, sino insustituible"* (al Episcopado Mexicano, 1926).

Representa un trabajo lento en producir los deseados frutos, pero necesario y ciertamente

más eficaz que cualquier otro medio, como lo ha probado la experiencia de otras naciones que han sufrido también la amarga prueba de la persecución religiosa. Por eso era fuerte la insistencia del Papa en recomendar encarecidamente la Acción Católica y por esa razón los obispos no cesaban de urgir a los párrocos, ni éstos a los fieles sobre la conveniencia de su establecimiento y la urgencia de inscribirse en ella. El Sr. Arzobispo D. Serafín María Armora[1] fundó la Acción Católica en Ciudad Victoria en el año de 1929 con el nombre de Grupo de Damas Católicas, pero en ese tiempo no alcanzó el auge deseado.

Gloria desde muy joven perteneció a la Acción Católica en Monterrey y se comprometió a fondo con su misión evangelizadora. Siempre respetó las disposiciones de la Iglesia y tuvo el cuidado de trabajar de acuerdo con los párrocos y contando con su aprobación en todo. Desde que llegó a Ciudad Victoria se dio a la tarea de impulsar al grupo que ya estaba establecido y formó el grupo juvenil de la Acción Católica, motivando con su ejemplo y su palabra a las señoras y a las jóvenes para que ingresaran y así tuvieran la oportunidad de recibir una sólida e invaluable formación religiosa.

Laboraba todo el día arduamente en su negocio y en cuanto regresaba de Tamatán, donde tenía su empresa, se iba a la parroquia y continuaba con sus labores apostólicas. Tenía muchas actividades, daba conferencias para apoyar a los grupos y procuró acercarles libros que pudieran edificar con su

1. Armora y González Serafín María (1876-1955). Nació en Olinalá, Gto., y murió en la Ciudad de México. Fue ordenado sacerdote en 1899. Obispo de Tamaulipas en 1923. Desterrado del país durante la persecución religiosa hasta 1929. Desarrolló en su diócesis labor misional y se destacó por su caridad.

lectura, fortaleciendo y confirmando lo aprendido. Fue verdaderamente incansable trabajando por la Acción Católica.

Además, siendo presidenta de la Asociación, fundó las secciones preparatorias que dependían de la J.C.F.M., a saber: Pequeñitas, para niñas de 5 a 7 años; Pequeñas, para niñas de 8 a 12 años y Aspirantes, para adolescentes de 13 a 15 años. Pronto los grupos prosperaron y fueron muy numerosos, la mayor parte de esas niñas y adolescentes pasaron a ser miembros activos de la J.C.F.M. y después al llegar a la edad de 35 años formaron parte de la Unión Femenina Católica Mexicana.

Gracias a la formación recibida en cada una de esas secciones, florecieron los apóstoles entregados a la evangelización y a la catequesis y surgieron vocaciones religiosas y matrimonios ejemplares.

Catequesis infantil

Gloria dio un gran impulso a la catequesis infantil, por la que tuvo siempre una predilección especial. Recorría los ejidos cercanos a Ciudad Victoria y hablaba con los padres de familia para invitarlos a que enviaran a sus hijos al catecismo, pero al darse cuenta de que muchos niños no asistían por vivir muy lejos de la parroquia, con gran dinamismo fundó varios centros de catecismo en Tamatán, en San Isidro, en el Camino Real a Tula, en Las Vegas de Treto y en El Crucero.

A sus empleadas las distribuía de tres en tres en cada lugar, dándoles dos horas del tiempo de trabajo, una para dar la catequesis y otra

para trasladarse de la empacadora al centro del catecismo y de allí nuevamente a la empacadora en donde continuaban con su trabajo hasta la hora de la salida. Además, los domingos las enviaba a catequizar y les pagaba su sueldo como si trabajaran en la empacadora. Animaba a las catequistas diciéndoles: *"Debemos dedicarle mucho tiempo a Dios porque de Él es nuestra vida y nuestro tiempo"*. Ella misma daba una charla en cada centro y se pasaba de uno a otro, era incansable.

Estaba convencida de su responsabilidad de catequista y a toda persona que le veía posibilidades de ser catequista en cuanto tenía oportunidad, le preguntaba: *"¿Y usted a qué se dedica?"*, luego al conocerla un poco más, le decía: *"Usted podría dar catecismo"*, le dejaba esa idea y al poco tiempo le llevaba los libros de texto, la orientaba, la convencía de que era algo muy necesario para las familias y muy gratificante para la misma catequista. Lograba contagiarlas de tal manera, que aún en la actualidad hay personas formadas por Gloria que siguen muy comprometidas en la catequesis y el ejercicio de la caridad con los más necesitados, a pesar de su edad avanzada.

Quería que los niños desde chiquitines apenas empezaran a hablar, las catequistas los enseñaran a decir jaculatorias y pequeñas oraciones, como: *"Niñito Jesús, que en la Hostia estás, para mí te quiero, para mí serás"*, *"Niñito Jesús, mi encanto y mi anhelo, hazme niño bueno y sube mi alma al Cielo"*. Decía que un niño pequeño cuando juega a la lotería si se le pregunta cuál es el gorrito, el catrín o las jaras, los señala sin dudar, porque aunque no sabe leer, sí los conocen y que así quería que aprendieran desde

pequeñitos a identificar imágenes referentes a la Sagrada Escritura.

Con gran ingenio estimulaba a los niños para que asistieran y aprendieran el catecismo mediante juegos y concursos que les organizaba, ofreciendo atractivos premios a los que obtenían los primeros lugares y luego ella misma costeaba los gastos de todo lo que necesitaban para la ceremonia de primera comunión y no para salir en los periódicos. Por esa razón fue madrina de muchísimos niños y niñas, ya que al terminar su instrucción, los papás de los niños ponían el pretexto de que no iban a poder hacer la primera comunión sus hijos, aunque estuvieran preparados, porque no tenían madrina. Entonces ella decía: *"Díganles a esas personas que pasen a la empacadora para darles lo necesario para que reciban la primera comunión sus hijos"*.

Para esto, con tiempo le enviaban de Monterrey unas cajas enormes con tela para los vestidos y los velos, coronas, velas, libros, zapatos, camisas, pantalones, etc., que se entregaba a las catequistas para que ellas distribuyeran según las necesidades de cada niño. Les decía: *"Ustedes saben cuáles niños se prepararon"*. Lo que ella no quería es que alguno se quedara sin recibir a Nuestro Señor por motivos materiales.

Los sábados alquilaba un autobús especial para llevar a los niños a misa a la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio en Ciudad Victoria, les enseñaba a respetar *"la Casa de Dios"* y les explicaba con gran paciencia el significado de cada ornamento que usa el sacerdote y de los objetos litúrgicos, las partes de la celebración y los cantos que debían entonarse, porque en ese entonces todo era en latín. Después los llevaba a un parque de juegos infantiles para que

tuvieran oportunidad de divertirse un rato y luego los regresaba a cada uno hasta su casa.

Fue una gran promotora de los nueve primeros viernes dedicados al Sagrado Corazón de Jesús y motivaba a las catequistas a infundir en los niños el amor y la devoción a Jesús Sacramentado. Cuando los niños terminaban los nueve viernes, ella los motivaba con pequeños regalos, como cuadros con la imagen del Sagrado Corazón o libros que con su lectura les dejaban buenos propósitos y les servían para meditar sobre la doctrina de la Iglesia, la Santísima Virgen y la vida de los santos.

En Navidad los festejaba con piñatas y regalos que por lo general consistían en ropa y juguetes, pues era algo que necesitaban y que sus padres no podían darles por su difícil situación económica. El día de la posada comenzaba a organizar todo muy temprano por la mañana y por la noche todavía se le veía recogiendo lo que los niños habían dejado después de las piñatas, sin embargo, ni el cansancio borraba de su rostro la sonrisa amable.

Organizaba kermesses en la cancha deportiva de la escuela para beneficio de los centros de catequesis, resultando amenas fiestas familiares de mucho éxito. El gran deseo de Gloria era dar a conocer el amor de Dios a los demás, por lo cual fue incansable catequizando y trabajando con fidelidad para que brillara ante todo la gloria de Dios.

Pastoral familiar

Para ella era de vital importancia el tema de la familia como célula primordial de la sociedad y

lugar privilegiado para el desarrollo armónico de las personas, donde se fundamentan las bases de los valores esenciales que después las acompañarán durante toda su vida.

Por eso visitaba a las familias y reunía a los matrimonios por sectores para estudiar diversos temas de interés general, además a menudo organizaba charlas y mesas redondas que ella misma dirigía para orientarlos en el aspecto moral, de modo que les sirviera de ayuda y punto de referencia en el discernimiento de los problemas cotidianos y su oportuna solución, así como para impulsar el desarrollo integral de sus hijos.

Trabajó mucho a favor de los valores cristianos procurando que cada uno encontrara el justo lugar que le correspondía en la Iglesia y en la sociedad. Le preocupaba el aspecto de la desintegración familiar y de la unión libre, y sabía que los problemas se superan en el campo de batalla y no huyendo de ellos, por eso con gran empeño preparaba adecuadamente a las parejas para que se casaran y para ella no había ningún obstáculo invencible si se trataba de acercar a las personas a Dios. Si decían que no se podían casar por la Iglesia por no estar casados por el civil y carecer de recursos para hacerlo, ella arreglaba que se les cobrara menos o aportaba la mitad y conseguía que el Juez Civil les condonara la otra mitad. Gracias a este apostolado periódicamente se celebraban matrimonios colectivos y es de hacer notar que, en el año de 1942, en un mismo día recibieron el sacramento del matrimonio 80 parejas debidamente preparadas, en la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio.

Otra forma de apoyar la pastoral familiar fue pidiendo a sus empleadas de la empacadora que recorrieran las calles de Ciudad Victoria repartiendo en las casas cuadros pequeños de la Santísima Virgen de Guadalupe con un letrero que decía: "Este hogar es católico, rechazamos toda propaganda de sectas" para que los colocaran en la puerta de la entrada y de esa manera se defendieran un poco de la invasión de sectas que estaba asolando la región y dividía a las familias.

Charlas y conferencias a profesionistas

Veía con pena la realidad de las nuevas generaciones de maestros a los que ya no se les enseñaba el valor y la trascendencia de su carrera, para quienes el magisterio era sólo un medio de subsistencia y no una noble vocación de servicio. Sin duda que esa mentalidad se había gestado lentamente en el seno de familias carentes de firmes cimientos morales, espirituales y religiosos, pero a eso también contribuyó en gran parte el mismo sistema político de México, en el que la masonería ha tenido gran influencia y argumentando que la educación debe ser laica, se impide a los maestros no sólo el hablar de religión, sino también de los valores cristianos, con el consecuente deterioro de la sociedad mexicana. Esto cobra especial fuerza en las capitales de los estados, en este caso en Ciudad Victoria.

Era consciente de la importancia del ejemplo de un buen maestro como pilar que apoya el deseo de estudio y superación para que los alumnos puedan llegar a ser personas de bien e influir positivamente

en los diferentes ámbitos de la sociedad. Sabía que los niños son profundamente afectados por el ejemplo y sólo secundariamente por las explicaciones, cuando éstas son simples y claras. Por esa razón, con gran dinamismo organizó y realizó conferencias sobre diversos temas religiosos y de actualidad, dirigidos especialmente a maestros y a profesionistas, buscando impulsarlos a una vida coherente con el desempeño de su profesión. En este campo Gloria abrió brecha, porque en Ciudad Victoria nunca antes se había hecho algo igual.

Promotora de la participación Eucarística

Diariamente por la mañana asistía a misa y comulgaba en la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio, Patrona de Ciudad Victoria. Su amor por la Eucaristía era notable y fueron numerosas las personas que se beneficiaron con el ejemplo de piedad y fervor eucaristíco de Gloria, quien se acercaba a comulgar con gran devoción y después de comulgar oraba con mucho recogimiento. Además, traslucía una fe muy grande en su vida cotidiana, pero especialmente era evidente su deseo de que todos conocieran y experimentaran el amor de Dios como ella lo sentía y descubrió que el medio más efectivo era promoviendo una activa participación de toda la comunidad en la celebración eucarística.

Para alcanzar ese objetivo puso en práctica varias estrategias iniciando en casa, es decir, con el personal que trabajaba para ella en la empacadora. Si un día de precepto caía en laboral, dispensaba a sus empleados del tiempo necesario para asistir

a misa, aunque se retrasara un poco el trabajo, porque lo que le interesaba era que fueran a misa. Y cuando no había oportunidad de que los empleados fueran hasta la parroquia a confesarse, porque había mucho trabajo, entonces mandaba que pusieran un confesonario dentro de la empacadora y le pedía a un sacerdote que fuera a impartir el sacramento de la reconciliación a los que así lo desearan. Además, con determinada frecuencia invitaba a sus empleados a retiros espirituales para que conocieran y apreciaran el valor de los sacramentos y les hablaba de la gracia que estaban perdiendo al no tenerlos.

Los domingos y los días festivos enviaba a Tamatán un autobús especial que ella rentaba para recoger a la gente que quisiera asistir a misa en la parroquia y que no podía hacerlo por la distancia o por la falta de medios económicos. Llegaba el autobús temprano y recorría la comunidad tocando el claxon. Muy pronto se llenaba y todos juntos hacían el recorrido hasta la parroquia, participaban con devoción en la Eucaristía y después regresaban felices a sus casas en el mismo autobús que los esperaba afuera de la parroquia.

Cabe mencionar también la adoración nocturna que organizaba el día 12 de cada mes, a la que asistía un numeroso grupo de jóvenes que se pasaban toda la noche adorando a Jesús Sacramentado y venerando a la Santísima Virgen de Guadalupe. Al amanecer del día siguiente asistían a misa y comulgaban. Después todas juntas iban a desayunar por cuenta de Gloria.

Siempre fue muy respetuosa con los sacerdotes y estaba al pendiente de lo que necesitaran. En una ocasión, fue un sacerdote de Ciudad Mante,

Tamaulipas, a la capilla de Tamatán que estaba en construcción y le comentó que hacía poco se le había quemado la capilla en donde oficiaba. Ella le respondió: *"Padre, que le hagan un presupuesto de lo que cuesta la reparación y me lo envía".* Siempre estaba atenta para ayudar a los demás y con mucha mayor razón si se trataba de un sacerdote.

Colegio para varones

Cuando Gloria se dio cuenta de que en Ciudad Victoria los hombres no asistían a la celebración eucarística ni a ningún otro acto de piedad y por lo mismo carecían de instrucción religiosa, se interesó mucho por motivarlos para que se acercaran a la Iglesia con sus esposas y sus hijos. Con toda razón decía que si el hombre no tenía una buena formación religiosa iba a ser muy difícil que pudiera formar cristianamente a sus hijos, porque la educación de los hijos comienza con la formación de los padres. Consideró este punto como uno de los principales desafíos de la educación cristiana y se comprometió por mejorar esa situación. Con relativa frecuencia solicitaba la presencia de sacerdotes de la Compañía de Jesús y ella personalmente visitaba casa por casa y recorría oficinas y comercios invitando a los señores a los ejercicios espirituales y la hora santa que les organizaba cada mes en la parroquia.

La coherencia de vida cristiana que proyectaba y el estado de gracia en que vivía le daban tal poder de convencimiento que hizo que tuviera una muy buena respuesta de ese sector de la población y era de admirar que la iglesia se llenaba de hombres de

todas las edades y de todos los oficios. Los que nunca antes iban, ahora asistían con gusto a las charlas y a los ejercicios espirituales que ella les organizaba.

Además con gran diligencia solicitó a la Congregación de Hermanas del Divino Pastor la fundación de un colegio para varones en Ciudad Victoria y posteriormente con generosidad se constituyó ella misma en bienhechora del Colegio Antonio Repiso, el cual fue fundado el 19 de agosto de 1943 y recibió para su instrucción al primer grupo de niños el día 4 del mes de septiembre de ese mismo año.

La caridad, ante todo

Siempre reservó para los pobres y enfermos lo más exquisito de su caridad y de su bondad atrayente y persuasiva. En cuanto sabía que había alguna necesidad se hacía presente con su ayuda, especialmente si se trataba de un enfermo, les llevaba un sacerdote, les pagaba la consulta médica y les compraba la medicina. Con sus palabras los consolaba y los fortalecía en la fe para vivir la prueba, haciéndoles experimentar la misericordia de *"el buen Dios"* que se conmueve ante el sufrimiento de sus hijos. Además, si alguien fallecía y no tenía dinero para pagar el sepelio, ella también lo pagaba, por eso decía con gracia Goyo, el sacristán de ese tiempo: *"Nada más llega la señorita Gloria de Monterrey y vámonos muriendo todos"*.

Muchas personas recuerdan todavía las caminatas que hacía para visitar a los enfermos. Cuentan que había un muchacho que se le llenó de

gusanos la nariz, porque era alcohólico y a veces se quedaba tirado en la calle, por lo que se le hizo una infección en la garganta que se le corrió hasta la nariz. Él tenía a su mamá, pero ya era muy anciana, además eran muy pobres y vivían en un pequeño jacal donde había sólo dos costales en donde se acostaban. Gloria tuvo el cuidado de visitarlo diariamente y curarlo sacándole los gusanos, hasta que se alivió completamente.

En otra ocasión se enteró de que por el Camino Real vivía un tuberculoso en fase terminal que se encontraba abandonado y en estado deplorable, porque sus familiares tenían miedo al contagio. Se interesó mucho en ayudarlo, lo visitó en varias ocasiones y platicó con él, le llevaba de comer, medicinas y agua, además le prometió que enviaría todos los días a dos de sus trabajadores para que lo atendieran y le dieran sus alimentos y sus medicinas. Y así fue, de día y de noche lo cuidaron hasta que falleció ese señor.

Hubo otro caso especial de una anciana ya muy impedida que vivía sola, Gloria iba a bañarla y le llevaba leche y pan, animándola a que comiera. La visitaba cada quince días, pero le pagaba a una enfermera que vivía por ese rumbo para que fuera a bañarla y a asear su cuarto.

También visitaba con frecuencia el Hospital Civil y se interesaba especialmente por la sala de enfermos de más escasos recursos. Platicaba con ellos con cariño y paciencia, les llevaba fruta, ropa y medicinas, esmerándose en asear y curar personalmente a los más necesitados y abandonados, quienes se sentían consolados con su presencia, su trato cercano y sus consejos. En varias ocasiones incluso se quitó el

suéter o el abrigo que traía puesto para regalárselo a alguna de las enfermas que tenía frío o a alguna persona que viera necesitada. Luego encontraba la manera de ayudarlos económicamente para que pudieran pagar al salir del hospital. Su entrega y amabilidad hacia el enfermo, tan necesitado moral y físicamente, era admirable y las enfermeras comentaban que ese deseo de servir las contagiaba y las impulsaba en su misión.

Vivía para los demás y la caridad fue siendo cada vez con mayor fuerza su opción fundamental de vida. Quería que todos fueran felices y ayudaba a todo aquel que se cruzaba por su camino con alguna preocupación, siempre estaba dispuesta a servir y a tender la mano al necesitado y al enfermo. Recomendaba a las jóvenes que le ayudaban en el apostolado: *"Cuando haya un enfermo grave, preocúpese inmediatamente por llevar a un sacerdote, porque eso es lo más urgente"*.

Era notable su deseo de hacer un poco más agradable la vida de los demás para que su quehacer se volviera más fácil y los problemas fueran más llevaderos. Le gustaba hacer agasajos en beneficio de los más necesitados y sorprendía descubrir que hasta las personas más rebeldes, al escucharla, eran transformadas y experimentaban el consuelo de la misericordia divina.

Tuvo también especial atención hacia los niños huérfanos, procurando que no les faltara el alimento diario para que pudieran asistir a la escuela y ella misma les proporcionaba los útiles necesarios, libros y uniformes, para que salieran adelante con sus estudios. Además, con frecuencia llevaba a la casa de su mamá, personas ancianas que vivían solas y

no había quien se hiciera cargo de ellas para buscarles un lugar donde acomodarlas en Monterrey y que las pudieran atender. Así fue constante el peregrinar de personas que llegaban a la casa de su mamá con diferentes necesidades, unas buscaban trabajo, otras requerían médico y medicinas o les urgía operarse, etc. Gloria con tal de ayudarlos cubría todos los gastos que se generaban.

No había una persona que fuera a solicitarle un favor que no se lo hiciera y cuando ayudaba con dinero nunca anduvo luciéndose al darlo, simplemente entraba la persona, abría ella el cajón y le daba el dinero con mucha discreción y le decía: *"Para que se ayude en algo"*, pero jamás hizo porque el dinero se viera. Su ocupación preferida era estar al pendiente de los más pobres y sabía solidarizarse con su causa. En muchas ocasiones se le vio empapada en medio de la lluvia ayudando a sacar a las personas afectadas por la inundación y después, a los pocos días, acudir con ellas a la presidencia municipal para solicitar materiales y ayuda para reconstruir sus casitas que habían quedado dañadas o destruidas.

Le enviaba a su mamá a Monterrey del dinero de su negocio para que durante todo el año le comprara cobijas, ropa, alimentos, juguetes, etc., y luego ella lo repartía entre la gente de Tamatán. Ésa fue una magnífica forma de permanecer unidas por el mismo apostolado, ya que sin duda doña Otila se quedaba un poco triste cuando su hija se regresaba a Ciudad Victoria, porque estaba lejos de su casa, pero el trabajo de estar consiguiendo todos los encargos que le dejaba y lo que representaba llevar el control de lo adquirido, ordenarlo, empacarlo y enviarlo, le hacía más ligero el sacrificio de la ausencia de Gloria.

El Jueves Santo mandaba preparar bolsas especiales con seis cabezas de pescado y uno entero para regalarlas a las personas que así lo pidieran para la comida del Viernes Santo. Por esas fechas enviaba también pescado a los conventos de religiosas, especialmente a los más pobres.

Siempre amable y dispuesta a prestar el servicio que estuviera a su alcance. No tenía hora fija para comer, cuando se desocupaba en ese momento lo hacía, pero muchas veces se quedaba sin comer por regalar sus alimentos a la persona que se acercaba a pedirle algo. Solía decir a una de sus amigas: *"Carmelita, hay mucha gente humilde y hay que ayudarla"*. Verdaderamente fue una mujer fuera de lo común, muy consciente de que los dones que había recibido de Dios eran para servir a sus hermanos.

Pastoral penitenciaria en Ciudad Victoria

Se interesó mucho también por los presos y organizó visitas periódicas al penal para hablarles de la misericordia de Dios y catequizarlos. Era admirable ver a aquellos hombres, a quienes no pocas veces se califica como delincuentes, comportarse dóciles como niños, ordenados y tranquilos escuchando con atención la charla.

Al principio no fue fácil lograr que ellos comprendieran que la verdadera paz interior es fruto de la reconciliación con Dios y con los hombres, y algunos se quedaban lejos de los grupos observando lo que sucedía, hasta que poco a poco se daban cuenta de que se trabajaba por su bien, sin otro interés que ayudarlos a recuperar su dignidad.

Tiempo después uno de ellos expresó con sencillez: *"Ay, señorita Gloria, si mi madre me hubiera enseñado lo que usted me está diciendo, yo no estaría en este lugar"*.

Al final del curso se impartía el sacramento de la reconciliación y para esas ocasiones Gloria lograba conseguir el permiso del director del penal y de las autoridades civiles para que pudiera ingresar a las instalaciones un sacerdote a impartir los sacramentos a los reclusos. Esto fue algo verdaderamente extraordinario y casi impensable en ese tiempo, porque el gobierno de Ciudad Victoria estaba fuertemente influenciado por la masonería.

Eran días de fiesta cuando los internos se preparaban para hacer su primera comunión o para casarse o para bautizar a sus hijos. La celebración eucarística resultaba muy lucida y el gozo era general. Luego se les ofrecía una merienda o comida, según la hora en que fuera la celebración, y al final Gloria les organizaba juegos y competencias. Era de admirar la conducta de aquellos hombres que estaban allí por haber cometido homicidios o robos, en ese momento se olvidaban de sus penas, jugando, corriendo, brincando y sonriendo felices.

Además para el día de *Corpus Christi* organizaba una fiesta muy grande allí en la penitenciaría. Se hacían altares preciosos y muy elaborados, que los mismos reclusos diseñaban para honrar al Santísimo Sacramento en ese día.

Lo mismo sucedía en Navidad, la celebración era en grande. Se les motivaba con tiempo instruyéndolos en el significado real de esa fiesta, pedían la posada, rezaban y después Gloria les organizaba juegos para que se divirtieran, les repartía regalos, tamales, buñuelos y champurrado.

En realidad, era gente sencilla y noble que había cometido algún delito por la ignorancia y las muchas carencias. Todos ellos estimaban mucho a la señorita Gloria y afirmaban que con verla y escucharla se les despertaba el deseo de portarse mejor. Algunos le enviaban cartas pidiéndole ayuda, especialmente los que no tenían familia o alguien que viera por ellos. Ella siempre encontraba la forma de dar respuesta a las necesidades concretas de cada uno, buscaba el consejo de personas conocidas o la ayuda de algún abogado. Y cuando lograban salir, lloraban de emoción y gratitud porque sabían que ella era la promotora de todo. Con esas acciones se lograron conversiones de verdad.

Jóvenes desorientadas

En su afán por ayudar a los demás, impulsaba por todos los medios a su alcance la promoción humana integral y llegó a interesarse enormemente en el creciente problema de las jóvenes desamparadas, quienes caían en la prostitución obligadas muchas veces por la extrema pobreza en que vivían o por la falta de amor y comprensión en sus hogares. Ella sabía que ésa no era una actividad digna del ser humano, ni se le puede llamar "trabajo", ya que no es una manera de colaborar con el Creador en el embellecimiento y progreso del mundo. Por lo tanto, fue motivo de su atención especial y preocupación el poner los medios para ayudar a esas jóvenes. Siempre procuró con discreción tenderles la mano, colocándolas en algunas casas, consiguiéndoles donde trabajar y ayuda médica o enviándolas a Monterrey a una casa-hogar atendida por religiosas

para que las orientaran y ayudaran a reintegrarse adecuadamente a la sociedad.

A muchas de esas jóvenes las llevó a la casa de su mamá en Monterrey, mientras buscaba la mejor manera para ayudarles a solucionar sus problemas. Sin embargo, comprendió que eso no era suficiente para resolver a fondo la gravedad de su situación, entonces solicitó a una congregación religiosa una fundación en Ciudad Victoria para que la ayuda brindada fuera más eficaz y permanente en ellas, ya que se podría darles un seguimiento más adecuado y cercano. Se comprometió como bienhechora para que dos religiosas se trasladaran y se instalaran en la capital del estado de Tamaulipas, para atender ese campo que estaba tan descuidado en toda esa región. En la actualidad es una gran institución que alberga a un numeroso grupo de jóvenes.

Promoción de la mujer

Actualmente es un tema común hablar de la mujer como un sector oprimido en nuestra sociedad, pero en ese tiempo no era general esa inquietud, sin embargo Gloria tomó cartas en el asunto con obras concretas, por lo que se le considera una mujer visionaria en cuanto a la importancia de la promoción de la mujer. Prueba de ello fue que en su empresa "Productos Cruz de Oro", además de los hombres, también las mujeres podían aspirar a trabajar y obtener una debida remuneración.

Además queriendo elevar el nivel cultural de la sociedad femenina que se encontraba tan marginada, instaló un taller de oficios para mujeres en la casa situada en la Calle Cuatro esquina con Morelos, en

donde hoy se encuentra la "Escuela Juan B. Tijerina", y auxiliada por un equipo de damas voluntarias, se comenzaron a impartir clases de labores propias del hogar, como: corte y confección de ropa, bordados y tejidos, hechura de flores y diversas manualidades, corte de cabello y belleza, y también mecanografía y taquigrafía, entre otras actividades encaminadas a elevar la condición de la mujer.

No se cobraba ninguna cuota y Gloria proporcionaba todo el material necesario para esas clases. Periódicamente se organizaban exposiciones y se vendían algunos de los trabajos, otros se regalaban. El fruto económico que se obtenía se destinaba para socorrer las necesidades de los más pobres. El resultado de esos eventos siempre fue muy elogiado por la sociedad.

Aproximadamente a los dos años de iniciado este proyecto, hubo necesidad de trasladar el taller a unos salones de la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio, con la anuencia y colaboración del párroco, P. Rafael Chavarría. Ese taller de manualidades funcionó con éxito durante muchos años beneficiando en gran medida a la población femenina de esa ciudad y de sus alrededores.

Promovió misiones y cursos de evangelización

Siempre mostró verdadero entusiasmo y deseos de colaborar en la promoción de la evangelización por medio de las misiones, por eso durante varios años organizó las misiones en esa región solventando de su bolsa los gastos y apoyada por los Padres Redentoristas. Ella misma recorría a pie las calles

de Tamatán y de los poblados cercanos invitando a jóvenes, adultos y niños para que asistieran a las pláticas. Los motivaba hablándoles del amor de Dios y los convencía por su amabilidad. Hacían caminatas muy largas y nunca se oyó que ella se quejara del cansancio o por el intenso sol, al contrario, durante el tiempo que tardaban en llegar de una casa a otra ella guiaba el santo Rosario, encomendando a la Santísima Virgen el fruto de la misión.

En algunas ocasiones llegaron a visitar hogares de personas no católicas, manifestándoles rechazo y burla del mensaje que llevaban, pero Gloria siempre contestó con una bendición: *"Dios los bendiga"* y seguía en paz su camino. Después comentaba: *"Estas personas no son creyentes, pero debemos invitar a todos, crean o no"*. Eran lugares difíciles que ella poco a poco fue ganando para *"el buen Dios"* a base de oración y sacrificio.

La gente respondía positivamente a la invitación porque, aunque habitaban lejos de donde era el centro de la misión, les enviaba un camión urbano recogiendo a todos los que quisieran asistir y ella misma estaba al pendiente de que todos tuvieran asiento.

Las charlas eran por las tardes y luego se repetían a las nueve de la noche para que los trabajadores y campesinos no pusieran el pretexto de que no podían asistir por el horario laboral. Además, muchas veces salió a la calle a invitar a la gente que pasaba por ahí, aunque el sacerdote predicador o las religiosas ya hubieran comenzado la misión.

También iba a la escuela de Tamatán, hablaba con el director del plantel, profesor Mario Aguilera, para que le diera permiso de hacer allí una misión, él ponía muchos pretextos, pero ella insistía y encontraba los argumentos necesarios para convencer al director, entonces él aceptaba aunque le limitaba el tiempo y luego llamaba con la corneta a los alumnos al comedor y allí daba la conferencia el sacerdote invitado.

Por otra parte, debido al giro de su empresa conoció y tuvo contacto con las personas que le surtían el pescado. Eran pescadores muy humildes del poblado La Pesca, en Soto la Marina, hasta donde era casi imposible que llegara el impulso evangelizador por falta de medios de comunicación. Lo único que entraba hasta allá era un camión carguero que cada treinta días les llevaba a los habitantes de ese lugar la despensa para todo el mes, y no había ninguna otra vía de comunicación. Gloria se preocupó mucho por ellos y además de la ayuda material que incondicionalmente les brindó, fundó en ese lugar dos centros de catecismo y con relativa frecuencia llevaba misioneros y religiosas para que predicaran la Palabra de Dios.

También solicitó a las Misioneras Catequistas de los Pobres un equipo de hermanas que se dedicaran a evangelizar toda esa región y para facilitarles su labor construyó allí mismo una capilla, ya que se carecía de un lugar adecuado para reunir a la gente. Ellas misionaron durante algún tiempo, entre mil peripecias por las carencias de todo tipo y la ignorancia de la gente, pero el fruto fue grande, porque cuando la capilla fue bendecida hubo numerosos bautismos, matrimonios y primeras comuniones.

Le gustaba celebrar con especial devoción y solemnidad la fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que es la Virgen Misionera. Deseaba ardientemente sembrar en todos los corazones el amor a Dios y la devoción a la Santísima Virgen María para que el mensaje de salvación llegara a todos.

Hija de María

Cultivó y conservó durante toda su vida una devoción muy especial y delicada a la Santísima Virgen María, a tal grado que cuando hablaba de ella o del rezo del santo Rosario transmitía con sus palabras y sus actitudes el entusiasmo que la embargaba, por eso fue grande la alegría que la invadió al hacer su consagración y recibir el distintivo que la incorporó como miembro activo de la Asociación Hijas de María el 8 de diciembre de 1946, fecha en que se celebraban las bodas de oro de su fundación en Ciudad Victoria. Trabajó mucho por esta Asociación y era constante en su entrega, destacó por su dedicación al participar en los diferentes eventos que se organizaban y su ejemplo fue impulso y motivación para el ingreso de nuevos miembros.

Especialmente el 12 de diciembre solía organizar a un numeroso grupo de jóvenes para asistir a las mañanitas en honor a la Santísima Virgen de Guadalupe. En aquellos tiempos no eran fáciles las comunicaciones y mucho menos los viajes, particularmente entre la gente de escasos recursos, por eso era una fecha muy esperada por todas y quedó grabada en el alma de cada una como una experiencia inolvidable.

Para el día último de mayo fiesta de la Coronación de la Virgen María y para el 15 de agosto fiesta de la Asunción de María Santísima, le gustaba organizar Rosarios vivientes en la plaza principal, frente a la parroquia, que resultaban espléndidos eventos de luz y color en los que participaban con emoción gran parte de los habitantes de esa región.

Además, con gran dinamismo tuvo la idea de organizar un concurso ínter parroquial sobre el tema de las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe, que resultó muy del beneplácito de toda la población. A los grupos que obtuvieron los primeros lugares les regaló un viaje a la Ciudad de México para conocer la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

La actual Parroquia de San Isidro Labrador en Tamatán

Otro aspecto importante de su personalidad fue su gran sentido de justicia: las ganancias de su empresa no las empleó para enriquecimiento personal, sino en beneficio de los que colaboraban con ella. Aquí el detalle que hace este caso especial es que ella encontró la forma de invertir en algo que no despertara la ambición en nadie y que redundara en crecimiento espiritual, moral e intelectual de todos.

En ese tiempo, en Ciudad Victoria la Iglesia solamente contaba con la Parroquia de Nuestra Señora del Refugio, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y la capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y pertenecían a la diócesis de Tamaulipas, por lo cual valorando la necesidad tan grande que

tenían los habitantes de la Hacienda de Tamatán de acercarse a Dios y viendo que carecían de un lugar apropiado de reunión para honrarlo y rendirle culto, que les quedara cercano para que pudieran acudir a orar y a recibir los sacramentos y además que facilitara de alguna manera la tarea de evangelización en esa zona, Gloria se fijó como meta la construcción de una capilla en donde todos tuvieran cabida y se sintieran parte activa, es decir, con derecho de participar, complementando además este proyecto con las frecuentes misiones de catequesis y evangelización que organizó para despertar y avivar en la gente el hambre de Dios.

Para comenzar, evaluó las posibilidades para elegir el lugar más apropiado, luego solicitó a los ejidatarios del "Ejido 7 de noviembre" que le donaran un terreno con el fin de levantar una capilla y en cuanto accedieron a su petición, inició los trabajos preliminares con una gran fe y confianza en Dios y de la mano de la Santísima Virgen María.

Claro está que no fue nada fácil conseguir que el gobierno del estado de Tamaulipas le concediera el permiso para construir una capilla en ese lugar, ya que argumentaban que precisamente ese terreno lo tenían destinado para construir una fábrica, pero ella insistió mucho y logró que le dieron una respuesta afirmativa.

Luego pidió al Arq. Enrique Canseco que le hiciera los planos de la capilla, tal y como ella la tenía en mente: quería con empeño que la capilla quedara exactamente enfrente a la puerta del penal, de tal suerte que los reclusos, privados de su libertad y sin poder acudir personalmente a la capilla, tuvieran

al menos el consuelo de que al acercarse a la reja pudieran ver directamente al interior de la iglesia y desde ahí escuchar la misa, o contemplar por las ventanas de sus celdas la casa de Dios y dirigirle sus plegarias. Para ella ése era un detalle muy importante.

Después se dedicó a buscar un buen maestro de obras y logró que el constructor Pedro Jasso se comprometiera con la construcción. Asimismo, acudía con frecuencia a la casa del señor Berrones, dueño de una ladrillera, con el fin de hacerle pedidos de ladrillo, tanto para la capilla como para otras obras que realizaba en bien de la comunidad.

Fue así que con mucha ilusión y gran esperanza inició el proyecto sin escatimar nada, a fin de que quedara fuerte, bonita y de tamaño adecuado para la gente de ese lugar. Poco a poco la construcción fue avanzando, no sin contratiempos ocasionados en su mayor parte por el mismo gobierno civil que se oponía a la obra, por lo cual en varias ocasiones le detuvo la construcción por largas temporadas, sin que eso llegara a doblegar la firmeza de ánimo de Gloria, quien recomendaba mucho a todos sus conocidos que rezaran con devoción el santo Rosario con esa intención. Además, organizó funciones de cine y de teatro, conciertos y festivales de danza con el fin de obtener más fondos para la construcción. Confiaba plenamente en Dios y cuando veía que algo era para su gloria y bien de la comunidad, no había poder humano que la desanimara o doblegara en su propósito.

El sábado 15 de mayo de 1948, vísperas de la festividad de Pentecostés, la capilla ya terminada lució por primera vez ornamentada con sus mejores

galas y profusamente iluminada con motivo de su consagración, la cual se llevó a cabo en solemne ceremonia de bendición por el Ilmo. Mons. Dr. D. Serafín María Armora, dedicándola a la Santísima Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, contando con una asistencia muy numerosa de fieles que la ocuparon en su totalidad. Ese día Mons. Armora dijo: *"En los capiteles de esta capilla queda inmortalizada la santidad de la señorita Gloria Elizondo".*

Al día siguiente, domingo de Pentecostés, en la capilla recién consagrada tuvo lugar una solemne celebración eucarística de acción de gracias y comunión general, donde un nutrido grupo de niños y niñas de toda esa región recibió por primera vez a Jesús Sacramentado, como fruto espiritual de la misión que se organizó para celebrar este gran acontecimiento. Al terminar la misa, a todos los asistentes se les ofreció un desayuno especial en el Casino de Tamatán. Ese acontecimiento quedó grabado para siempre con gratitud en las mentes y en los corazones de los habitantes de ese lugar.

Gloria consiguió que un sacerdote se comprometiera a celebrar la Eucaristía en esa capilla todos los domingos, contando con una gran asistencia y participación de la gente, y además promovió que el jueves primero de cada mes por la tarde fuera también a confesar a todo el que así lo deseara y luego al día siguiente, viernes primero de cada mes, a celebrar la Eucaristía en honor al Sagrado Corazón de Jesús, de quien Gloria era devotísima. Ella decía: *"Quisiera que todos se dieran cuenta de que Dios los ama para que se acerquen a Él con confianza"*, por eso tuvo especial interés en procurar

que todas las cosas que fueran al servicio de Dios se fundaran en Tamatán, donde la quisieron mucho, porque experimentaron que *"el buen Dios"* visitó a su pueblo a través de ella. Y como constancia de todo esto, existe hasta la fecha un monumento público de sor Gloria María Elizondo García erigido en gratitud por los habitantes de Tamatán que se localiza fuera de la Parroquia de San Isidro Labrador, hacia la calle, con la siguiente inscripción:

Sor Gloria María Elizondo García
1908 - 1966
Sierva de Dios
Benefactora de la comunidad de Tamatán
"El trabajo para mí, la gloria para Dios"

A esta capilla desde el principio la gente comenzó a llamarla también Capilla de San Isidro, porque con ese nombre era conocido ese lugar, además de que fue consagrada un día 15 de mayo fiesta de San Isidro Labrador, por lo que en ese día celebra su fiesta patronal, hasta el día de hoy.

Sólo por amor a Dios

Gloria sabía que para permanecer abierta a los planes de Dios era necesario renunciar a una infinidad de cosas, incluso lícitas, que pudieran distraerla de su objetivo fijado. Era mortificada, austera y muy audaz, se sacrificaba mucho en su persona para darlo todo a los demás, hasta el punto de poder afirmar que lo más característico de su personalidad fue su confianza en Dios.

Fue una mujer de paz que supo tomar en serio su vida de fe y cultivarla día a día con oración, con confianza y con amor. En varias ocasiones algunas de sus amigas llegaron a la empacadora cuando los empleados ya se habían ido y con asombro encontraban a Gloria en su oficina arrodillada en actitud de adoración ante un crucifijo pequeño. Afirman que se veía su recogimiento, estaba inclinada y tenía los ojos cerrados ignorando las exterioridades. Por respeto no la interrumpían, la esperaban afuera, pero aseguran que cuando ella salía de su oficina su rostro parecía como iluminado y su sonrisa era de una gran felicidad.

Su gran deseo era que Tamatán fuera un solo himno para alabar a Dios. Le gustaban los tumultos cuando eran de niños y en las capillas, siempre quería ver lleno total, pero nunca en situación de conflicto.

Mucha gente la seguía y en todas partes la conocían y la apreciaban, valoraban su apostolado, porque lo que les predicaba, ella lo vivía primero. A donde llegara, los niños al verla salían a encontrarla gritando con gusto y emoción: *"¡La señorita Gloria viene, viene la señorita!"* y en un momento la rodeaban. Al mismo tiempo ella era sumamente discreta y cuando alguien la elogiaba se sonrojaba y decía: *"Todo es para servir a Dios, todo es por el Señor, quiero que las personas se den cuenta de que Dios las ama y que está con ellas para que se acerquen con confianza a Él"*.

A fines de la década de los años cuarenta en Ciudad Victoria inició en una estación de la radio un programa que se transmitía los jueves por la noche, titulado "Homenaje a la mujer", el cual se dedicaba a dar a conocer a las personas que se destacaban

en la comunidad por su vida y por sus obras a favor de los demás. Gloria fue nominada y escogida para rendirle ese homenaje, por lo que le solicitaron que se presentara en el programa, pero ella se rehusó terminantemente porque no deseaba que la elogiaran por sus obras de apostolado, ni que le otorgaran por ellas algún reconocimiento humano y pidió que no se hiciera ninguna mención de la labor que realizaba, diciendo: *"Por favor, no hagan eso conmigo, no creo merecer ningún homenaje porque lo que hago es sólo por amor a Dios"*.

V

Luces y sombras

Devaluación monetaria

La economía de la Nación Mexicana en el siglo pasado a finales de los años cuarenta se encontraba de bajada, suscitándose una fuerte devaluación del peso frente al dólar, de $4.85 a $8.65. Este hecho afectó enormemente a la industria nacional, especialmente porque se importaba de los Estados Unidos gran parte de las materias primas para las empresas, por ejemplo en este caso, la empacadora "Productos Cruz de Oro" importaba del País del norte todo lo que eran refacciones, envases, ingredientes para las preparaciones, etc., siendo así que los costos por estos implementos se elevaron casi al 100%.

Para comprender más fácilmente lo sucedido en ese tiempo y la repercusión que tuvo en todos los ámbitos, recordaremos brevemente la situación histórica del peso frente al dólar durante esos años.

Comenzaremos por mencionar que con motivo de la expropiación petrolera las reservas

de divisas y metales del Banco de México bajaron considerablemente por el retiro de fondos por parte de particulares y empresas nacionales y extranjeras, por lo que en marzo de 1938 el banco optó por retirarse del mercado cambiario y dejar a la oferta y la demanda la cotización del dólar. Éste subió de $3.60 a $4.50 y en 1939 llegó a $5.50. En 1941 se celebró un convenio con el gobierno norteamericano para la estabilización monetaria y se fijó una paridad de $4.85 por dólar, convenio que se renovó en 1943 y 1945 por dos años cada vez, pero ante el grave descenso de las reservas monetarias durante los años de 1946 a 1948 no fue posible al Banco de México seguir sosteniendo ese tipo de cambio, tanto más que la balanza internacional de pagos era adversa a nuestro país. El 22 de julio de 1948 dejó el banco de vender dólares para permitir que el peso alcanzara una nueva paridad en el mercado libre. Un año después el 18 de junio de 1949 se fijó la nueva paridad oficial de $8.65 por dólar.

En plena tormenta

Lo anterior fue un golpe muy duro para las pocas empacadoras de pescado que existían en ese entonces en la zona noreste de México, ya que dependían totalmente de la importación de materias primas para el óptimo funcionamiento de sus empresas. Por este motivo la compra-venta del producto fresco se convirtió en un negocio más rentable, aunque también tenía sus riesgos, pero fue una oportunidad que aprovecharon algunos comerciantes, quienes ofreciendo un poco más de dinero a los pescadores

de la región, consiguieron en cierta manera acaparar el mercado, perjudicando más con esa acción a las empacadoras, por lo que la situación se les convirtió casi en insostenible.

Al poco tiempo, a fines de 1949, después de valorar con prudencia las condiciones en juego, Gloria consideró que lo más conveniente para todos era tomar la decisión de cerrar temporalmente su empresa, debido a que los gastos salían sumamente recargados. Y así lo hizo, optando al mismo tiempo por regresar una temporada a Monterrey con su familia, con la esperanza de que la situación diera pronto un giro positivo.

Reunió a todos sus empleados y a modo de despedida les dijo: *"Por razones de familia me voy a Monterrey, pero yo quería que ustedes tuvieran un lugar para orar y no podría dejarles nada mejor que una capilla a donde podrán asistir".*

En los meses siguientes supervisó con cuidado que todos los asuntos relacionados con su negocio quedaran en perfecto orden y cuidó que se procediera con la debida justicia a indemnizar a sus trabajadores por el tiempo laborado en la empresa, entregándoles también a cada uno su caja de ahorros.

Homenaje de gratitud

Es importante mencionar que ya antes de que Gloria decidiera su regreso a Monterrey, la noche del sábado 22 de mayo de 1948, la sociedad de Ciudad Victoria le ofreció un homenaje en el "Centro Social Victoria" para patentizarle su admiración y gratitud por ocho años de la tan loable labor social y espiritual que

realizó con gran caridad y abnegación a favor de los más necesitados.

El periódico "Noticiero" de Ciudad Victoria, en su edición del 24 de mayo de 1948, reseñó el evento social señalando que en esa ocasión, el Sr. Serafín Tella pronunció el ofrecimiento de la celebración y expresó entre otras cosas lo siguiente: "*...Y si es poco frecuente encontrar en la actualidad quien conserve todavía la fe y la devoción cristianas, más extraño resulta hallar espíritus luchadores y tenaces que, desentendiéndose de obstáculos y de contratiempos, se echan a cuestas la enorme y fatigosa tarea de regenerar al mundo por el único camino luminoso que permanece eternamente franco: el camino que conduce a Dios*".[2]

Y concluye el mismo diario diciendo: "*Se le hizo entrega de una medalla de oro y un valioso y significativo pergamino, agradeciendo finalmente nuestra homenajeada las muestras de cariño que había recibido*". Gloria expresaba con gran sencillez: "*¡Qué bueno es Dios! ¡Qué divinamente bueno es!*".

También el grupo de la J.C.F.M. le tributó un sentido homenaje de agradecimiento por su notable apostolado y su vida de absoluta entrega al servicio de Dios por medio de obras y acciones concretas a favor de los más necesitados, tanto en lo espiritual como en lo material, actuando siempre con generosidad de acuerdo a los ideales y los lineamientos de la Asociación.

---

2. Citado por la M. María Teresa Zamora V., m.c.p., en "Sierva de Dios sor Gloria María Elizondo García, Misionera Catequista de los Pobres", carta enviada a todas las comunidades de la Congregación con motivo del aniversario del fallecimiento de la Sierva de Dios, noviembre 13 de 2003, posteriormente publicada en un opúsculo para su divulgación, edición privada, Monterrey, N.L., 2003, pp. 5-6.

De regreso a Monterrey

Hacía algún tiempo, uno de sus hermanos menores había obtenido la representación exclusiva de los climas Carrier en la ciudad de Monterrey, logrando levantar una empresa pionera y líder en su ramo a la que se le denominó Elizondo, S.A. Cuando Gloria regresó a Monterrey en el año de 1950 ingresó a esta empresa con un importante cargo ejecutivo en el departamento de instalaciones, colaborando de esa manera en el desarrollo y la consolidación de Elizondo, S.A., donde desempeñó su labor durante un poco más de tres años, atendiendo con eficacia las indicaciones de sus hermanos, que en este caso eran sus jefes, sin provocar el más mínimo conflicto, al contrario, ella siempre se destacó por la prudencia en su obrar.

Cabe señalar que con el cambio de ciudad su inquietud misionera no cesó y son testigos de su piedad, tan ilustrada como fervorosa, cuantos en ese tiempo la conocieron y la trataron.

Dentro de su nuevo trabajo buscó la forma de entrar en contacto con cada uno de los empleados que laboraban en la empresa y sus familias, llevando hasta allí su apostolado. Les organizaba reuniones de formación para que se superaran, convivencias para que se conocieran y celebraciones eucarísticas para que se acercaran más a Dios, además siempre se interesó por sus necesidades y problemas, tratando de promover en ellos y sus familiares los valores humanos y cristianos.

Fue promotora incansable de una adecuada preparación catequística para que los empleados que así lo desearan recibieran los sacramentos que

les faltaban y varios mecánicos que trabajaban ahi recibieron la primera comunión en medio de gran gozo. Además, estaba al tanto de todo y no dejaba pasar la ocasión de ayudarlos. En una ocasión uno de los empleados se enfermó de gravedad y conociendo ella las necesidades de su familia y sabiendo por lo que estaban pasando, fue a visitarlo y con discreción le solicitó el recibo de la luz de su casa. Sin más palabras, ella misma lo pagó con dinero de su bolsa.

Tomó también como apostolado el enviar desde Monterrey las hostias y el vino para consagrar a las parroquias pobres de los pueblos cercanos. Además, a todas las personas que conocía les pidió que le juntaran los timbres de correo que recibieran con su correspondencia postal para venderlos a los coleccionistas y con eso ayudar a las comunidades más pobres de la Sierra Tarahumara, situadas en los estados de Chihuahua y de Sonora.

Todos los miércoles acostumbraba ir al Templo de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro para encomendarle a la Santísima Virgen las misiones y sus apostolados, asistía a la celebración eucarística y comulgaba.

Por la tarde del día jueves primero de cada mes, viajaba a Tamatán para ayudar a las personas que así lo quisieran a prepararse para recibir el sacramento de la reconciliación y que al día siguiente, viernes primero de mes, pudieran comulgar en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

En tiempo de Navidad recolectaba ropa usada en buen estado entre sus amistades y sus familiares para repartirla luego entre la gente más necesitada y son testigos también de su ayuda desinteresada los pueblos de Jiménez y Abasolo en Nuevo León, entre otros.

Desde antes de que se fuera a Ciudad Victoria, cada año, el 25 de diciembre acostumbraba visitar el convento de las Misioneras Catequistas de los Pobres y, con el deseo de amenizarles una tarde, les organizaba ingeniosos juegos para que se divirtieran, cantos y poesías navideñas y les compartía algún relato ejemplar relativo a esa época del año, así como la merienda. Además con anticipación les pedía una lista de lo que necesitaba cada una de las religiosas y procuraba llevárselos, tratándose siempre de objetos sencillos y de uso personal, como aros para los anteojos, hilazas de colores, cintos, tijeras, productos para asear el calzado, tela para sus hábitos, cuadernos para escribir cartas, etc., por lo cual la comenzaron a llamar *"el Niño Dios de la comunidad"*, haciendo referencia a la creencia popular de que el Niño Dios es quien trae los juguetes y regalos en la noche de Navidad a los niños que se portan bien. Este apostolado lo continuaría haciendo su mamá durante muchos años.

VI

Vocación religiosa

Discernimiento vocacional

La vocación particular de cada individuo es un misterio de amor entre Dios y el alma, pero depende de la libertad de cada uno el ir respondiendo o no a las llamadas que se van dando a lo largo de la historia personal. En este caso, la vocación misionera de Gloria era evidente y clara, su deseo más grande fue identificarse con los sentimientos intimos del Corazón de Jesús: la gloria del Padre y la salvación de los hombres. Tenía un deseo enorme de extender el Reino de Dios y ardía en celo por la evangelización de los lugares en donde no había sacerdotes ni religiosas que pudieran llevar el kerigma y dar un seguimiento catequístico capaz de propiciar la fe cristiana y el crecimiento en la misma.

Basta contemplar en su conjunto el itinerario humano-espiritual de Gloria para vislumbrar que al ponerse incondicionalmente en manos de Dios, disponible a su acción, en lo íntimo de su ser ella descubrió un anhelo más grande que todo lo material,

que todo lo humano y todo lo visible y, que sin duda, al crecer esa experiencia con el paso del tiempo fue concretándose en una opción formal por la vida religiosa como desenlace lógico de toda una trayectoria. Poco tiempo después ella lo expresaría en pocas palabras y con suma sencillez: *"Tamatán me hizo monja"*.

Efectivamente, desde hacía tiempo atrás Gloria estaba considerando la idea de consagrarse en la vida religiosa, pero respetó el ritmo que fue marcándole la vida, ya que se sabía un apoyo grande para su madre viuda en la formación de sus hermanos menores, pues, aunque su hermano mayor también fue de gran ayuda para la familia, en ese entonces ya estaba casado y tenía su propia familia. Prudentemente ella esperó para no mortificar más a su madre que se sentiría sola con esa responsabilidad.

Sin embargo, para el año de 1954 estaban casados seis de sus ocho hermanos, por lo que consideró que ya era el tiempo propicio para manifestar abiertamente su deseo. Su madre se sorprendió mucho y le dijo: *"Hijita, yo ya soy mayor, ¿qué tanto les he de durar?, espera a que el Señor me recoja y luego te vas de religiosa"*, pero Gloria insistió y consiguió no sólo la anuencia sino también el beneplácito de su madre para ingresar a la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres, cuya misión específica en la Iglesia es seguir a Cristo en su misterio de Víctima, viviendo en caridad, oblación y abandono a la voluntad del Padre que las asocia a la obra redentora de Cristo y las envía a evangelizar a todos los hombres, preferentemente a los más pobres y abandonados.

Por ese entonces Gloria tenía 45 años y su deseo de consagrarse había madurado suficientemente en su interior. En el proceso de discernimiento vocacional la acompañó y la asesoró adecuadamente la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro, Superiora General de las Misioneras Catequistas de los Pobres, ya que la conocía muy bien desde mucho tiempo atrás.

Llegado el momento Gloria hizo con gran ilusión su solicitud para ingresar a la Congregación, pero la respuesta de la Madre Margarita la sorprendió: *"Mire señorita Gloria, usted sí tendrá vocación de religiosa, no lo dudo, porque es muy piadosa, pero debe ingresar a otra congregación, de seguro Dios la llama a otra congregación, no a la nuestra, porque es de muchas privaciones y este trabajo no es para usted".* La Congregación contaba ya con varias experiencias previas de jóvenes que procedían de familias de buena posición socioeconómica que no perseveraban.

Gloria recibió esa respuesta con paz y respeto y trató de continuar con su vida normal, pero al poco tiempo regresó con la Madre Margarita y le dijo: *"Madre, sigo sintiendo el llamado a ser Misionera Catequista de los Pobres".* Sin embargo, recibió la misma respuesta que la vez anterior, recomendándole encarecidamente que buscara otra congregación.

Fue la fidelidad al amor lo que constituyó para Gloria el principio de la entrega sin condiciones al proyecto que Dios tenía sobre ella y esto implicó una opción fundamental que se concretó en un compromiso personal por buscar constantemente la voluntad divina. Por eso, al continuar experimentando el llamado en su interior, no podía darse por vencida tan fácilmente, ya que era muy

firme en lo que creía ser la voluntad de Dios, así que tiempo después insistió en tocar ese punto una vez más. Para su asombro en esa tercera ocasión la Madre Margarita le respondió: *"Señorita Gloria, vaya con el Sr. Arzobispo, platique con él y expóngale el caso. Respetaré la decisión que él tome"*. Así lo hizo. Sin perder tiempo reservó una cita en el Arzobispado y fue a dialogar con el Excmo. Sr. Alfonso Espino y Silva[3] exponiéndole con toda claridad el caso de su vocación. Inmediatamente después regresó al convento para llevar la noticia a la Madre Margarita de que el Excmo. Sr. Espino y Silva convino en que sí era genuina su vocación a la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres. Y la Superiora General la aceptó.

El 23 de mayo de 1954, en junta de Consejo de la Congregación se trataron dos solicitudes de admisión, pero sólo Gloria fue aceptada debido a *"sus buenas cualidades y excelente formación religiosa"*. Por tener 45 años se pidió la dispensa del límite de edad para ser admitida.

Se conserva en el archivo de la casa general la siguiente carta de recomendación que ilustra en pocas palabras quien era Gloria antes de su ingreso a la vida religiosa:

«El suscrito, vicario actual de la Catedral, hace constar que la señorita Gloria Elizondo, por la mayor parte de su vida feligrés de esta Parroquia del Sagrario, no sólo observó buena conducta, sino que siempre fue modelo de virtud, distinguiéndose en su

---

3. Espino y Silva Alfonso (1904-1976). Nació en Puebla de los Ángeles y murió en Monterrey. Fue ordenado sacerdote en 1927. Obispo de Cuernavaca en 1947. Arzobispo coadjutor de Monterrey en 1951. Arzobispo de Monterrey en 1952.

abnegación y sacrificio en toda obra de apostolado. Que se sepa aprovechar su carácter emprendedor y de iniciativa para bien de la Congregación y dirigirla mejor para su mayor santificación. Sac. Antonio de P. Ríos».

Dios tiene sus caminos para cada quien y esta decisión era una consecuencia natural de su vida. Con tiempo ella avisó a sus empleados y compañeros de trabajo de Elizondo, S.A. que se retiraría para ingresar a una congregación religiosa y por este motivo, a modo de despedida, se celebró una misa de acción de gracias en la Catedral y después se ofreció una comida en su honor en el Salón Don Bosco, anexo a la Catedral.

Siempre fue muy estimada por todos y para la mayoría de las personas que la conocían fue un caso insólito y con asombro comentaban: *"¿Por qué se metió de monjita si hace tanto bien afuera?".*

Primera etapa de su formación religiosa

Antes de entrar al convento Gloria llevaba un estilo de vida independiente y su nivel socioeconómico era alto, sin embargo, renunció a todo por amor a Dios y aunque no fue nada fácil desprenderse de su familia por los lazos afectivos tan fuertes que mantenían, con la bendición de su madre y una gran alegría en el corazón ingresó a la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres y recibió la medalla de postulante el 16 de julio de 1954, fiesta de la Santísima Virgen Nuestra Señora del Carmen. Por disposición superior se le dispensaron 34 días del

postulantado para que se incorporara al grupo que ya había iniciado esa etapa de formación.

Fue también motivo de gozo para ella cuando al ingresar recibió la noticia de que en la Congregación le correspondería el número 88, porque por su devoción a la Inmaculada Concepción su número preferido era el 8 y ella misma comentó después con sus hermanas religiosas que desde que fue aceptada en la Congregación experimentó el deseo de que el número de su matrícula tuviera un ocho.

Desde un principio y con seguridad tomó muy en serio su entrega incondicional a Dios y voluntariamente se sujetó al reglamento sin ambigüedades ni dudas, sin restricciones ni condiciones, accediendo con agrado a tener que pedir permiso para una cosa y para otra, sin manifestar contrariedades, sabiendo que la obediencia es el camino más rápido hacia la santificación.

El tiempo pasó y unos meses después, en diciembre, recibió el hábito y las Constituciones para su estudio y tomó el nombre de sor Gloria María de Jesús. De esa manera inició formalmente el período canónico de su noviciado.

Sor Gloria María era muy intuitiva por lo que desde su ingreso se dio cuenta de que la Madre Margarita, como Superiora General, tenía bajo su cargo la grave responsabilidad de la construcción del edificio para el apostolado propio que realizaba la Congregación y entonces tuvo la idea de exponerle el proyecto que tenía desde hacía tiempo de escribir un libro sobre Nuestro Señor Jesucristo, como exposición catequística que fuera auxiliar en la evangelización, para el cual ya había reunido bastante material con antelación, expresándole que su propósito

era organizar la rifa de un automóvil y obsequiar un ejemplar del libro en la compra de cada boleto, destinando el beneficio de ese evento al seminario, a las comunidades indígenas de la Sierra Tarahumara y como ayuda a la Congregación.

La Madre Margarita vio prudente concederle el permiso, ya que se trataba de un caso especial que suponía un cambio radical, es decir, de un apostolado tan dinámico que llevaba, a una vida silenciosa y oculta durante el postulantado y el noviciado. Sin embargo, esa venia no la dispensaría para desatender su preparación ni sus deberes como formanda, porque le parecía de suma importancia que sor Gloria María viviera esa etapa bien integrada con el grupo de novicias.

Esa decisión de la Madre General fue verdaderamente providencial, porque la ayudó a vivir con más suavidad ese cambio de ambiente, de costumbres, de alimentación y especialmente el proceso de aprender a sujetar su voluntad a la obediencia.

Sor Gloria María tuvo una especial sensibilidad para descubrir detrás de las obediencias humanas la obediencia única al plan de Dios el cual hace indispensable la interdependencia por la que muchas veces es necesario obedecer a los demás e incluso delimitar el propio campo de acción. En efecto, son muchas las anécdotas referentes al testimonio que ella dio durante ese tiempo de formación y su manera de reaccionar ante las indicaciones y observaciones que, delante de todas las novicias, le hacía la M. Imelda de Jesús Sacramentado Parás, quien fue su maestra de noviciado, con el fin de probarla y acrisolarla más en las virtudes, pero también para que no se sintiera

diferente a las demás, ni creyera que podía gozar de ciertos privilegios. Ésa era en aquel entonces la manera de educar.

Recordemos que, en aquel tiempo antes del Concilio Vaticano II, la vida religiosa era más austera en todos los aspectos, había muchas reglas que se seguían al pie de la letra, por ejemplo: "Ninguna religiosa podía dar o pedir a otra hermana algo sin el permiso de la madre superiora o de la Madre Maestra". Sor Gloria María estaba acostumbrada a trabajar para dar y todo lo que ganó durante su vida de seglar lo distribuyó entre los más necesitados, por lo cual era muy desprendida. Sucedió una vez a mediodía, estando en tiempo de recreo, mientras algunas hermanas platicaban, otras zurcían su ropa y en esa ocasión sor Gloria María llevaba su costurero, le gustaba mucho tejer a gancho, de pronto alguien comentó que algo le hacía falta y dijo ella: *"Yo tengo"* y abrió su costurero lleno de hilos, entonces la Madre le dijo: *"Pero, hermana..."*, al momento que le recogía el costurero y agregaba: *"Usted no tiene permiso de dar con esa libertad"*. Sor Gloria María muy enterita se disculpó diciendo: *"Madre, perdóneme."*

Otras veces la Madre Maestra la reprendía en el recreo por cosas muy sencillas que en realidad no valían la pena, por ejemplo, una vez sor Gloria María estaba platicando y dijo la palabra *"pos"* en lugar de "pues" y la corrigió diciéndole: *"Sor Gloria María no se dice así"*, y ella contestó: *"Sí, Madre, Dios se lo pague, voy a tener más cuidado"*.

En esa época la comida era muy pobre, a veces les regalaban atole de harina de maíz o les servían un caldo insípido, pero ella nunca dijo nada.

Se acostumbraba servir avena en el desayuno y un día casi recién llegada al convento, ya estando en el comedor, le preguntó a la Madre que si se tenía que tomar ese plato de avena y la Madre le contestó: *"Sí, hay que consumirlo"*, era un plato grande y la avena estaba muy espesa, pero no lo rechazó y lo tomó igual que todas.

En una ocasión, estando las religiosas en la ciudad de Ramos Arizpe, Coahuila, a donde iban durante el tiempo de verano, la familia Elizondo las visitó y les llevó fruta en una cubeta galvanizada. Después sor Gloria María pidió permiso de quedarse con dicha cubeta, pero no se lo permitieron. Ella sólo se sonrojó y dijo: *"Gracias, Madre"*.

En ese tiempo no estaba permitido tener un abanico en las habitaciones como ahora y para las formandas era un dormitorio general en donde las camas estaban separadas sólo por un buró. A sor Gloria María la colocaron a la entrada para que la puerta le diera un poco de privacidad, pero ahí no le entraba el aire y sufría de insomnio por el sofocante calor en las noches de verano, sin embargo, ella se acomodó en donde le indicaron. Más adelante, ya en su celda, sus mismas connovicias se dieron cuenta de que estaba instalado un boiler por fuera de la ventana que daba a su habitación y por esa razón era más caliente que las demás, pero nunca dijo nada.

Además, hubo inviernos muy crudos y por el frío y la resequedad de la piel le salían sabañones en las manos que se le inflamaban mucho, pero nunca se quejó ni pidió cremas especiales.

Era una mujer equilibrada, en ningún momento se le vio triste, deprimida o llorando porque la hubieran humillado o porque se le hubiera impuesto

que no hablara. Acudía presurosa cuando la Madre Maestra la mandaba llamar. Se le notaba buena disposición para acoger los imprevistos y se veía trabajando contenta, llamaba la atención que nunca se le escuchó una sola queja ni por el clima, ni por el cansancio, ni por la comida, ni por las incomodidades, ni por las carencias de ningún tipo, ni por sus dolores, ni por problema alguno, al contrario, por ejemplo cuando había tandas de ejercicios espirituales y les correspondía entre todas lavar la loza, se repartían el trabajo: una desengrasaba, otra lavaba, otra enjuagaba y otra secaba, ella siempre se daba habilidades para llegar antes que las demás y escogía desengrasar, porque lo consideraba más pesado. Además, sin tocarle alguna actividad específica, iba al refectorio para ver en qué ayudaba y con mucha frecuencia se le veía limpiando los vidrios de las ventanas, como que escogía con discreción los oficios más bajos o los que no quisieran hacer las demás.

Hay muchas anécdotas que sus connovicias todavía hoy recuerdan con agrado afirmando: *"Ella en su casa debió haber tenido servidumbre y, sin embargo, cuántas enseñanzas recibimos de ella"*, porque para sor Gloria María la caridad era algo muy especial y cuando se trataba de servir a los demás, ella era la primera y su entrega a Dios fue evidente.

No le temía a las humillaciones, pues decía: *"Eso nos acerca más a Dios"* y repetía mucho la jaculatoria: *"Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo"*. Cuando veía que alguna hermana se mostraba turbada por haber recibido alguna llamada de atención, en privado le decía: *"No llore, esto que está sufriendo ahora es para gloria de Dios, hermanita, esto es cosa*

muy buena", o también: *"Esa humillación es para que seamos santas y para que aprendamos a ser humildes"*.

Cuando se acercó la fecha de tomar el hábito, sor María Petra afirma que la Madre Maestra le encargó que revisara que todas las hermanas tuvieran la cabeza limpia, es decir, sin "animalitos", y ella preguntó: *"¿También a sor Gloria María le reviso la cabeza?"*, y la respuesta fue: *"Sí, a todas"*. Se acercó sor María Petra y dijo: *"Hermana, me dicen que le revise su cabeza"*, sor Gloria María inclinándose contestó: *"Sí, con mucho gusto"* y la revisó rápido nada más por obedecer.

El entusiasmo y la alegría espiritual que la acompañaron durante toda su vida fueron la manifestación más contundente de su profunda vida interior.

Su camino espiritual

De todos era conocido que sor Gloria María desde antes de entrar al convento ya tenía un camino espiritual recorrido por la práctica de las virtudes y la vida cristiana tan comprometida que llevaba. Su itinerario espiritual en la vida religiosa fue sencillamente como una continuación o perfección de su trayectoria seglar. Era sana física y mentalmente, no tenía complejos y jamás se le escuchó decir, por ejemplo: "yo en mi casa esto" o "yo en mi casa lo otro", porque vivió desprendida completamente de las comodidades que había tenido en su casa y procuraba no hablar de sí misma. Libremente eligió el espíritu de pobreza y mantuvo su mente abierta y flexible a la acción del Espíritu Santo.

Era muy fina en sus modales y tenía un nivel cultural muy alto, destacaba por sus virtudes. Logró seguir muy bien el ritmo diario de la vida comunitaria y fue notable en el aspecto de que, siendo una mujer de edad madura, se dejó moldear y asistía a clases como las demás novicias, aunque claro está que todo eso ella ya lo sabía, pero nunca se daba a notar ni se manifestó superior a nadie, no hablaba de sus logros o de sus triunfos humanos. Y cuando se comentaba alguna de sus cualidades, decía con sencillez: *"Todo es regalo de Dios"* y cambiaba con suavidad el tema de la conversación.

En otra ocasión sor Esther le dijo: *"Cuéntenos, sor Gloria María, de lo que usted hizo en Tamatán, por esos lugares"* y ella le contestó: *"La gente de ahí siempre tan buena",* pero en ningún momento comentó fíjese que yo ahí hice esto o esto otro, era muy humilde y todo lo canalizaba inmediatamente hacia Dios.

Procuraba estar siempre y en cada momento en lo que correspondía, en el recreo estaba alegre, en las clases estaba atenta y cuando preguntaba algo se conformaba con la explicación que le daban, cuando le asignaban algún trabajo lo hacía con cuidado y delicadeza, además preparaba con entusiasmo el apostolado que le tocaba realizar. Nunca dudó de su vocación y su único anhelo fue agradar a Dios y cumplir por amor su voluntad y esto lo vivía de una manera jubilosa, como muy llena de gozo y realizada, por lo cual, sin palabras, animaba a las demás novicias sirviéndoles de ejemplo, apoyo e impulso en su deseo de santidad.

Fue admirable su actitud de recogimiento y su muy definido espíritu de oración. Cabe mencionar que antiguamente en la vida religiosa el estilo era más

austero y en la capilla por lo general las hermanas debían permanecer de rodillas durante la oración, además se recomendaba a las de nuevo ingreso que una buena forma de mortificación sin que nadie se diera cuenta era estar con las manos cruzadas sobre el reclinatorio, pero sin recargarse. Para sor Gloria María, permanecer de rodillas ante Jesús Sacramentado era un gesto filial y confiado de amor y de reconocimiento de su pequeñez ante la grandeza y la plenitud de *"el buen Dios"*, por eso a pesar de que estuviera cansada siempre se le vio arrodillada y generalmente ponía sus manos juntas pero un poco levantadas del reclinatorio, sin recargarse, y cuando se sentaba lo hacía derechita sin utilizar el respaldo. No quería dejar pasar la oportunidad de ofrecerle algo más a Dios.

Especialmente después de comulgar se notaba que se abismaba y se perdía en esa unión íntima que tenía con Dios. Una de las religiosas que convivió con ella comentó lo siguiente: *"La veía tan dentro de Dios que yo pensaba: Señor, lo que te está diciendo sor Gloria María yo te lo digo igualito, yo te lo quiero decir".*

Además, cuando a ella le correspondía guiar el santo Rosario comunitario de las cuatro de la tarde en la oficina de los dulces, lugar ordinario de trabajo de todas las novicias, era admirable su actitud de fervor, su voz era pausada y suave como meditando lo que iban pronunciando sus labios, siempre permanecía hincada y en una sola posición, con los ojos fijos, invitando al recogimiento.

El móvil que la impulsó a vivir con dimensión sobrenatural y oblativa cada momento de su existencia fue, sin duda, su gran amor a Dios y la confianza y seguridad de saberse amada por Él.

Su mirada trascendente

Con docilidad se adaptó a las exigencias que trae consigo la opción por la vida religiosa y, trascendiendo lo cotidiano y natural, supo permanecer con la mirada fija en su ideal sin que nada la perturbara.

Era una persona que no se quedaba en la superficie, iba al fondo de la situación y no se conformaba con mediocridades, lo que decía lo vivía, era constante y alegre. Le gustaba superarse, la ascesis era común en su vida religiosa y definitivamente nunca le sacó la vuelta a lo que fuera sacrificio. No le interesaba el qué dirán, hacía lo que tenía que hacer y se sentía segura confiando en la voluntad de Dios manifestada por sus superiores legítimos. Solía encontrar en cada circunstancia una oportunidad más de oblación y siempre encauzaba todo como permitido por Dios. Solía decir: *"Dios lo permite", "Dios quiere esto", "Dios nos indica esto".*

Era fervorosa, servicial, alegre y durante el tiempo de su formación supo dar muestras del espíritu sobrenatural que la animaba. Se distinguió por su amor a la Eucaristía, a la Santísima Virgen María y a la Liturgia, y sobresalió especialmente por su piedad, su caridad y su fidelidad a las cosas pequeñas de cada día. Le gustaba leer y meditar, buscaba tiempo para orar y cuidaba celosamente su vida interior tratando de no perder la presencia de Dios durante todo el día, porque efectivamente Él era el centro de su vida y en todo momento llevaba en su pensamiento la salvación de las almas.

En el archivo de la casa general se encuentran dos informes presentados por la Madre Maestra donde la describe brevemente de la siguiente manera:

«[...] Gloria Elizondo, dócil, piadosa, responsable, aunque a veces se le notan algunos defectos propios de la edad [...]».

«[...] sor Gloria María es de carácter firme y sensible. Cuando parece que su idea es para gloria de Dios insiste de diversos modos tratando de conseguir el fin que se ha propuesto. Es algo apegada a su propio parecer, pero es de juicio sano y práctico. Tiene espíritu sobrenatural: humilde, caritativa y silenciosa [...]».

Fue una mujer realista y de mirada trascendente, como seglar y como religiosa, por lo cual vivió bien integrada y logró encarnar con naturalidad en una sola acción bien armonizada la fe y la vida.

Su libro "Jesucristo"

El Magisterio de la Iglesia enseña que el discípulo de Cristo no sólo debe guardar la fe y vivir de ella, sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla. Es de hacer mención que aun antes de entrar a la vida religiosa, sor Gloria María tenía un celo enorme por la difusión de la fe y quería vivamente que todos experimentaran lo que es el amor misericordioso de Dios. Además, para ella era una necesidad apremiante alimentar la fe de la gente que había sido catequizada o que había asistido a las misiones, por eso una recomendación que solía hacer era que cuando se fuera a misionar a los pueblos y a los ranchos se procurara en lo posible dejarles algo escrito con la esperanza de que esa gente pudiera leer y releer despacio lo que se les había anunciado y así lo comprendieran mejor y fuera una ayuda para que no se les olvidara.

Se le escuchaba decir con insistencia a las religiosas que iban a misionar: *"¿Por qué no escribe las catequesis que usted da a los niños?"*. Quizá por esta razón surgió en su interior el proyecto de escribir un libro con lenguaje sencillo y estampas, de fácil acceso y comprensión para todos, que despertara y afianzara en sus lectores la fe y una mayor adhesión al misterio de Nuestro Señor Jesucristo. Desde mucho tiempo atrás y poco a poco fue reuniendo el material que consideraba útil o necesario, buscó citas bíblicas y especialmente se preocupó por escoger las estampas más bonitas y adecuadas que ilustraran debidamente las escenas narradas para que el mensaje llegara con más facilidad, ya que de alguna manera la gente podría visualizar lo leído, sobre todo sabiendo que los medios de evangelización con que se contaba eran muy escasos.

Una vez que ingresó a la Congregación, la Superiora General accedió a que sor Gloria María llevara a cabo ese proyecto que tenía, bajo su supervisión, por lo cual con frecuencia necesitaba ir a la casa general y con paciencia esperar para que le fueran aprobando las hojas que iba escribiendo o le concedieran algún permiso extra que necesitara. Un día le preguntó a una religiosa: *"Hermana, ¿cómo le parece mejor que yo le ponga por título al libro que estoy escribiendo: Ecce Homo o Jesucristo?"*, la respuesta fue: *"Jesucristo, porque lo entienden mejor las personas"* y contestó: *"Muchas gracias, así lo haré"*.

Por fin, en enero de 1956 salió de la imprenta la primera edición del libro *"Jesucristo"*, de 40,000 ejemplares, que por su sencillez y accesibilidad resultó ser muy del agrado del público y un excelente medio de evangelización y apostolado.

En la Ciudad de México se gestionaron los trámites correspondientes del permiso para el sorteo de un automóvil último modelo que se otorgaría como primer premio, en coordinación con la Lotería Nacional, y todas las hermanas de la Congregación ayudaron en la venta de los boletos. En la compra de cada boleto otorgaban un libro y de esa manera ejecutaron dos labores a la vez: recogieron el donativo y misionaron entre las personas al repartir ese libro que en realidad es un catecismo. En pocos días distribuyeron sin gran dificultad los cuarenta mil ejemplares, agotando así el tiraje de la primera edición. Posteriormente se hicieron tres ediciones más con un éxito similar. La gran difusión que tuvo ese libro produjo en la gente palpables frutos de conversión y santidad.

Con relación a este libro, el P. Enrique Flores, maestro del Seminario de Monterrey y censor eclesiástico, expresó: *"Este libro no tiene la frialdad de un tema teológico, sino que es la exposición sencilla y amena, llena de fe y de amor a Dios de una persona verdaderamente llena de Él que trata de enseñar a los demás lo que ella misma vive de manera tan sincera, sencilla y plena... Es una obra que llama la atención por su sencillez de estilo, por la amenidad de su exposición y sobre todo por la unción con que está escrito"*.[4]

Primera profesión religiosa

En el archivo de la casa general se encuentra en el libro de profesiones la siguiente acta:

---

4. Cfr. Boletín informativo, causa de canonización de la Sierva de Dios sor Gloria María, Año 10, Núm. 45, 8 de septiembre de 2004.

«Acta # 57

1957

Hoy, día 16 de abril del presente año, en Villa de la Paz, casa generalicia de las Misioneras Catequistas de los Pobres, en la capilla provisional que se preparó al efecto en el salón de conferencias del noviciado, tuvieron lugar las profesiones y toma de hábito de las siguientes hermanas:

Profesión:
Sor Gloria María de Jesús
Sor María del Pilar
Sor Celina de S. Miguel Arcángel
Sor Ma. Olivia de la Inmaculada

Toma de hábito:
Ma. Cristina Jiménez – Sor Ana Crist. de Jesús
Ma. Cecilia de la Parra – Sor Cecilia de María
Inocencia Rueda – Sor Inocencia de María
Alejandrina Vázquez – Sor Alejandrina de S. José
Ma. del Carmen Piedra – Sor Carmen de Sta. Inés

La santa misa la celebró el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Alfonso Espino y Silva a las 7:30 a.m. y él mismo se dignó presidir las profesiones.

Se adelantaron las profesiones cinco días por caer el 21 de abril en Domingo de Resurrección.

El Excmo. Sr. que tiene don especial para aprovechar las circunstancias de las fiestas para hacer reflexiones acertadas, fervorosas y provechosas, supo compaginar la tristeza del Martes Santo (el altar de morado y sin flores) con la alegría de las profesiones. […].

Terminó con el Te Deum y la bendición del Prelado.

Monterrey, N.L., a 16 de abril de 1957

Testigos:
Sor Margarita del Sgdo. Corazón, Superiora General
Sor Ma. del Refugio de C. Rey, Vicaria General [...]».

Los familiares de las neoprofesas asistieron a la ceremonia de profesión de votos temporales y al finalizar participaron llenos de alegría en el desayuno que la Congregación les ofreció.

Por encargo especial de la Superiora General, sor Gloria María continuó con el oficio de solicitar los donativos para seguir con la construcción de la casa, ya que poseía un don especial para lograr lo que se proponía, además de que estaba muy bien relacionada y conocía a muchos empresarios de la región. Por la mañana les llamaba por teléfono y luego por la tarde iba a las oficinas a recoger los donativos, algunas veces su hermana Rosa María la llevaba, porque no la detenía ni el mal tiempo, ya que para ella era primordial lograr el objetivo de la Congregación.

En una ocasión su hermana Otila le dijo: *"Dejaste tu vida de apostolado y de evangelizadora para dedicarte a las misiones dentro de la Congregación y, ¿sabes qué?, nada más te traen pidiendo dinero"*. Sor Gloria María prudentemente no contestó nada.

En otra ocasión el P. Antonio de P. Ríos que era el párroco del Sagrario de la Catedral de Monterrey y la conocía mucho, le dijo: *"¡Ay, Gloria!, no me gusta que andes por la calle pidiendo dinero, tú tienes capacidad para estar haciendo otra clase de labor"*, y ella le contestó: *"Mire, Padre, de las pequeñeces de la vida se hacen las cosas grandes, lo importante no es qué tan alto o qué tan bajo esté uno, sino el fin de lo propuesto"*.

Con el propósito de recabar más fondos, los domingos también organizaba kermesses en la Parroquia de Cristo Rey, para lo cual, durante la semana se dedicaba a conseguir los premios para la tómbola y para la lotería, además de organizar los puestos de comida con los bienhechores y coordinar los equipos. Era incansable y nunca se desalentó, en medio del bullicio de la gente se descubría algo especial en ella que hacía pensar en la presencia de Dios.

Se amoldaba fácilmente a los imprevistos y acudía con solicitud cuando la llamaban, despachando con eficacia las diferentes tareas que le encomendaban, que iban desde trabajos a máquina, clases de catecismo o retiros para niños, hasta la promoción de su libro *"Jesucristo"* en Monterrey y en la Ciudad de México, manifestando creatividad y al mismo tiempo una actitud humilde, ya que tenía una capacidad intelectual muy grande, pero nunca fue jactanciosa ni perdió de vista su opción fundamental. Su fervor y fidelidad durante los actos de piedad y en los oficios comunitarios, además de su alegría en los recreos continuaron siendo notables.

Espíritu misionero

Manifestó siempre que su anhelo más profundo era ese espíritu misionero que latía en su corazón con fuerza incontenible y se reflejaba en sus actos y en sus actitudes cotidianas. Quizá ése fue el motivo por el cual, a los cuatro meses de profesa, concretamente en el mes de agosto, recibió el nombramiento de encargada de la Santa Infancia como miembro

delegado ante la Pontificia Unión Misional del Clero, a la que se dedicó con gran fervor y devoción, pidiendo oraciones y donativos para que llegara la luz del Evangelio a todo el mundo.

Impulsaba con su ejemplo a las hermanas a vivir lo cotidiano desde un plano sobrenatural, decía que todo podía entrar en la dimensión misionera: *"Esto ofrecido con Cristo va a llegar a muchas partes"*. De igual manera, si se encontraba trabajando en equipo, espontáneamente decía: *"Vamos a ofrecer el trabajo por África"* o *"¿Qué les parece si lo ofrecemos por los enfermos?"* o *"Vamos a rezar jaculatorias por los pecadores"*. Siempre llevaba en su pensamiento la salvación de los hombres. En una ocasión tuvo que ir a una oficina a recoger un donativo y había mucha gente, entonces comentó con la hermana que la acompañaba: *"Mire, toda esa gente está llamada a la salvación, toda esa gente se va a salvar"*.

No le daba importancia a las cosas temporales para su propio beneficio. Las veces que fue enviada a misionar, con disimulo ella escogía los trabajos más difíciles, buscaba para sí misma lo más pobre, la cama más dura, la comida más insípida, porque ofrecía ese sacrificio a favor del fruto de la misión.

Maestra de postulantes

Para ella era vital la promoción del aspecto misionero de la Iglesia y su anhelo era ir lejos a evangelizar, por eso decidió ingresar a una congregación misionera, sin embargo, por amor a Dios renunció a sus deseos de salir a misionar cuando por medio de sus superiores descubrió que la voluntad de Dios era otra para ella.

En efecto, en mayo de 1959 fue nombrada maestra de postulantes, cargo para el cual demostró poseer dotes sobresalientes. Tenía el arte de saber equilibrar la bondad con la energía, pero no era bonachona, mostraba verdadero interés cuando alguna hermana se acercaba para platicarle algo y la escuchaba con atención, guardaba secreto de lo que se le confiaba y siempre pronunciaba la palabra adecuada para comunicar paz. En sus comentarios resaltaba lo bueno y positivo de cada una de las formandas y sus cualidades.

Hacía hincapié en la buena educación y repetía con frecuencia la frase de santa Teresa de Jesús: *"Dadme jóvenes educadas y os devolveré santas"*. Les daba clases de urbanidad, cursos de relaciones humanas y años más tarde promovió entre las profesas un curso especial para una mejor calidad humana. Siempre estuvo convencida de que para ser una buena religiosa había que ser antes una buena mujer, una buena cristiana.

A todo lo que realizaba le encontraba una motivación trascendente, porque para ella no había distinción entre actividades importantes y actividades de poca importancia y quería que las formandas valoraran lo pequeño de los días iguales, eso que quizá nadie veía, por lo que solía decirles con frecuencia: *"Todo lo que se hace por Dios tiene importancia, ya sea barrer o lavar platos o atender a una persona, todo tiene un valor de Cielo"*.

Quería que fueran mujeres consagradas plenas, responsables, generosas y bien hechas en todo lo que hacían sólo por amor a Dios, porque decía que la santidad se adquiere en la fidelidad a los pequeños deberes cotidianos, sin hacer ruido, haciendo de la propia vida una ofrenda a Dios.

Las impulsaba al apostolado, al sacrificio, a la entrega a los demás sin excusas ni pretextos. Les hablaba con fervor y entusiasmo de *"el buen Dios"*, pero claro que el testimonio de su vida era lo que avalaba esas palabras y por eso convencían a las formandas. Se veían motivadas a practicar las virtudes, porque veían a ella vivirlas.

Quería a todas sus formandas con raíces fuertes y por eso les recalcaba la importancia de la oración y les decía que era como los cimientos de un edificio, si no están bien puestos se viene abajo, aunque tenga muchos pisos. Ella era la primera en estar frente al Santísimo adorándolo y procuraba hacerle muchas visitas durante el día, no solamente a la hora que le correspondía. También les inculcaba mucho la prudencia y una actitud silenciosa y sosegada para escuchar y acoger el diálogo divino. Así las aconsejaba: *"Procuren que el silencio sea comunión con Dios, que no sea silencio estéril sino como un diálogo ininterrumpido, continuo, permanente con Él, que le dé sentido a todo lo que hacen"* y también les repetía mucho: *"Para que haya presencia de Dios tiene que haber silencio"*. Les hablaba del Reino de los Cielos con alegría y hacia allá encaminaba todas sus acciones.

Una religiosa recuerda la siguiente anécdota: *"Un día cuando yo estaba escribiendo en máquina me dijo: Sor Alejandrina, ¡qué rápido escribe!, ofrezca que cada tecla que oprima sea un acto de amor a Dios"*.

En aquel tiempo se acostumbraba que tanto las postulantes como las novicias entraran directo a la capilla a hacer la meditación con el método que tenían las profesas y al Oficio Parvo (himnos y

oraciones dedicados a la Virgen María, los cuales estaban escritos en latín) sin ellas saber latín, es decir, sin saber ni qué decían. Sor Gloria María vio la conveniencia de modificar eso y comenzó por llevar a las formandas, por lo menos una vez a la semana, a la huerta para enseñarles lo que es la meditación y explicarles el Oficio Parvo, llevándoles un proceso gradual. Ella fue pionera de renovación de la vida religiosa en ese contexto histórico por lo rígido que en ese tiempo se vivían el reglamento y las Constituciones.

Además, se interesó mucho por la formación para la misión específica de la Congregación y les daba clases de formación cristiana, introducción a la vida religiosa, pedagogía catequística y catequesis práctica, es decir, ponía a varias hermanas a que dieran catequesis a otras hermanas que hacían las veces de niños para que aprendieran prácticamente y les hacía una crítica positiva de los aspectos que podían superar y los métodos para lograrlo.

Tenía una gran participación en la vida comunitaria y no se dispensaba de los actos de comunidad, aunque estuviera enferma o se sintiera cansada. Llamaba la atención su puntualidad a la hora de los recreos y con ella eran sumamente entretenidos, decía que la que llegara primero alcanzaba la palma del cielo. Sabía muchos juegos y tenía el don de animar a las demás a participar en ellos, inventaba juegos de mesa, era ingeniosa en proponer acertijos y acrósticos o simplemente les contaba una historia edificante de algún santo. Nunca faltaba su toque de buen espíritu y alegría en las fiestecitas que ocasionalmente se organizaban.



Otila García Peña a la edad de 18 años,
mamá de sor Gloria María.



Alberto Elizondo González a la edad de 23 años,
papá de sor Gloria María.



Otila y Alberto el día de su boda en la
Catedral de Monterrey, 1905.



"El Castillo", negocio de don Alberto Elizondo
en Durango, 1905.



Gloria de pie con sus papás y sus hermanos Alberto y
Rosa María, 1910.



Gloria a la edad de 2 años.



De izquierda a derecha:
Rosa María, Javier,
Alberto, doña Otila,
Otila, don Alberto,
Romeo, Gloria y Rogelio.



Gloria a la edad de 8 años.



De izquierda a derecha: Alberto, Gloria, Rosa María, Rogelio, Javier, Romeo y Otila en su casa de Durango.



Fam. Elizondo García. De izquierda a derecha: Dorita, Jorge, Otila, Romeo, Javier, Rogelio, Rosa María, Gloria, Alberto, doña Otila y don Alberto.



Santo Niño de Praga, devoción especial
de la familia Elizondo García.



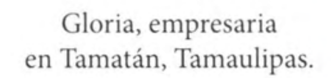
Padres de sor Gloria María en 1925.



Fam. Elizondo García, en 1930. De izquierda a derecha, parte superior: Rosa María, Otila, Gloria, Alberto, Rogelio, Javier, Romeo; parte inferior: Dorita, doña Otila, don Alberto y Jorge.



De izquierda
a derecha, de pie:
Jorge, Dorita, Otila
y Romeo; sentadas:
Gloria, doña Otila y
Rosa María.



Gloria, empresaria
en Tamatán, Tamaulipas.







Fachada de la empacadora
Productos Cruz de Oro,
en Tamatán, 1941.



Parroquia de San Isidro Labrador en Tamatán, construida por sor Gloria María, 1948.



Interior de la Parroquia de San Isidro Labrador en Tamatán.



Monumento dedicado a sor Gloria María en Tamatán.



Sor Gloria María, con su mamá,
primera profesión religiosa, 1957.



De izquieda a derecha, de pie: Jorge, Rogelio, Alberto, Javier y Romeo; sentadas: Otila, sor Gloria, doña Otila, Rosa María y Dorita.

Sor Gloria María, recibiendo
la comunión de manos del
P. Chazalón, capellán
de la Congregación.





Sor Gloria María regresando de comulgar en la capilla del convento de Villa de la Paz.



Sor Gloria María, de izquierda a derecha es la segunda de la primera fila. Con postulantes, novicias y recién profesas en el convento de Villa de la Paz.



En convivencia fraterna en el jardín del convento de Villa de la Paz.



Sor Gloria María en oración en la capilla del convento de Villa de la Paz.



Madre Gloria María, segunda superiora general de las Misioneras Catequistas de los Pobres, 1961-1966.



Pbro. Hugo Ismael Villegas, Párroco de Ntra. Señora Reina de los Ángeles, acogiendo la urna con los restos mortales de la Madre Gloria María para su custodia y veneración, 21 de septiembre de 2019.



Urna donde se encuentran los restos mortales de la Venerable Madre Gloria María.



Misioneras Catequistas de los Pobres, con la M. Silvia Burnes, m.c.s.s., postuladora, en la cripta de la Madre Gloria María, el día de su traslado.



Paty, Silvia y Ceci Gómez Elizondo, sobrinas de la M. Gloria María, con la M. Silvia Burnes, m.c.s.s., postuladora, en la cripta de la Madre Gloria María, el día de su traslado.

VII

Un nombramiento inesperado

Un poco de historia

La Revolución comenzó siendo una rebelión política contra la dictadura del General Porfirio Díaz y sus continuas reelecciones en el poder, pero su caída fue en realidad el comienzo de un largo período de turbulencia política y guerras civiles promovidas entre diversos caudillos que resucitando el jacobinismo tomaron a la Iglesia Católica como chivo expiatorio y desencadenaron una de las más inicuas persecuciones de los tiempos modernos.

Transcurría el año de 1921, las condiciones generales para la Iglesia Católica en México eran adversas y sumamente dolorosas debido a las leyes persecutorias y al radicalismo antirreligioso de los gobernantes, cuando fue nombrado V Arzobispo de la Sede Metropolitana de Linares –Monterrey– el Excmo. Dr. y Maestro D. José Juan de Jesús Herrera y Piña,[5] quien sería el fundador de las Misioneras Catequistas de los Pobres –antes Víctimas Apostólicas Guadalupanas– en cuyas crónicas se lee lo siguiente:

5. Herrera y Piña José Juan de Jesús (1865-1927). Nació en Valle de Bravo, Estado de México, y murió en Monterrey. Fue ordenado sacerdote en 1888. Obispo de Tulancingo en 1907. Arzobispo de Monterrey en 1921. En 1926 fundó una congregación religiosa femenina movido por la urgente necesidad de evangelización que había en su Arquidiócesis.

«Monseñor Herrera y Piña, dignísimo Arzobispo de Monterrey, sin duda inspirado por Dios, ya que todo entra en los planes de su providencia, sintió el impulso de fundar una Congregación que laborara en los campos de las almas por medio de misiones, y que llegara precisamente a aquellos lugares a donde el sacerdote nunca llega o sólo por rareza, y que enseñara a los pobres, a los niños y a los alejados de Dios la santa doctrina...».

Y efectivamente así sucedió. Al poco tiempo de su toma de posesión como Arzobispo de Monterrey se le presentó, enviada por su director espiritual, sor Angelina Rusconi Rollieri,[6] religiosa Hija de María Auxiliadora, mujer de profunda vida interior, caridad exquisita y celo apostólico, nacida en Piacenza, Italia, el 4 de abril de 1874, quien ingresó a la vida consagrada en 1893 y fue enviada a la Casa Salesiana de México en 1896. Ella le manifestó que sentía un impulso interno por trabajar con todo empeño en la fundación de una congregación religiosa con un gran espíritu de sacrificio y abnegación, capaz de evangelizar hasta los rincones más apartados y desprovistos de todo, ya que consideraba que la situación de pecado en que vivía tanta gente era ocasionada más por la ignorancia religiosa que por la maldad, pero aclaró que deseaba obtener el permiso de no salir de su Congregación Salesiana, a la que quería pertenecer por toda su vida, sino sólo el tiempo necesario para dedicarse a establecer la nueva fundación.

6. Rusconi Rollieri Angelina. Nació en Italia y murió en México. Ingresó a la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora en 1893. Cofundadora de la congregación religiosa Misioneras Catequistas de los Pobres en 1926.

Como es natural, cuando las Superioras de sor Angelina se enteraron del asunto, la trasladaron a otra ciudad con la esperanza de que se olvidara de esas ideas, pero para Mons. Herrera y Piña ese proyecto encajaba perfectamente en sus anhelos pastorales, sin embargo, por prudencia meditó despacio el asunto delante de Dios y consultó, tanto el proyecto en sí, como la situación de sor Angelina, con varios Prelados y con algunos sacerdotes jesuitas, especialmente con el P. Primitivo Cabrera, s.j., quien lo alentó a promover la fundación, afirmando que conocía las virtudes extraordinarias de sor Angelina.

Con esos antecedentes y convencido de que la obra era de Dios, Mons. Herrera y Piña, avalado con las firmas de dieciséis Prelados de México, se dirigió a S.S. Pío XI en un amplio documento indicando que los miembros de esa congregación tendrían todas las actividades misioneras posibles en México y se dedicarían a la evangelización de los más necesitados.

«[...] Deberán trabajar con celo verdaderamente apostólico, sin detenerse ante los sacrificios, privaciones, persecuciones, calumnias, etc., por el triunfo de la religión católica en México [...]». Y marcaba también las líneas de apostolado: *«[...] Será obra muy principal de la congregación la evangelización e instrucción religiosa de aquellas pobres almas que, por la escasez de sacerdotes y por vivir en lugares muy apartados de las poblaciones, viven en completa ignorancia en olvido de Dios y de los intereses del alma. Estas obras las atenderán con el carácter como de "misioneras" [...]».*

Realizados los trámites canónicos correspondientes, la Santa Sede concedió su anuencia y con el permiso de sus superiores mayores, en enero de 1926 llegaron a Monterrey sor Angelina Rusconi y sor Dolores Hurtado,[7] Hijas de María Auxiliadora, con un permiso temporal para iniciar la Pía Asociación de Víctimas Apostólicas Guadalupanas. Durante las primeras semanas se dedicaron a redactar las Constituciones y espontáneamente comenzaron a llegar las vocaciones.

Mons. González y Valencia,[8] Arzobispo de Durango, se alegró con el proyecto del nuevo Instituto y comentó que desde hacía algunos años él acariciaba la misma idea, ante las necesidades imperiosas de su Arquidiócesis. Prometió a Mons. Herrera y Piña apoyar esa iniciativa con la condición de que la primera casa local fuera en Durango y ofreció enviarle a la señorita Margarita Fernández de Castro, que era dirigida suya, en quien encontraba una excelente disposición para esa vocación.

Mientras tanto, la persecución religiosa se recrudeció en todo el país y sobre todo en algunos estados de la República se fusilaba a los católicos con gran furia, los obispos y los sacerdotes fueron perseguidos y muchos tuvieron que ocultarse, fueron

7. Hurtado Dolores. Religiosa mexicana. Hija de María Auxiliadora. Con el permiso de sus superiores, acompañando a sor Angelina Rusconi, dejó temporalmente su Congregación Salesiana para fundar a las Víctimas Apostólicas Guadalupanas, bajo la dirección de Mons. Herrera y Piña.

8. González Valencia José María (1884-1959). Nació en Cotija, Mich., y murió en Sahuayo, Mich. Se graduó de doctor en filosofía, teología y derecho canónico en la Universidad Gregoriana. Electo obispo titular de Siunia y auxiliar del Arzobispo de Durango en 1922. Arzobispo de Durango en 1924.

clausurados los templos, los seminarios, las casas religiosas y las escuelas católicas, llegando al punto de tener que decretarse la suspensión de culto en todos los templos. Paradójicamente, al mismo tiempo brotaba la semilla de un Instituto religioso femenino con espíritu misionero y anhelos de expiación. Así son de insondables los caminos de Dios.[9]

Todas esas penas minaron más la quebrantada salud de Mons. Herrera y Piña, quien se vio obligado a ocultarse para no ser desterrado, por lo cual dejó la residencia arzobispal y se trasladó a la sede del Instituto naciente, donde a los pocos meses falleció en olor de santidad, no sin antes nombrar padre director del Instituto al canónigo Dr. D. Fortino Gómez León.[10] Era el 16 de junio de 1927.

Indudablemente Dios es fiel y la marcha del Instituto siguió su curso. En 1929 llegó la fecha de profesión de las primeras novicias, iniciando al poco tiempo su apostolado específico entre los más pobres y necesitados, como clara respuesta a las inquietudes de la Iglesia en ese momento, por lo cual años más tarde, en 1939, la Santa Sede les cambiaría el nombre de Víctimas Apostólicas Guadalupanas por el de Misioneras Catequistas de los Pobres.

En noviembre de 1934 la Madre Angelina tuvo que reintegrarse a su Congregación Salesiana, por lo que el 28 de julio de 1935 fue electa primera Superiora General del Instituto la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro ocupando ese cargo durante casi veintiséis años, siendo el pilar fuerte que

---

9. Cfr. https://www.misionerascp.org

10. Gómez León Fortino. (1890-1986). Nació y murió en Celaya, Gto. Hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Monterrey y en Roma, donde fue ordenado sacerdote en 1913. A su regreso sufrió el destierro en 1918. Fue vicario capitular de Monterrey. Electo Arzobispo de Oaxaca en 1942.

sostuvo el genuino espíritu que quisieron darle a esa Obra Mons. Herrera y Piña y la M. Angelina Rusconi.

Pasaron los años y en 1951 llegó de Roma el decreto que facultaba la erección canónica del Instituto de las Misioneras Catequistas de los Pobres como de derecho diocesano, justo al celebrarse las bodas de plata de su fundación.

El Instituto se fue consolidando poco a poco y para ese entonces ya era necesario pensar en la construcción de la casa general, aunque era tarea muy ardua, porque no había carretera, ni agua, ni luz y cuando el Ing. José Valle y el Arq. Vicente Molina preguntaron con cuánto se contaba para iniciar la construcción, no pudieron ocultar su risa nerviosa al escuchar que la Madre Margarita les contestó: *"Tenemos $50.00 en caja y la Divina Providencia"*. En efecto, faltaba todo, pero sobraba fe... y se empezó la casa con la confianza de que esa obra era toda de Dios.

En 1954 llenó de alegría a las hermanas la noticia de que la señorita Gloria Elizondo García había solicitado su ingreso a la Congregación, ya que era conocida como bienhechora y muy estimada por todas.

V Capítulo General

Se acercaba a grandes pasos un momento importante en la historia de la Congregación: la celebración del V Capítulo General y los tiempos exigían un cambio, pero encontrar a la persona adecuada para sustituir a la Madre Margarita era un tema que preocupaba a todo el Instituto.

A su debido tiempo se envió la convocatoria para el Capítulo a toda la Congregación y se cumplieron las normas prescritas por el Derecho Canónico. Había en ese tiempo 172 miembros en la Congregación, incluyendo novicias y postulantes.

Amaneció el 19 de mayo de 1961 y en la capilla de las Misioneras Catequistas de los Pobres en Villa de la Paz se celebró con gran solemnidad la misa votiva al Espíritu Santo y después del canto *Veni Creator* se dio inicio a la sesión de apertura del V Capítulo General bajo la presidencia del Excmo. Sr. Alfonso Espino y Silva, Arzobispo de Monterrey, eran las 9:30 de la mañana. En la sala capitular la gran mesa que estrenaba carpeta color guinda y la alfombra impecable daban un toque de solemnidad. Las capitulares al entrar formaron un círculo a lo largo del salón y posteriormente cada una tomó el lugar que le correspondía. Todo manifestaba la importancia del acto que se verificaría.

En ese momento Mons. Espino y Silva se dirigió a las hermanas capitulares con palabras llenas de sabiduría para exhortarlas a proceder bajo la influencia del Espíritu Santo, con entera libertad y recta intención.

Electa Superiora General

Llegado el momento se procedió a la elección de la superiora general, para lo cual fueron designadas como escrutadoras sor María Teresa Zamora y sor Luisa María Flores, quienes prestaron juramento de guardar secreto y después de que cada una de las electoras depositó su voto en la urna, ellas

comprobaron que el número de votos correspondiera al de capitulares, a saber: veinticuatro. Pero al verificar que ninguna obtuvo la mayoría absoluta, enseguida se procedió a un segundo escrutinio cuya mayoría absoluta la obtuvo sor Gloria María de Jesús Elizondo García.

Aunque el lapso de tiempo que llevaba como religiosa era corto, nadie ignoraba que era una mujer de una dimensión humana y espiritual que no pasaba desapercibida y consideraron que ella era la persona más indicada para realizar de la mejor manera la sucesión. Sin embargo, como no reunía los requisitos que pedían las Constituciones, fue postulada y el Excmo. Sr. Arzobispo le concedió las dispensas de tiempo de profesión que necesitaba para desempeñar el cargo de superiora general, en el caso de que ella aceptara el nombramiento.

Según manda el Derecho para esos casos, el Excmo. Sr. Espino y Silva suspendió el Capítulo hasta saber la decisión de ella con respecto al cargo que se le proponía. Inmediatamente la mandó llamar, pues no estaba presente en la sala por no ser capitular.

Ese día todas las hermanas estaban con gran emoción esperando la noticia. Sor Gloria María había estado ocupada junto con las formandas preparando la fiestecita para agasajar a la nueva elegida y en ese preciso momento estaba en la capilla. La encontraron con los brazos en cruz orando para que las hermanas capitulares acertaran en la elección, dejándose guiar por el Espíritu Santo. Pocos días antes ella había comentado con las postulantes: *"Yo no peligro, porque todavía no hago los votos perpetuos".*

Al ser llamada, sorprendida y humilde, se presentó en la sala capitular pensando que le iban a

preguntar algo acerca de las postulantes o a pedir que tradujera o que escribiera algo, cualquier cosa menos lo que verdaderamente era. Llevaba su hábito de diario, sus zapatos viejitos y una libreta en la mano. El Prelado, solemne por naturaleza, le ordenó ponerse en el centro del salón y ella obedeciendo exclamó: *"Ay, Excelencia, ¿qué voy a hacer?"*.

En ese momento se le informó el resultado de la elección y el Excmo. Sr. Espino y Silva le dijo: *"Sus hermanas han votado para el cargo de superiora general y piensan que usted es la persona indicada"*. Ella se puso profundamente pálida y preguntó: *"¿Yo, Excelencia?, ¿yo?"*, él le contestó: *"Sí, usted"*. Ella contestó: *"No puede ser, yo creo que se equivocaron"*. Esta turbación es fácil de entender porque aceptar significaba contraer una gran responsabilidad. El Sr. Arzobispo la tranquilizó y le insistió: *"No hermana, revisamos los votos y están bien contados y yo nada más le pregunto si acepta"*. Y enseguida agregó: *"Bueno, sólo que no quiera hacer la voluntad de Dios"*. Entonces ella juntó las manos a la altura del pecho y respondió: *"Ah, si es la voluntad de Dios, acepto"*.

Al contestar afirmativamente fue proclamada legítima Superiora General de las Misioneras Catequistas de los Pobres para el período de gobierno 1961-1967. Inmediatamente pasó a ocupar su lugar a la derecha del Excmo. Sr. Espino y Silva donde recibió la obediencia y adhesión de todas las capitulares. Este acto lo encabezó la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro que se arrodilló ante ella, pero a su vez cayó a su lado de rodillas la M. Gloria María de Jesús.

Te Deum

Acto seguido, se escuchó en toda la casa el tañer de la campana que anunciaba que ya había superiora general electa, por lo que en seguida todas las religiosas se reunieron en la capilla para prestarle obediencia. Precedidas por el Prelado dieron gracias a Dios con el canto *Te Deum* por la elección realizada.

Luego la Superiora saliente presentó ante la Congregación a la nueva Superiora General y dirigió a todas las religiosas unas palabras pidiéndoles obediencia y las exhortó a que vieran en ese hecho la voluntad de Dios. Enseguida la M. Gloria María de Jesús tomó la palabra y dijo: *"Dios, como con la Virgen María, ha puesto su mirada en mí y a mí no me queda nada más que decir sino como la Santísima Virgen, he aquí la esclava del Señor... Espero cumplir, con todas mis limitaciones, pero Él me ayudará"*, dijo esto con un nudo en la garganta y asomando lágrimas a sus ojos.

El Excmo. Sr. Espino y Silva calificó el caso como insólito y comentó que el Espíritu Santo sopla donde quiere y siempre lo hace bien.

Ese mismo día, un poco más tarde, se llevó a cabo la segunda sesión capitular, como la anterior presidida por el Sr. Arzobispo, para la elección de las consejeras generales, quedando constituido el Consejo como sigue:

M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro, vicaria general.
M. Beatriz de Jesús Sacramentado Elizondo, 2ª consejera.
M. Adela de Nuestra Señora del Refugio Villarreal, 3ª consejera y secretaria general.

M. Imelda de Jesús Sacramentado Parás, 4ª consejera.

Las madres capitulares consideraron oportuno nombrar a la M. Margarita del Sagrado Corazón como vicaria general del Instituto, ya que la M. Gloria María de Jesús, aunque conocía la espiritualidad, necesitaba que la apoyaran para introducirse adecuadamente en el arte de gobernar a la Congregación. Fue como un refuerzo que con discreción y humildad la apoyó cuando fue conveniente, edificando por su virtud a todas las hermanas.

Las sesiones capitulares prosiguieron con normalidad resolviendo los puntos previstos para el mismo y, al concluir, la M. Gloria María de Jesús hizo una breve exhortación para que con esa buena voluntad que había visto en las madres y hermanas durante el Capítulo, todas permanecieran unidas en la caridad para la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Después dio por concluidas las sesiones del Capítulo con una oración de acción de gracias.

Votos perpetuos

Como contaba ya tres años de profesión temporal, tiempo mínimo según el Derecho para los votos perpetuos, no fue necesario acudir a Roma para solicitar la dispensa y el Sr. Arzobispo Espino y Silva quiso que ella emitiera sus votos perpetuos en la misa que celebró en su capilla privada el 23 de mayo de 1961, presenciando el acto únicamente las Madres miembros del Consejo General y la familia Elizondo García.

En el archivo de la casa general se encuentra en el libro de profesiones la siguiente acta:

«Acta # 73

1961

Hoy, día 23 de mayo de 1961, Año Mariano y víspera de la fiesta de María Auxiliadora, en la capilla particular del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Alfonso Espino y Silva, Dgmo. Arzobispo de Monterrey, presenciando el acto Ntra. Madre Vicaria General Margarita del Sgdo. Corazón y demás consejeras, emitió sus votos perpetuos Ntra. Rvda. Madre Superiora General Gloria María de Jesús, previa la exploración canónica practicada personalmente por nuestro Excmo. Prelado, quien, en virtud del Rescripto N. 998-35 I.D. del 21 de abril, tiene facultad de dispensar de edad y tiempo de profesión para los diferentes cargos, el de superiora general inclusive.

Monterrey, N.L., a 23 de mayo de 1961
Gloria Dei
S. Gloria María de Jesús, m.c.p.

Testigos:
Sor Margarita del Sgdo. Corazón, m.c.p.
Sor Beatriz de Jesús Sacramentado, m.c.p.
Sor Adela de Ntra. Sra. del Refugio, m.c.p.
Sor Imelda Parás de Jesús Sacramentado, m.c.p.».

Después de la misa, el Excmo. Sr. Espino y Silva ofreció en su comedor particular un desayuno al Consejo General recién electo de las Misioneras Catequistas de los Pobres para celebrar ese acontecimiento, comentando que era la primera vez que hacía eso durante su vida como Prelado y que él personalmente había puesto la mesa con su loza favorita con el fin de ayudarle a Catalina, la señorita

que hacía el trabajo doméstico de la casa arzobispal, porque a veces por más buena que fuera su voluntad no se daba abasto con el trabajo.

En esa fecha tan señalada se repartieron unos recordatorios impresos con la siguiente leyenda:

«Gloria Dei.
"Fuego he venido a traer a la tierra y, ¿qué he de querer sino que arda?" Lc 12, 49-53.
Votos perpetuos de sor Gloria Maria de Jesús, Misionera Catequista de los Pobres.
Ser apóstol es lo más grande y sublime que existe sobre la tierra.
Villa de la Paz, Monterrey, Nuevo León, 23-V-61».

Varios días de su elección después fue a visitarla su hermana Dorita para felicitarla y al verla un poco seria le dijo: *"Sé que es una gran responsabilidad para ti ser superiora, pero ¿por qué estás triste?"*, entonces ella respondió: *"Mira, estoy en manos de Dios, pero en lo que sí siento tristeza es en tomar el lugar de la M. Margarita, porque ella ha sido Superiora General de la Congregación durante 26 años. Ha sido la única superiora y ahora yo tengo que tomar su cargo, que me ceda su oficina y todas las cosas. Eso me está costando mucho".*

Y así, con sencillez, inició su cargo de superiora general. Supo ejercer su función de autoridad con prudencia y humildad, con caridad y con sentido de responsabilidad, es decir, con verdadero espíritu evangélico, desempeñando con energía y suavidad el ministerio que se le había confiado.

VIII

Segunda Superiora General del Instituto

Ejercicio de la autoridad

Sin duda no fue tarea fácil estar al frente del Instituto después de la M. Margarita del Sagrado Corazón, porque, aunque sus virtudes eran reconocidas y se valoraba su capacidad de líder espiritual, tenía pocos años de vida religiosa, por lo que necesariamente estuvo rodeada de gente que la observaba de cerca. Sin embargo, confiando en que era la voluntad de Dios, con prudencia y firmeza tomó el timón que se le ofrecía.

Fue una mujer de equipo y muy profesional, fomentó la unión y respetó siempre lo delegado a cada consejera general. Con apertura y disponibilidad escuchaba su parecer o punto de vista, nunca trató de imponer como última palabra su propio criterio, sabía pedir consejo y con humildad solicitaba que le dijeran *"si algo estaba mal"*. Jamás se supo que expresara algo que las pudiera desautorizar a ellas o a las superioras locales, ni se percibieron malentendidos o alguna interferencia en las órdenes emitidas.

Tenía especial cuidado de que Dios fuera alabado y expresaba con gran convencimiento que ella era sólo un simple instrumento y que lo único importante era trabajar por la gloria de Dios.

Era muy grande su interés por guiar a la Congregación en la virtud, la sobriedad y la religiosidad, y trabajó sin descanso por mantener la observancia y el buen espíritu en el Instituto, yendo adelante con su ejemplo y mirada trascendente. Frecuentemente les recordaba a las hermanas que habían entrado a la Congregación para ser santas y que tenían que luchar contra todo lo que les impidiera estar más cerca de Dios. Quería que cada una buscara a Dios en todas las cosas y que eligiera siempre lo mejor para Él.

Su espíritu de profunda oración fue claro y visible en todo momento, manifestando con sus actitudes que en el silencio de su corazón vivía en unión íntima con *"el buen Dios"*. Reservaba tiempo para la lectura espiritual y fue muy puntual a los actos de piedad. En los ratos que tenía libres se iba a la capilla y su ejemplo atraía a las demás hermanas. A ese respecto, sor Alejandrina comentaba: *"Cuando la M. Gloria María de Jesús vivía, la capilla negreaba de hermanas"*, porque en ese tiempo el hábito religioso que usaban era de color negro.

En aquel entonces, había la costumbre en la Congregación de hacer una reverencia a la superiora general en donde se la encontraran, incluso en la capilla. Ella pidió que al venir de comulgar y pasar junto a ella, las hermanas no hicieran la inclinación, ya que llevaban a Jesús Sacramentado que acababan de recibir, por lo que no podía permitir que llevándolo a Él, le hicieran esa reverencia. Y así eliminó esa costumbre.

No era de muchas palabras ni de estar opinando en todo, hablaba lo necesario y en el momento preciso y adecuado, pero muy convencida. Era discreta y su conversación giraba en torno a Dios o la encaminaba a Dios y eso en sí ya era notable, porque saber medir y sopesar las consecuencias de nuestras palabras es un privilegio que pocos logran alcanzar.

Era comprensiva y amable, y aunque tenía una visión positiva, amplia y actualizada de la vida fue muy doloroso para ella bajar a la realidad de la parte humana de la Congregación, porque decía que siempre había creído que las religiosas eran santas, era la imagen que ella tenía y estaba feliz porque iba a vivir con puras santas, pero no fue ésa la realidad y poco a poco descubrió que de todo hay en la viña del Señor. Eso no le afectó mientras fue postulante, novicia o profesa de votos temporales, ya después comentaría: *"Pero ahora que soy la superiora general llegan a mí todos los problemas, unos muy dolorosos, otros torpes, otros chuecos, la mayoría de gente que no acepta, que no quiere dejarse guiar, que se rebela, que exige, en pocas palabras, las cosas normales que hay entre nosotras: las miserias humanas".*

Sobresalió en la caridad

Fue delicada y atenta en el trato con las hermanas, poseía el don admirable de saber escuchar, manifestando particular interés por su crecimiento espiritual y por su salud física. Se mostraba disponible y se daba tiempo para acoger lo que quisieran compartirle, tratando de orientar prudentemente las inquietudes que le presentaban.

Su carácter era afable, pero cuando llegaron las grandes responsabilidades, fue de gran exigencia y temple, llamaba a las cosas por su nombre, hablaba con energía y era centrada en sus decisiones. Especialmente cuando era una evidencia que no se podía negar, ella disculpaba con caridad a la hermana, pero corregía a tiempo: *"Hermana, reflexione, recuerde sus votos"*, y en casos más severos a la encargada le recomendaba: *"No deje a la hermana, ayúdela, porque ella va a ser una gran religiosa, pero corríjala y cuando sienta que no puede, dígamelo, le da un recado y que venga conmigo"*.

Con objetividad buscaba el ángulo más positivo de cada hermana, ya que poseía una sensibilidad muy fina para ver las virtudes y cualidades de las demás y con entusiasmo las animaba a entregarle a Dios los dones recibidos, las animaba en el camino espiritual y reconocía sus esfuerzos y trabajos. Además, procuraba descubrir hasta dónde podía desarrollarse cada una y, en lo posible, se adaptaba a su realidad personal, tratando de ser justa en la distribución de los cargos.

Era cercana para detectar las necesidades o problemas y aun cuando tuviera que llamar la atención lo hacía con tacto, pero sin restar firmeza. Tomaba muy en cuenta a la persona y buscaba en cada caso la manera más correcta de resolver. Nunca lo hacía en público y primeramente mencionaba las cualidades que encontraba en la hermana y la motivaba para sacarles provecho y sólo al final le decía la falla en la que tenía que trabajar para transformarla y llegar a la meta de toda mujer consagrada: *"Usted tiene tal y tal cualidad, son cualidades muy hermosas, multiplíquelas, capitalícelas porque eso le va a servir*

mucho en la vida, pero tengo que señalarle que hay esta falta y tiene que corregirla". Esa forma de ejercer la corrección fraterna fue especialmente notable, porque en esa época en la vida religiosa no se acostumbraban esas actitudes en las superioras.

Para ella fue fundamental mantener viva la presencia de Dios durante la jornada cotidiana, porque era consciente de que sólo por la fe es posible dar explicación y significado a cada acto por pequeño que sea. No quería que dejaran pasar el más mínimo detalle sin ofrecerlo a Dios para que fuera fecundo a favor de la evangelización, por ejemplo solía decir: *"Cuando barran, así como van empujando la basura con la escoba, ofrézcanlo con espíritu misionero, así se barrerá todo el mal del mundo".* También una de sus recomendaciones era que cada hermana fuera *"recogedora"* de las gracias de Dios, con esto las invitaba a recoger las gracias que otras dejaban pasar, es decir, hacer un servicio a alguna hermana o cualquier cosa que nadie quisiera hacer, *"No desaprovechen una inclinación para recoger un papel, poner derecha una escoba o no golpear una puerta al salir".* Igualmente las invitaba: *"Únanse a todas las misas que en todo el mundo se celebran para no reducirnos a la celebración litúrgica en la que participamos".*

Recorría las oficinas (así se les llama a los lugares en donde trabajan las religiosas) con el fin de motivar y de ayudar a las hermanas a permanecer en la presencia de Dios por medio de jaculatorias, tratando de conservar una actitud interior de disponibilidad, limpia y sencilla para ofrecer todas las acciones a la gloria de Dios y por la salvación de los hombres. A las hermanas que estaban elaborando la pasta para hacer las galletas, las animaba en su trabajo

y les recomendaba que cada palada que dieran, cada vez que elevaran la pala dijeran: *"Jesús mío, yo te amo"*. A las hermanas de la cocina les decía que cuando limpiaran el arroz, cada movimiento de los dedos, cada granito de arroz que pasaran fuera un acto de adoración a Dios. Y afirmaba con gran convencimiento: *"Nada es pequeño cuando se hace por amor a Dios"*, insistiendo que era un tesoro que no se debía desperdiciar.

En una ocasión, durante la época de Navidad cuando las hermanas elaboraban los dulces que ofrecían para su venta, ella preguntó: *"¿Cuántos caramelos salen de una receta?"*, le respondieron: *"Salen miles, Madre"* y entonces volvió a preguntar: *"¿Y cuántas veces hacen la receta al día?"*, le contestaron: *"A veces 14 o 15"*. Dijo: *"Cada caramelo que ustedes hagan ofrézcanlo como un acto de amor por la salvación de los hombres y en desagravio de tantos pecados que se cometen"*. Y frecuentemente les recordaba ese ofrecimiento: *"No se olvide, hermana, que cada dulcecito, cada chicloso, cada esfuerzo, cada momento, puede ser ofrecido a Dios y tiene gracias de salvación para muchos"*.

Visitaba también la lavandería, en ese tiempo las hermanas usaban batas blancas para dormir, los delantales eran de cuadros pequeños en colores blanco y negro y los vestidos eran de color negro, y acercándose a la que estaba lavando los vestidos le decía: *"Hermana, ofrézcalo por la conversión de todos los pecadores"*, luego a la que estaba lavando los delantales le decía: *"Ofrézcalo por las almas tibias, ni negro ni blanco"*, y a quien estaba ocupada con las batas le sugería: *"Pida por las almas buenas para que cada día sean más buenas y más santas"*.

En una ocasión una hermana de la comunidad de Durango que estaba encargada de los alimentos de los sacerdotes que iban al convento para hacer su retiro espiritual, le escribió quejándose del excesivo trabajo de aquella temporada. En su contestación, en lugar de compadecerse por el trabajo físico, la impulsaba a valorar el trabajo espiritual: *"¡Qué maravilla!, ¡qué gracias tan grandes!, ¡tanta misa celebrada en la casa!"*.

Cuando alguna hermana salía con ella a la calle, aprovechaba el camino y se ponían a rezar, a tal grado que algunas hermanas hacían broma diciendo: *"Ay, Dios mío, voy a salir con la M. Gloria María y de seguro vamos a rezar todo el camino"*. Además, si las hacían esperar en algún lugar, decía a la hermana que la acompañaba: *"Mientras esperamos, vamos a decir unas jaculatorias al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen María por la salvación de las almas del purgatorio"* y sacaba su rosario.

Esa mirada especial

Supo vivir en la verdad y no ambicionó ser otra cosa distinta de lo que fue ni pretendió tener más que las demás, se dejó hacer y deshacer por la acción divina, teniendo como manifestación tangible en ella la pobreza espiritual que es aprender a mirar las cosas, las personas, los acontecimientos, el mundo y la vida con la misma ternura con que los mira Dios.

Se preocupó mucho por mejorar la calidad en la alimentación de las hermanas y puso más atención en las habitaciones de la comunidad para

mejorarlas en lo posible. Invitaba a las hermanas a llevar la pobreza hasta las últimas consecuencias y a ser muy cuidadosas con los bienes recibidos. Su hábito pudo haber sido de mejor calidad, pero ella lo traía igual que todas, de una tela llamada changay, tenía únicamente la ropa necesaria y con naturalidad la zurcía como las demás hermanas.

En una ocasión la visitó su mamá y al salir le dijo a su hija Dorita: *"Llévame al centro, vamos a comprar un par de zapatos para Gloria, ¿te fijaste qué gastados trae sus zapatos?"*. Luego se los llevaron, pero el domingo siguiente que fueron a visitarla traía los mismos zapatos viejitos de siempre y Dorita le preguntó: *"¿Por qué traes los zapatos viejitos, si mamá te trajo la semana pasada unos nuevos?"*. Respondió: *"Mira, aquí hay otras hermanas que traen los zapatos más viejitos que yo, entonces se los pasé"*.

Demostró siempre una solicitud especial por las hermanas que se encontraban enfermas y sufría al verlas con sus dolores y achaques. Vigiló que se les dieran los cuidados requeridos para mejorar su salud, médico, medicinas y lo que necesitaran. Todas las mañanas después de la oración subía a visitar a las que estaban en cama llevándoles una palabra de consuelo y por la noche, antes de dormirse, nuevamente las visitaba y les daba la bendición.

También eran objeto de su atención los familiares de las hermanas y con diligencia procuraba buscar la ayuda adecuada cuando se enteraba de que tenían una pena familiar o estaban pasando por alguna situación difícil. Les conseguía trabajo en la empresa de sus hermanos o si se trataba de algún enfermo procuraba que fuera atendido y si era necesario que lo trajera

a Monterrey, lo alojaba en el convento para facilitar el acceso al médico, al hospital, etc. Se interesaba por ayudar para que la hermana involucrada pudiera estar más tranquila. Por lo general, llamaba a su hermana Otila y le decía: *"¿Tienes algo de dinero?, porque la familia de una hermana tiene un enfermo y necesita medicinas y alimentos"*. Y en esos casos, Otila iba con sus hermanos recolectando dinero para ayudarla.

Además, condescendió con las hermanas que necesitaban acompañar en su casa a sus familiares por causa de enfermedad o asuntos delicados, en una época en que eso no se acostumbraba. Las reglas decían: *"Irán a su casa sólo en caso de muerte de su padre o de su madre"*. Sin embargo, siempre aconsejó prudencia para que esos problemas no afectaran la esencia de la consagración de las hermanas.

Para con los sacerdotes tenía una caridad muy grande y fue muy respetuosa con las autoridades eclesiásticas. Oraba y se sacrificaba por fomentar las vocaciones sacerdotales y religiosas. Además, fue siempre muy agradecida con los bienhechores. La gente al tratarla percibía algo especial en ella. En una ocasión llegaron a Villa de la Paz de visita los familiares de sor Juana María Ayelo y refiriéndose a la M. Gloria María comentaron al salir: *"Ustedes tienen una Madre muy hermosa, tiene hasta su aspecto de santa"*. También la familia de otra de las hermanas, cuando la trató, dejó de llamarla por su nombre y comenzó a decirle: *"La Madre que da a Dios"*.

Se preocupó también por el bienestar de los trabajadores que les ayudaban en la Congregación y sus familiares. En una ocasión se enteró que la esposa de uno de ellos estaba a punto de dar a luz y

envió a recogerla para que la llevaran a internar a la Maternidad Conchita y luego estuvo informándose de su estado de salud. A nadie descuidó, en todo estaba y lo refería a *"el buen Dios"*. Su alegría era grande conmemorando las fiestas de la Iglesia, pero especialmente ¡cómo disfrutaba la Navidad!, brillaban sus ojos de felicidad contemplando el nacimiento y escuchando los villancicos. Gozaba cuando entre todas preparaban las bolsas de galletas, colaciones y naranjas que se repartían a quienes llegaban a pedir su aguinaldo a Villa de la Paz. Luego comentaba: *"¡Qué bueno que Dios nos da la oportunidad de vivir esto que nos da tanto gozo!"*.

Humilde y fiel

Lógicamente para ella no todo fue color de rosa, también hubo incomprensiones de parte de algunas hermanas, pocas en realidad, especialmente entre las que se sentían con más experiencia en la vida religiosa. Criticaban su estilo tan peculiar de gobernar a la Congregación, lanzándole palabras indirectas, pero en realidad lo que les sucedía era que tenían resistencia al cambio y este hecho es perfectamente comprensible, sobre todo en ese tiempo: eran los umbrales del Concilio Vaticano II. Sin embargo, ella siempre contó con la aprobación y el apoyo de la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro y aquí lo único que nos interesa recalcar es la forma en que la M. Gloria María lo vivió: ofreció en oblación a Dios el dolor que le causaba el rechazo e hizo lo que iba descubriendo que era la voluntad de Dios para la Congregación.

Así aconsejaba a una religiosa: *"Si surgiera alguna antipatía, busque el lado bueno de la hermana y tenga un detalle bonito con ella y si usted ve que no cae bien y eso la mortifica, entonces hagale un regalito en el momento más oportuno o muéstrele un gesto amable. El buen Dios se merece eso y más"*.

Sabía muy bien que hay infinidad de formas de santidad y muchos caminos para llegar a ella y que lo importante era descubrir lo que Dios quiere para cada persona. Precisamente buscando lo que Dios quería de ella, particularmente en tiempo de ejercicios espirituales solía pedir como una "limosna espiritual" que se le hicieran notar sus defectos: *"Hermana, ¿me puede decir los defectos que descubre en mí y qué puedo hacer para ser mejor?"*, y cuando se le mencionaba algo, respondía: *"Voy a tratar de enmendarlo"*. Eso era un hecho edificante para la comunidad, especialmente conociendo su talla espiritual.

Fue una asceta extraordinaria, aunque era muy discreta, se sabe que se mortificaba y sacrificaba de diferentes maneras. Sabía reconocer sus errores y sin perder tiempo trataba de rectificarlos pidiendo perdón.

En una ocasión le pidió a una hermana que cediera el lugar donde dormía, porque era un poco más fresco, a otra de las hermanas que acababa de llegar a la comunidad. Al día siguiente se dio cuenta de que la hermana no se había cambiado de lugar y le llamó la atención. La hermana guardó silencio y no dijo nada. Luego se supo que si la hermana continuaba en ese lugar era porque a la recién llegada le molestaba el fresco por tener un fuerte

padecimiento respiratorio. Cuando se dio cuenta del malentendido, de rodillas le pidió perdón.

En otra ocasión en el paquete de cartas pendientes de contestar había una carta que tenía fecha atrasada, como era la primera, ella creyó que todas eran atrasadas y le llamó la atención a la hermana encargada. Luego las recogió todas para firmarlas y fue entonces cuando se dio cuenta de que nada más la primera tenía fecha de contestación atrasada. Reconoció su error e inmediatamente regresó y ofreció disculpas a la hermana por haberle llamado la atención sin motivo.

También sucedió que, estando una hermana de misión, un día la mandó llamar y la colocó en la imprenta de la Congregación para que por una temporada no saliera a misión. Al cabo de un tiempo, dicha hermana por indicaciones de su director espiritual habló con la M. Gloria María para explicarle su situación. Cuando comprendió que había cometido un error, se puso de rodillas y le pidió de todo corazón que la disculpara por no haberle preguntado directamente si lo que decían era verdad o no. Luego le dio un abrazo.

Daba testimonio de humildad cuando públicamente pedía perdón a la comunidad al finalizar los ejercicios espirituales o después de un día de retiro, se arrodillaba y con los brazos en cruz decía: *"Hermanas, por favor perdónenme las faltas de caridad y malos ejemplos que les he dado"*. Ésa era una práctica religiosa común en aquel tiempo, pero no era muy frecuente que se realizara ni cualquiera lo hacía de esa manera.

En una ocasión tuvo que ir a una oficina para realizar algunos trámites y la hermana que la

acompañó asegura que la secretaria que las atendió era de mal carácter y se veía a todas luces que no tenía educación, de pronto surgió un contratiempo y empezó a atacar a la M. Gloria María diciendo palabras ofensivas. Pero ella no habló ni trató de justificarse. Cuando salieron de la oficina, la hermana que la acompañaba le dijo: *"Madre, ¿por qué no se defendió?"*, y su única respuesta fue: *"Mejor vamos a dejárselo a Dios"*. Fue la humildad de corazón la virtud que afianzó la firmeza de su fe y al mismo tiempo hizo fructificar su gran caridad.

Impulsora de la formación

Hablar de Dios fue su tema preferido, era como aflorar lo que llevaba dentro y deseaba hacerlo extensivo en todo el mundo, por eso durante su gobierno se interesó mucho por elevar el nivel cultural y espiritual de la Congregación, siempre con ánimo emprendedor y misionero, por eso en su trayectoria como Superiora General del Instituto es digna de mención su actitud abierta y certera para promover y actualizar la formación humano-espiritual de las religiosas que se le confiaron a su cuidado. No escatimó sacrificios ni gastos para capacitar a las hermanas que tenían estudios académicos deficientes, estableciendo que quienes por algún motivo no habían tenido oportunidad de estudiar la secundaria y quisieran hacerlo, la estudiaran, incluso las que habían ingresado siendo hermanitas.

Ubicándonos en aquel tiempo, fue una verdadera innovadora, pionera de renovación de la vida religiosa en su contexto histórico,

caracterizándose por su enorme deseo de ayudar a cada miembro de la Congregación en su propia santificación, siendo pródiga en proporcionar medios para cultivar la vida interior y la formación doctrinal.

Le dio bastante énfasis a que todas las hermanas estuvieran bien preparadas, que supieran expresarse y que hablaran en público con naturalidad, incluso se preocupaba hasta por la ortografía, les ponía ejercicios de caligrafía, de redacción, decía que eso era indispensable porque tenían que tratar con mucha gente y de esa manera se les facilitaría el apostolado específico de la Congregación. Procuraba estar pendiente de todos los detalles y en medio de sus ocupaciones se tomaba el tiempo hasta para corregir la ortografía de las cartas que le enviaban las hermanas y con gran delicadeza les pedía que practicaran esas palabras para evitar el error nuevamente. Asegura sor Gabriela Favela: *"Yo me ponía a practicarlas con tanto gusto porque ella me lo decía con mucha caridad"*.

Revisó los programas de formación y se propuso impulsar especialmente la actualización del noviciado con planes muy concretos. Además, desde el principio tuvo un decidido empeño en seleccionar bien las vocaciones de quienes deseaban ingresar, porque sabía que ellas garantizarían el porvenir de la Congregación. Mandó imprimir un nuevo y atractivo folleto vocacional que se difundió lo más posible.

Organizó cursos intensivos reuniendo en Villa de la Paz a las hermanas provenientes de las casas locales y con empeño pidió que el mayor número posible de religiosas asistiera a las ponencias y los cursos impartidos por la Conferencia de Institutos

Religiosos de México (C.I.R.M) con el fin de que se ilustraran y ampliaran su visión de la Iglesia.

Deseaba actualizar los métodos de catequizar de la Congregación, con audiovisuales, cromos grandes y otros recursos más. Comentaba: *"No puedo cambiar las cosas de la noche a la mañana, pero es necesario poco a poco ir introduciendo nuevas formas de enseñanza, por ejemplo con juegos, con barajas, con transparencias, para que los niños puedan aprender con más facilidad"*.

Junto con el P. García Montero, s.j., colaboró en la organización de la C.I.R.M. y asistió con frecuencia a las conferencias y ejercicios espirituales impartidos en la Ciudad de México para superioras generales y locales, disponiendo que tanto las consejeras generales como las superioras de las casas locales también asistieran. Asimismo, envió por primera vez a las maestras de junioras y de novicias a unas jornadas para formadoras y, posteriormente, a un curso especial de psicología en la Ciudad de México.

En enero de 1962 organizó ejercicios espirituales para religiosas y reunió en la casa general a todos los miembros de la Congregación para participar en ellos. Sólo faltó la comunidad de Oaxaca por haberlos realizado con anterioridad en aquella localidad.

Tuvo también la iniciativa de enviar a un grupo de hermanas a Ciudad Victoria, Tamaulipas, para que participaran en un cursillo de capacitación catequística. Además, en varias ocasiones invitó a sacerdotes de distintas partes del país para que les dieran charlas o ejercicios espirituales.

Inició en la Congregación los estudios de un mes, invitando a sacerdotes muy especializados

para dar los cursos, abriéndolos también a todos los Institutos de vida consagrada en Monterrey, dando con ello gran impulso a la vida religiosa de toda la Arquidiócesis.

Envió al mayor número de hermanas que pudo a un curso de alfabetización y todas recibieron el diploma que las acreditó para enseñar a leer y a escribir a quienes no lo supieran. Además, mandó a doce hermanas a un curso intensivo de inglés.

En noviembre de 1964, fue de singular provecho el cursillo de espiritualidad impartido para todas las religiosas por el P. Rafael Checa, o.c.d., presidente de la C.I.R.M. y asesor de las superioras generales y provinciales de la República Mexicana, coordinado por la M. Gloria María, como presidenta de la vocalía de formación religiosa, delegación Noreste de la C.I.R.M.

En 1965 organizó en Villa de la Paz un curso de madurez humana impartido por el P. Julio Sahagún y procuró que lo aprovecharan todas las hermanas que así lo quisieran. Asistieron 42 hermanas de votos perpetuos, además de las junioras. Determinó también abrir esa invitación a otras congregaciones, contando con la asistencia de más de 300 religiosas.

Incluso cuando iba su familia a visitarla a Villa de la Paz los aconsejaba diciendo: "*¿Por qué no leen este libro y van a estos cursos?, porque todo esto ayuda mucho para que vayamos creciendo en la fe y conozcamos mejor el amor de Dios*". Quería que todos amaran a Dios así como ella y lo experimentaran como ella.

Cursillos de Cristiandad

Era una persona de mucha iniciativa, su gran amor al apostolado la hacía dinámica y la impulsaba a la creatividad constante. Siendo ya superiora general tuvo oportunidad de conocer el Movimiento de Cursillos de Cristiandad para damas y a iniciativa suya, con todos los permisos requeridos para el caso, se celebró en Villa de la Paz el primer cursillo dado en Monterrey, en el año de 1962. En esa ocasión fungió como rectora la Sra. Ana María Rabatté, quien viajó desde Tampico, Tamaulipas, acompañada de algunos dirigentes, contando con una asistencia de 46 damas. El vicario general de la arquidiócesis de Monterrey, P. Jesús González Montemayor, puso como única condición que un equipo de Misioneras Catequistas de los Pobres trabajara en coordinación con los primeros grupos.

Durante algún tiempo las cursillistas se alojaron en el convento y las novicias tenían que cederles por esos días sus cuartos. Esto ocasionó que en la casa general alguien comenzara a oponerse al Movimiento de Cursillos porque movilizaba a las hermanas y alteraba los horarios comunitarios, por ese motivo la M. Gloria María reunió a las hermanas y con gran convencimiento y decisión les dijo que la misión de la Congregación era trabajar en cada diócesis para que *"el buen Dios"* fuera conocido y amado por todos y pidió que descubrieran que el Movimiento de Cursillos era una gracia de Dios para la Congregación. Luego solicitó a todas las hermanas que continuaran sirviendo a esa Obra para el bien de la Iglesia y se manifestó feliz de poder apoyarla. A lo largo de aproximadamente quince años se les dio acogida y seguimiento en Villa de la Paz, donde se

consolidó este Movimiento que mucho fruto espiritual ha dado a toda la Arquidiócesis.

Nuevas fundaciones

Durante su gobierno, hizo tres nuevas fundaciones: en Texcoco, México, el 24 de mayo de 1962; en San Angelo, Texas, E.U.A., el 29 de junio de 1966; y en San Andrés Tuxtla, Veracruz, el 28 de agosto de 1966. Quería abrir la Congregación a lugares remotos para las misiones y decía: *"Tenemos que ir ampliando los horizontes"*.

Además, con todas las licencias prescritas en el Derecho, fundó el juniorado en la Calle de Padre Mier Poniente #1240 de la ciudad de Monterrey, separándolo de la casa general, el 8 de mayo de 1963, bajo la dirección de la M. Juana María de las Virtudes, maestra de junioras. Ahí permanecían las junioras por tres años para terminar los estudios que les faltaban hasta titularse y también la formación religiosa, antes de enviarlas fuera de la ciudad.

En realidad, ella tenía el deseo de prolongar los estudios durante los cinco años de votos temporales, pero por motivos económicos no se pudo llevar a cabo.

Decretum Laudis

Dio seguimiento a las instancias y trabajó por agilizar los trámites iniciados en el período de gobierno anterior para obtener de la Santa Sede el *Decretum*

Laudis[11] para que el Instituto fuera considerado canónicamente de Derecho Pontificio, el cual fue concedido el 22 de octubre de 1964 y que traducido del latín dice:

Sagrada Congregación de Religiosos
Prot. N. 10030 -53- M. 187
Decreto

El Instituto llamado "Misioneras Catequistas de los Pobres" fue fundado en la Arquidiócesis de Monterrey, el año de 1926, por el empeño y celo del Excelentísimo Señor Juan de Jesús Herrera y Piña, Ordinario de aquella Arquidiócesis, para trabajar en la instrucción catequística, principalmente de los niños y niñas desamparados.

El año de 1951, con la autorización de la Santa Sede, se erigió canónicamente como Instituto de Derecho Diocesano y últimamente, como el dicho Instituto se alegra en tener numerosas religiosas, casas y obras, su Superiora General elevó insistentes peticiones a la Santa Sede para que esta Congregación fuera enriquecida con el Decretum Laudis y se aprobaran sus Constituciones, enviando cartas de recomendación de los Excmos. Ordinarios en cuyo territorio tiene casas el Instituto, en que se certifican la apta formación, la regular observancia, el buen gobierno y el celo de sus religiosas en sus obras de apostolado.

11. En español Decreto de Alabanza es el reconocimiento oficial que la Santa Sede otorga a los institutos de vida consagrada y a las sociedades de vida apostólica, considerándolas obras e instituciones de Derecho Pontificio en cuanto al régimen interno y a la disciplina.

Esta Sagrada Congregación encargada de los negocios de los Religiosos, en vigor de las facultades concedidas por Nuestro Santísimo Padre el Papa Paulo por la Divina Providencia VI, teniendo en cuenta las testimoniales de los Ordinarios, que antes se dijo; oído el parecer de los PP. Consultores, y bien discutido el asunto en la reunión plenaria del 13 de mayo de 1964, por el presente Decreto, en la más amplia forma, alaba y recomienda a la Congregación Religiosa llamada "Misioneras Catequistas de los Pobres" y aprueba y confirma por diez años a modo de experimento sus Constituciones, escritas en lengua española, según el texto del ejemplar que se guarda en el Archivo de este Sagrado Dicasterio, salva la jurisdicción de los Ordinarios de los lugares, según las normas de los sagrados cánones.

Sin que obste nada en contrario.

Dado en Roma, en la sede la Sagrada Congregación de Religiosos, el día 22 del mes de octubre del Año del Señor de 1964.

J. Card. Antoniuti,
Prefecto

Llena de júbilo la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres, dio gracias a Dios Nuestro Señor con especiales actos de piedad, renovando su deseo de fidelidad al carisma bajo el lema que le dieron sus fundadores: *Gloria Dei,* por la Gloria de Dios.

El viernes 26 de febrero de 1965 todas las religiosas estuvieron en retiro espiritual para meditar en esa gracia tan especial y al día siguiente, por la tarde, el Excmo. Sr. Alfonso Espino y Silva celebró una solemne misa pontifical en la Basílica de Nuestra

Señora del Roble en acción de gracias por el gran don recibido, contando con una muy nutrida asistencia. Predicó el Ilmo. Dr. D. Jesús González Montemayor, vicario general de la Arquidiocésis.

Al día siguiente, domingo 28, en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, el Excmo. Sr. Fortino Gómez León, Arzobispo de Oaxaca, protector de la Congregación desde sus inicios, celebró una misa pontifical por los bienhechores que generosamente apoyaron al Instituto desde sus inicios. Predicó el Sr. Cura de la Parroquia de San Pedro Apóstol, P. Aureliano Tapia Méndez.

La tercera misa pontifical fue celebrada en la casa general y se ofreció por el eterno descanso del Excmo. Dr. y Maestro D. José Juan de Jesús Herrera y Piña, Fundador de la Congregación, el lunes 1º de marzo, presidió el Excmo. Dr. D. Anselmo Zarza y Bernal, obispo de Linares. Ahí mismo por la tarde tuvo lugar una solemne hora santa de clausura, predicando el P. Prudencio Lerena, c.m.f.

Amor incondicional al Instituto

Definitivamente se puede afirmar que esos años para la M. Gloria María no fueron fáciles de recorrer, sin embargo, jamás se manifestó turbada por los acontecimientos, confiaba absolutamente en la providencia de Dios, sólo decía: *"el buen Dios" nos va a ayudar* o *"el buen Dios" va a permitir que esto se realice*. Fue una mujer cuyo eje de su fidelidad fue buscar en todo momento la voluntad de Dios, encauzando hacia Él todo su potencial humano-espiritual, sin dejarse polarizar por alguna parcialidad.

Su estilo de gobierno fue para el Instituto un cambio muy fuerte y tal vez algunas hermanas no supieron comprenderlo totalmente, pero ella sin decir muchas palabras dirigió a la Congregación hacia donde descubría que era la voluntad de Dios y sin perder la paz vivió de manera equilibrada los acontecimientos que se le presentaron, mostrándose dueña de sí misma y ecuánime en su comportamiento y en sus actitudes.

Durante los años de su gobierno se celebraron alrededor de noventa juntas de consejo general, la visita canónica a las casas locales se hizo con regularidad, según lo dispuesto en las Constituciones y dirigió varias circulares a toda la Congregación. Jamás buscó o pidió algún privilegio por su cargo, ni en los alimentos ni en los viajes, era celosa de su interioridad y nunca anduvo exhibiéndose como superiora o por las obras que realizaba. Se hizo postulante con las postulantes, novicia con las novicias y profesa con las profesas, llevó la misma vida sencilla y cotidiana como todas las demás hermanas.

En medio de sus múltiples ocupaciones, se daba tiempo para compartir con la comunidad y comentar acerca de las experiencias que pasaban las hermanas en las misiones o las situaciones que encontraban. Se preocupaba porque todas y cada una de las hermanas salieran a misionar y cumplieran así el ideal con que habían ingresado a la Congregación.

Vibraba con el apostolado que hacían las demás y lo sentía como suyo. Mostraba interés, preguntaba, aconsejaba e incluso tomaba notas de los esquemas de apostolado para opinar sobre

ellos o dar alguna sugerencia y como no podía salir a misionar por el cargo que desempeñaba, apoyaba y estimulaba para que lo hicieran las demás, gozando y disfrutando cuando se enteraba de la manera como lo estaban realizando. Al finalizar esos diálogos, algunas veces se le escuchó decir: *"Hermana, es un don de Dios grandísimo, esto quiere decir que usted tiene que darle al Señor todo lo que Él le ha dado, ¡regresárselo al máximo!".*

Tenía una amplia visión del mundo y su sentido eclesial era visible. Fue una mujer prudente y recta, de mucha organización y creadora de impulsos de superación integral, dinámica en la propagación de la fe que, sin cálculos limitantes, se lanzó tenaz buscando el bien de los demás. Comprendió que en la vida cada quien tiene su lugar y su función, pero nadie la puede cumplir aisladamente sino en solidaridad, por lo tanto, para ella fue vital mantener un trato leal y recto con todos buscando facilitar el camino a los demás.

Siempre reconoció los dones que Dios le había dado, sus cualidades y sus capacidades y los supo poner al servicio de los demás trabajándolos con naturalidad y sin darse importancia, es decir, sin llamar la atención, confiando en que la gracia de Dios no le faltaría. Con frecuencia daba el siguiente consejo a las hermanas: *"Cuando todas las cosas le salgan bien, diga inmediatamente: la gloria para Dios, el trabajo para mí".*

Su amor al Instituto fue incondicional y sólo la fe la sostuvo en los momentos de soledad y de cansancio que seguramente los tuvo. Recibió la Congregación con muchas deficiencias económicas, por lo que tuvo que trabajar constantemente en promociones para recaudar dinero o buscando

donativos para proseguir la construcción. Fue prudente en su administración y los bienes que manejó siempre los consideró del Instituto, jamás dispuso de ellos en beneficio de su familia o de ella misma, ni contrajo deudas que no pudiera pagar.

El breve tiempo que estuvo de superiora se puede considerar como un gran paso hacia la consolidación de la Congregación, quedando para la historia el testimonio de su vida religiosa como un ejemplo a seguir, a fin de que las cosas pudieran ser como Dios las quiere. Fue líder espiritual entre sus hermanas, una mujer de acción y de oración, empresaria, misionera y de vanguardia. Ella supo entender y llevar a la vida la maravillosa ciencia de gobernar amando.

IX

En el Misterio Pascual

Inicia su enfermedad

Gozó la mayor parte de su vida de muy buena salud. Ya dentro de la Congregación padeció de hepatitis en dos ocasiones y, según dicen testigos oculares, no guardó el debido reposo ni se cuidó adecuadamente por no darle mucha importancia a ese padecimiento. Sin embargo, la prueba final llegó de improviso y cuando menos se le esperaba.

Ella vivió con mucha intensidad cada momento, porque creía firmemente en la fecundidad de una vida donada por amor a Dios en los pequeños detalles de todos los días, como lo hemos visto, por eso al llegar el último combate con ropaje de enfermedad, lo acogió sin titubear como parte del proyecto amoroso que Dios tenía para ella y la grandeza de su alma resplandeció por la manera de aceptar el dolor, siendo su gran fe la fuente de consuelo en el sufrimiento.

En el año de 1965 comenzó a sentir ciertos síntomas anormales en las vías urinarias, por lo que

se le recomendó viajar a la Ciudad de México para que le practicaran un chequeo general y así poder diagnosticar mejor el caso.

En el mes de junio de ese año la atendió en la Ciudad de México la Dra. María Cristina García Sancho, quien la envió con médicos especialistas para que le practicaran análisis y exámenes completos, sin encontrar claramente la causa última del padecimiento. Estando en ese dilema, la M. Gloria María le comentó a la doctora que tenía algo como un lunar pero muy duro, por lo que de inmediato tuvieron que efectuarle una operación y así se supo que el foco del cáncer estaba en el lunar y que si antes se hubiera detectado otro hubiera sido el resultado.

Recibió esa noticia con paz y fortaleza, su sufrimiento fue muy callado, ofreciéndose completamente al Señor a favor de la santificación de su Congregación, por los sacerdotes y por su familia, sólo decía: *"Nuestro Señor me pide esto"*.

Los doctores que intervinieron en la cirugía aseguraron que habían limpiado muy bien toda la zona afectada y dieron esperanzas de una positiva recuperación. Estuvo internada en la Clínica Central Quirúrgica algunos días y después de la operación permaneció hospedada en una casa religiosa mientras se recuperaba un poco para poder viajar a Monterrey. Ahí la M. María Ayelo conoció a la M. Gloria María y les comentó a quienes la acompañaban: *"Oigan, ustedes tienen una mujer santa"*.

En cuanto se restableció de la operación regresó a Monterrey. Quería que su enfermedad pasara inadvertida y siempre fue muy reservada y discreta, no mencionaba claramente que padecía cáncer, sino

simplemente que estaba en un tratamiento, así se acostumbraba en esa época, por lo que se le tenía que recordar que se cuidara y que tomara muy en cuenta lo que el médico pedía. Por algún tiempo la única que lo supo fue la M. Margarita.

Durante esa temporada padeció de infecciones continuas en las vías urinarias, por lo que en Monterrey tuvieron que volver a intervenirla. Según la opinión de los médicos especialistas el cáncer, aunque latente, estaba controlado.

Diagnóstico reservado

Un año después de que le extirparon el lunar, en 1966 volvió a viajar a la Ciudad de México para practicarse un chequeo. Ella iba con la esperanza de que ya la dieran de alta, pero con sorpresa los médicos descubrieron que alrededor del lunar que le habían extirpado tenía la piel obscurecida y ordenaron con urgencia otra cirugía.

Fue una enfermedad muy agresiva y el resultado manifestó que el mal se encontraba ya muy extendido y sin control. Los médicos pronosticaron a lo sumo seis meses más de vida.

En una ocasión estando internada en el hospital en la Ciudad de México, la acompañaba su hermana Otila y sucedió que una de las enfermeras no atinaba a ponerle bien una inyección y Otila estaba bastante preocupada, pero la M. Gloria María le dijo: *"No le digas nada, déjala, necesita aprender"*. Luego en una de las operaciones le adhirieron una bolsa y todo lo soportó con paz y sin quejarse. Siempre se mostró comprensiva con las personas que la atendieron

durante su enfermedad, siendo su gran fortaleza la Eucaristía que recibía todos los días.

De esa tercera operación convaleció en la comunidad de Texcoco y al cabo de unas semanas regresó a Monterrey. Su estado de salud se debilitaba a grandes pasos y su situación física era cada día más crítica. Padecía de insomnio y de náuseas que le impedían comer y los dolores eran muy fuertes y continuos, sin embargo, nunca pidió nada especial y se sujetó con docilidad a las indicaciones médicas y de las religiosas que la atendían.

Era agradecida y se disculpaba cuando por sentirse mal no podía comer lo que la hermana enfermera le preparaba: *"Hermana, su comida está muy buena y me sabe muy rica en la boca, pero mi estómago no la quiere"*.

Nunca perdió el ánimo y quería estar presente en los actos de comunidad, aun cuando se encontraba ya muy delicada. Siempre procuraba estar tranquila y serena, sin embargo, hasta el tono de la piel le cambiaba en determinados momentos por la intensidad del sufrimiento, ya que los dolores y molestias que padecía eran muy fuertes. Se le veía el rostro de dolor, pero no se quejaba ni molestaba a la hermana enfermera en lo más mínimo. Nunca usó la enfermedad para llamar la atención ni para hacerse importante, se preocupaba más por los demás que por su propio estado de salud.

Experimentar la enfermedad en carne propia la hizo mucho más compasiva con las hermanas que padecían alguna enfermedad y procuraba sonreír y darles una palabra de consuelo para animarlas a sobrellevar con paciencia lo que Dios les había mandado.

Por el entusiasmo con que hacía planes a futuro, la M. Margarita intuyó que quizá no alcanzaba a percibir lo delicado de su salud, por lo que pidió al P. Jesús González Montemayor que fuera a platicar con ella y le explicara su situación para prepararla. Él fue y habló claramente de lo que decían los médicos, pero la M. Gloria María continuó charlando con naturalidad y sin cambiar su estado de ánimo. Más tarde platicando con la M. Imelda Parás le preguntó: *"¿Lo sabe la comunidad?, ¿lo sabe mi familia?"*, le contestó: *"Sí, Madre"*, y dijo en voz baja: *"Sólo yo no lo sabía"*.

Manifestaba un gran amor por la vida y luchó con todos los medios a su alcance por mantenerla, pero cuando comprendió que su mal iba avanzando sin remisión y se encontraba ya en la recta final su reacción fue: *"Dios lo quiere, es su voluntad"*, y con toda serenidad arregló sus cosas, quemó en el incinerador sus cartas y papeles personales y por prudencia entregó la correspondencia pendiente de la Congregación a la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro, vicaria general, para que se hiciera cargo de los asuntos. Decía a las hermanas: *"Estoy ofreciendo mi enfermedad para que cada una seamos lo que debemos ser, necesitamos salvar muchas almas, por la gente que misionamos"*.

Aun enferma, quiso portar su hábito durante todo el día y a pesar de lo débil que estaba y de lo mal que se sentía nunca aceptó quedarse en bata, aunque nadie fuera a visitarla. Pasaba muchas horas en la capilla y se empeñaba en permanecer hincada, aunque ya se le movía todo el cuerpo debilitado por la enfermedad. Pero eso sí, su fervor y su amor ardiente por Jesús Sacramentado

permaneció inamovible y fue admirable durante toda su vida. Además, frecuentaba el sacramento de la reconciliación y con regularidad pedía a la hermana enfermera: *"M. Julia, quiero que busque a un sacerdote y le pida que venga a confesarme"*. Consideraba una gracia de Dios lo que Él le mandaba y comentó: *"Quiero como el Señor quiera"*.

Un día alguien le preguntó a qué se debía que siempre pedía para la guardia nocturna a la M. Julia y ella contestó: *"Es que la M. Julia se sienta y se duerme, pero quizá otra hermana en toda la noche no dormiría por estar pendiente de lo que se me pueda ofrecer. Yo padezco insomnio y si se me ofrece algo, yo la despierto"*. No quería que se desvelaran las hermanas por su causa.

Un día especial

Solicitó que le administraran la unción de los enfermos, que antes era la extrema unción y no era costumbre recibirse con la frecuencia y facilidad con que se puede recibir en la actualidad. Para ello se preparó con esmero y fervor. Pidió que le leyeran con anticipación las oraciones del manual y quiso que la acompañaran todas las hermanas de la comunidad, asistiendo al acto también las junioras y las novicias. Estaba feliz y dijo a las hermanas que la atendían: *"Pónganme muy guapa, así como a los niños cuando se preparan para la primera comunión"*. El 12 de noviembre de 1966 recibió la unción con verdadera devoción y gozo espiritual, le fue administrada por el Excmo. Sr. Alfonso Espino y Silva.

Fue un día de fiesta muy grande para ella y estuvo todo el día platicando del Cielo con mucho entusiasmo, a tal grado que las hermanas casi la creían aliviada en ese día. Comentó: *"No crean que las voy a olvidar, si aquí en la tierra todos los días pido por cada una de ustedes y por las necesidades de sus familias, allá arriba donde no voy a tener otra ocupación, con más ganas lo haré. Les prometo que intercederé por ustedes... allá podré hacer por la Congregación mucho más de lo que aquí pueda hacer".*

Cuando le manifestaron que tenían la esperanza de que Dios quisiera hacerles el milagro de devolverle la salud al recibir el sacramento de la unción de los enfermos, ella dijo: *"Sería lamentable que me devolviera, después de que estoy tan emocionada. Sería una desilusión muy grande para mí, pero lo que Dios disponga, yo acepto gustosa su voluntad. Si Él cree que mi vida todavía puede servir para algo, acepto su voluntad, si no, estoy contenta de marcharme, lo que Él disponga será lo mejor".*

Un día, cuando estaba ya muy enferma, pero estando todavía en Villa de la Paz, la fue a visitar su hermana Dorita, quien sabía que estaba sumamente grave y le dijo: *"Yoyi, no sabes la falta que nos vas a hacer"*, entonces muy sonriente le contestó: *"Fíjate que no, porque mira, aquí en el mundo estoy tan limitada, ¿qué tanto puedo hacer por ustedes y por todos los que yo quiero?, pues nada, pero ya estando en el Cielo allá con Dios, desde allá sí voy a poder hacer mucho por ustedes y por todos los que yo quiero".*

Por su estado de gravedad le fue imposible viajar, por lo que en Monterrey la atendió el Dr. José N. Assad que era el médico de cabecera de la Congregación y su diagnóstico fue reservado.

La Dra. García Sancho que la había atendido en la Ciudad de México, viajó a Monterrey expresamente para visitarla y luego comentó: *"Madres, ustedes han tenido la dicha de vivir al lado de una santa, gracia tan especial que Dios no la concede a todos... el conocerla y atenderla ha sido una de las riquezas de mi vida"*.

En el Hospital Muguerza

El tiempo pasaba y el cáncer seguía su curso. Estaba cada vez más debilitada y el médico como recurso extremo propuso una nueva operación, sin embargo, ella no se dejó abatir tan fácilmente por las circunstancias. Ya desde el 14 de noviembre, es decir, dos días después de haber recibido la unción de los enfermos, había enviado a toda la Congregación la primera circular sobre el Capítulo General que se aproximaba, con el fin de motivar y sensibilizar a las hermanas en ese tema tan importante y trascendente para todo el Instituto. Hizo planes con la maestra de noviciado para revisar los programas de formación para las novicias que iniciarían en el mes de enero. Y todavía un día antes de ingresar al hospital se le vio caminar con fatiga y su sonrisa en los labios, visitando las oficinas para motivar a las hermanas con una palabra de aliento en su entrega cotidiana.

Por indicación médica fue internada en el Hospital Muguerza, el 25 de noviembre de 1966, ocupando el cuarto número 251.

Ese día, antes de su partida, la comunidad se reunió en el pasillo para despedirla y recibir su

bendición y sus palabras de aliento, probablemente sería por última vez. La mirada de las hermanas la seguían mientras acomodaba las últimas cosas en su maletín, luego se enderezó y las bendijo a todas. Antes de marcharse le pidieron que les dijera algo y ella les dijo: *"Sean santas, pues para eso hemos venido. Así agradamos a el buen Dios"*.

La emoción se anudaba en la garganta, porque la enfermedad había avanzado al grado de que ellas mismas dudaban de que regresara con vida al convento y su oración era constante para pedir a Dios el milagro de su completa salud, pues veían que humanamente ya no se podía hacer nada. Después la acompañaron hasta el automóvil y todas querían caminar a su lado. Antes de subir al automóvil se detuvo y volviéndose una vez más para mirarlas, levantó su mano y dijo: *"Adiós, hasta pronto si Dios lo quiere y si no hasta el Cielo"*.

Ya internada, fueron innumerables los ejemplos de virtud que pudieron apreciar los médicos, las enfermeras y los sacerdotes que continuamente la visitaron durante su estancia en el hospital, así como las personas seglares y con mayor razón las religiosas que entraron en contacto con ella por su enfermedad. El comentario era unánime: *"¡La M. Gloria María es una santa!"*.

La M. Imelda Tijerina, Superiora de la Congregación de las Hermanas del Servicio Social fue a visitarla acompañada de un sacerdote y salió con lágrimas en los ojos diciendo: *"¡Qué hermoso es ver el tránsito de una santa a la eternidad!"*.

Durante esos días recibió la visita del Excmo. Sr. Espino y Silva quien nuevamente le administró el sacramento de la unción de los enfermos. Tuvo

muchas visitas, pero no podía recibir a tantas personas en el cuarto.

El P. Jorge Rady la visitó varias veces y comentó con su familia que Dios permitía ese sufrimiento en las almas más escogidas con el fin de acercarlas más a Él y para alcanzar gracias para los demás.

La M. Imelda Parás comentó que por esos días la M. Gloria María le dijo: *"Siento que me voy con las manos vacías, que no he hecho nada"*, pero ella le contestó: *"Usted ha hecho mucho, no ha salido a misiones, pero todo lo que nosotras hemos hecho a favor de los pobres es porque usted nos ha dado el permiso"*. Y entonces la M. Gloria María le dijo: *"Tiene toda la razón"*, y se quedó en paz.

Ya estando internada en el hospital recayó nuevamente con hepatitis y se le complicó a tal grado que se convirtió en cirrosis hepática. Su situación era crítica y los médicos hablaban de caso grave, pero no desesperado. La tenían conectada a varios aparatos y con muchas sondas, eliminaba continuamente sangre por la nariz y sus ojos tenían también coágulos, estaba muy inflamada de las manos y de los pies. Sin embargo lo más que dijo fue: *"Es que no puedo más, no puedo"*, en voz baja y sin aspavientos. Su hermano Romeo, al ver que el anillo le ligaba mucho el dedo por la inflamación, le preguntó que si quería que se lo quitara limándoselo, pero ella dijo que no, porque era el símbolo de su consagración a Dios y se quedó con él.

Entró en aparente estado de coma desde que le hicieron la traqueotomía el día seis de diciembre, porque perdió la facultad de hablar y su mirada quedó fija.

El día siete su estado se agravó aún más, sin embargo, su hermana Dorita, presente en esos momentos, comenta lo siguiente: *"Se veía que estaba pasando por un sufrimiento terrible, sus ojos estaban llenos de sangre y tenía muchas sondas, sueros, etc. Entonces yo me acerqué porque se le resecaban mucho los labios y le ponía un algodón humedecido para contrarrestar un poco; como transpiraba mucho de la frente se la enjugué y al oído le dije que nos iba a hacer mucha falta, en ese momento vi que se le rodaron las lágrimas y me di cuenta de que estaba consciente".*

Tanto su familia como sus hijas religiosas querían permanecer a su lado hasta el último momento, porque les parecía que en cualquier breve ausencia se podría ir. Pero, terminó el día siete sin poder ayudarla para aminorar en algo su sufrimiento.

Se deshoja una rosa

Al amanecer del día ocho de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, en el ambiente se percibía el presentimiento de que ése iba a ser el día de su partida. Era "su día" por excelencia y siempre lo había celebrado con regocijo especial.

Eran las nueve de la mañana cuando llegó el Dr. José N. Assad y dijo que veía que ya era el momento conveniente de retirarle a la M. Gloria María los aparatos a los que estaba conectada y la mantenían con vida artificial. Para ello solicitó la autorización tanto de la M. Margarita del Sagrado Corazón Fernández de Castro como de su madre

doña Otila para hacerlo, asegurando que en veinte minutos terminaría.

Con fortaleza admirable doña Otila contestó: "Mire, doctor, haga de cuenta que mi hija es su hija y lo que usted hubiera hecho con su hija, hágalo con la mía". Entonces le retiraron todos los tubos que tenía.

Ella estaba enteramente tranquila, nada más un grito se le oyó cuando le quitaron la sonda que le habían aplicado para alimentarla, porque ya estaba encarnada y la desprendieron con parte de su carne.

La agonía se prolongó durante todo el día y las sombras de la noche comenzaron a caer, la angustia apretaba todos los corazones al verla sufrir sin queja y sin poder auxiliarla. En el hospital surgió espontánea la noticia de que estaba muriendo una religiosa santa y de pronto, los familiares de los enfermos internados empezaron a llegar al cuarto de la M. Gloria María preguntando si podían tocar a su cuerpo objetos religiosos, como rosarios y medallas y pedían verla aunque fuera de lejos. En el hospital, esa reacción de tantas personas fue considerada como el final lógico de una vida entregada completamente a Dios.

Cerca de las ocho de la noche en Villa de la Paz se recibió una llamada telefónica urgente del Hospital Muguerza: *"¡La M. Gloria María de Jesús está agonizando!"*. En silencio las hermanas se reunieron en la capilla ante Jesús Sacramentado para orar e interceder por ella... Hágase, Señor, tu voluntad...

Mientras tanto en el hospital parecía que el tiempo pasaba muy lentamente, pero al dar las 8:30 de la noche sencillamente dejó de respirar y descansó en el Señor con toda paz, su misión en este mundo estaba concluida y su vocación perfectamente

realizada. La M. Gloria María de Jesús, en el ejercicio de su cargo de Superiora General, entregó su alma a *"el buen Dios"* a la edad de 58 años, era el ocho de diciembre de 1966. Estaban presentes en ese momento algunas religiosas, entre ellas la M. Imelda Parás que casi siempre estuvo a la cabecera de su cama, su madre y todos sus hermanos. Muchas lágrimas corrieron junto a su lecho y la noticia voló rápido por todo Monterrey.

En Villa de la Paz las hermanas permanecían en oración. Ese día precisamente, solemnidad de la Inmaculada Concepción, la hermana sacristana había colocado muy cerca del sagrario un florero adornado artísticamente con unas rosas de la paz preciosas, no totalmente abiertas, porque eran flores nuevas y se veían muy frescas, más bien estaban todas a medio abrir, pero eran grandes y tenían un bellísimo color, por eso fue especialmente significativo para las hermanas el hecho de que en el momento que les comunicaron la noticia de su fallecimiento, una de esas rosas que estaba en el florero repentinamente se deshojó y sus pétalos quedaron extendidos frente al sagrario, ante el asombro de la comunidad ahí reunida.

En el hospital, la M. Imelda Parás procedió a vestir a la M. Gloria María con su hábito religioso, ayudada por Rosa María, Otila y Dorita Elizondo García. Al terminar de arreglarla, la M. Imelda les dijo: *"La M. Gloria María, personalmente, casi no tenía nada, sólo unas cuantas cosas que yo quisiera entregárselas a ustedes para que las tengan como recuerdo"*, y le dio a doña Otila el crucifijo que tenía en sus manos al momento de fallecer, a Rosa María un rosario, a Otila una medalla de Hijas de María. Entonces Dorita preguntó: *"¿Alcanzaré alguna cosa*

de ella?" y la M. Imelda le dijo: *"Pues ya no hay, pero si podemos quitarle su anillo, va a ser para usted".* Pero fue imposible, aun con toda su buena disposición y amabilidad, porque tenía las manos muy inflamadas.

Sus restos mortales fueron trasladados a la casa general en Villa de la Paz, llegando aproximadamente a las 11:15 de la noche. En la puerta la esperaban sus hijas que formaron una valla con flores de alcatraz en las manos, primero las novicias, después las junioras y por último las profesas... las lágrimas corrían silenciosas, el sentimiento de orfandad les oprimía el corazón y los recuerdos se amontonaban en la memoria. En ese momento sus hermanos tomaron en hombros el ataúd conduciéndolo hasta la capilla donde fueron velados durante esa noche por su afligida madre, sus hermanos, sus sobrinos, las religiosas y numerosas amistades.

Ya estando ahí, la M. Margarita Fernández de Castro se enteró de que Dorita no había alcanzado ninguna pertenencia de su hermana y le dijo: *"Espéreme un momento, yo le voy a traer algo muy personal de la M. Gloria María".* Luego regresó y le dijo: *"Éste es el velo que ella usó siempre, es para usted".*

Llovían las estrellas

La gente sencilla de Tamatán supo admirablemente interpretar los signos de los tiempos. Aun en la distancia, todos ellos estaban enterados de la gravedad de su gran bienhechora y cuentan, en efecto, que esa noche fue muy especial para los habitantes de esa región, porque con sorpresa y

gran asombro vieron que las estrellas caían como desprendidas del cielo, *"¡llovían las estrellas!"*, y espontáneamente relacionaron esa lluvia de estrellas, fenómeno natural, con la partida terrenal de la señorita Gloria al encuentro definitivo con *"el buen Dios"*, a quien tanto amó y deseó glorificar. Fue al día siguiente cuando llegó a Tamatán la dolorosa noticia de su fallecimiento que pasó rápidamente de boca en boca, confirmando de esa manera lo que había sido sólo un presentimiento.

En Monterrey el día nueve de diciembre de 1966 los periódicos locales publicaron la siguiente participación:

«Gloria Dei. Todo para gloria de Dios.

Las Misioneras Catequistas de los Pobres y la familia Elizondo García participan a usted que después de sufrir resignadamente dolorosa enfermedad, habiendo recibido la unción de los enfermos, el sagrado viático y la bendición papal, ayer a las 20:30 horas descansó en el Señor sor Gloria María Elizondo García, segunda Superiora General de las Misioneras Catequistas de los Pobres.

Deja el ejemplo de su vida de caridad, tenemos la esperanza de que esté ya gozando de la visión del Señor Dios de las misericordias y pedimos a todos que se unan a nosotros para elevar sufragios por su alma cristiana.

Hoy se velarán sus restos mortales en Villa de la Paz y a las 9:00 a.m. se celebrará allí mismo la santa misa pontifical exequial de cuerpo presente para ser inhumada en el Panteón del Carmen a las 11:00 horas, en espera de su resurrección final.

Agradeceremos que, en lugar de ofrendas florales, se manden aplicar misas por nuestra Madre y Hermana.

"Debemos creer que Dios resucitará y llevará con Jesús a la gloria a los que murieron en la fe y el amor de Jesús" (2 Tes 4, 4)».

Un lugar maravilloso

Muy lejos de Villa de la Paz, en un pequeño poblado cerca de la costa de Oaxaca, una de las hermanas que se encontraba de misiones, platica que precisamente esa noche soñó que estaba en Monterrey y que iba en una camioneta por un camino angosto, entre labores, con alambrado de púas a los lados. Cuando ella se subió a la camioneta, la M. Gloria María ya iba sentada en la cabina, vestida de novia, de blanco con velo y corona, y comentó con las demás hermanas: *"Miren, parece que va a casarse, ¿a dónde iremos?"*, le contestaron que iban a la boda y que allá iba a estar el novio esperándola.

El camino fue muy largo. Por fin se detuvieron ante una muralla que tenía una puerta altísima y muy grande. Allí se bajó la M. Gloria María y caminó hacia la puerta que se abrió ante ella y se alcanzó a ver un jardín grandísimo, lleno de flores. Había dos filas de niños como de dos o tres años formando una valla, tenían lamparitas en las manos, como de tren, y estaban vestidos con colores muy suaves como de tono pastel, unos de rosa, otros de celeste, de blanco, de verde, de lila, ¡era una hermosura todo aquello! Las hermanas se encaminaron detrás de ella, pero la puerta se cerró en cuanto pasó y nadie más logró entrar. Entonces las hermanas abordaron

nuevamente la camioneta y regresaron por el mismo camino. Al llegar a casa y bajarse de la camioneta la hermana despertó: *"¡Fue un sueño!"*.

Al día siguiente la comunidad se levantó como de costumbre y mientras desayunaban la hermana platicó su sueño a las demás y la respuesta fue: *"Tú siempre con tus sueños"*. Y comenzaron las labores de visitar a los enfermos. Cuando al medio día regresaron a casa para comer se encontraron con un telegrama que les comunicaba el fallecimiento de la M. Gloria María de Jesús, en ese momento la hermana exclamó: *"¡El sueño de anoche fue la entrada de la M. Gloria María al Cielo!"*.

Comentaron después las hermanas que haber recibido el telegrama a tiempo fue otra gracia especial, porque a ese lugar no llegaba ninguna clase de correspondencia y mucho menos a tiempo, ya que era una población reducida y muy retirada de la civilización.

La despedida final

El día nueve las exequias fueron muy solemnes. El Excmo. Sr. Espino y Silva ofició misa pontifical a las 9:30 de la mañana, concelebrando varios canónigos y sacerdotes, entre quienes se encontraba al P. Ernesto L. Chazalón Ranck capellán de la Congregación. La capilla resultó insuficiente para el gran número de personas que asistieron, no obstante que era un día entre semana y laboral. En la homilía el Excmo. Sr. Espino y Silva hizo una breve reseña de la vida de la M. Gloria María, segunda Superiora General de las Misioneras Catequistas y de los Pobres, recordando

su generosa entrega a Dios, su gran humildad y su caridad sin límites. En resumen dijo lo siguiente:

«Las palabras de Cristo Nuestro Señor resuenan sobre este féretro, palabras de vida inmortal: "Todo aquél que vive y cree en mí, no morirá jamás" y la Reverenda Madre realmente creyó y vivió en Cristo... por eso dejando el mundo vino a buscar la vida religiosa... No tiene otra explicación su género de vida, su espíritu por formar mejor y mejor a todas sus religiosas para que después pudieran transmitir más eficazmente el mensaje de Cristo Nuestro Señor...

No se separaban de sus labios aquellas palabras: "el buen Dios, el buen Dios", ésa era su expresión cuando se refería a Dios Nuestro Señor. Vivía íntimamente la vida de gracia, esa vida de Dios y las virtudes sobrenaturales que poseía plenamente... Vivía en Dios, para Dios y por Dios. Y parece que tenía prisa en este mundo... fue elegida superiora general siendo aún religiosa de votos temporales... Es que había urgencia, la urgencia de Dios para que cumpliera la misión a la que Él la había destinado desde toda la eternidad y esa misión era que fuera superiora y madre de este Instituto. Y cómo lo supo dirigir, con qué acierto, con qué firmeza, con qué fortaleza, con qué luz quiso dirigir a esta Congregación a la luz de las nuevas enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Y a pesar de ser superiora, se juzgaba la más pequeña, inferior a todas, sirviéndolas con humildad, con espíritu de sacrificio. Era superiora para servir y ayudar a los demás...

La muerte no es el fin, la muerte es el principio, es el abrirse de una primavera, es el empezar de una nueva vida. La muerte es el comienzo de la verdadera vida que se prolongará por toda la eternidad. Hemos

perdido a un ser queridísimo, pero hemos ganado, Dios así lo quiera como lo esperamos, una intercesora valiosísima delante de Dios Nuestro Señor... Así sea.»

Al terminar la Celebración Eucarística, el mismo Sr. Arzobispo pronunció un responso y acompañó la procesión de salida hasta que el féretro fue depositado en la carroza. Los hermanos de la M. Gloria María nuevamente lo tomaron en hombros y salieron de la capilla a la escalinata de los corredores en medio de una gran multitud que le hacía valla con flores blancas en las manos.

Partió el cortejo fúnebre hacia el Panteón del Carmen en medio de una multitud y durante un buen trecho de la Avenida Chipinque (hoy Gómez Morín) le hicieron valla las alumnas del Colegio del Sagrado Corazón (Instituto Mater) con sus uniformes y sus velos blancos para dar el último adiós a la buena M. Gloria María, a quien apreciaban mucho.

Al llegar al panteón, el P. Jorge Marcos en sentida oración fúnebre expresó lo que para todos significaba esa pérdida irreparable y a la vez manifestó la esperanza al poner de relieve su vida ejemplar y sus admirables virtudes. También habló el P. Martín Martínez ponderando sus virtudes ejemplares y el testimonio de su vida. Y por último el P. José Cruz Camacho agradeció en nombre de la familia Elizondo García las condolencias recibidas de tan numerosas personas.

Aproximadamente quince dias después del sepelio, fue Dorita a visitar a su mamá y al llegar, doña Otila le dijo: *"Te tengo una sorpresa. Vinieron dos madres de Villa de la Paz a traer el anillo de sor Gloria María y como a ti te lo ofreció la M. Imelda, quiero entregártelo"*. Por dentro el anillo tiene la

siguiente inscripción: *"S. Gloria Maria 4-16-57"* y por fuera tiene el símbolo de la Congregación que es el mundo con una cruz y las palabras *"Ave María"*. En Villa de la Paz no se sabía nada de esa entrega y aunque se investigó, nunca se aclaró la incógnita de quienes fueron las religiosas que llevaron el anillo de la M. Gloria María de Jesús a la casa de doña Otila.

En resumen se puede afirmar que su vida fue un claro testimonio de ejemplaridad evangélica, porque supo conservar en el centro de sus actividades cotidianas a *"el buen Dios"*, a pesar de que le tocó vivir en un contexto socio-político-religioso caracterizado por muchas dificultades.

Como laica comprometida con el mundo del trabajo, primero como empleada y luego como empresaria, supo conjugar sus diversos compromisos y responsabilidades con un impulso evangelizador generoso y creativo. Y después como consagrada, llamada muy pronto a liderar su familia religiosa, se dedicó a la promoción espiritual y humana de sus hermanas para que pudieran responder a la altura de los nuevos desafíos que presentaba la sociedad en fidelidad a su propio carisma.

X

Camino a su beatificación

Fama de santidad

En vida de la venerable sor Gloria María ya se hablaba de su santidad por su comportamiento virtuoso tan especial y porque era evidente su unión íntima con Dios que la hacía sensible para servirlo en los más pobres y desfavorecidos. Su coherencia de vida cristiana y su compromiso evangelizador le daba tal delicadeza en su actuar cotidiano que parecía entrar de puntillas, para no ser notada, a los lugares donde descubría alguna necesidad, tanto material como espiritual, con el fin de proporcionar ayuda, alivio y consuelo a las personas que así lo requerían, porque en cada una de ellas veía el rostro de "el buen Dios" a quien ella amaba.

Su vida fue un constante sí a la voluntad de Dios que fortalecía en la Eucaristía. Como seglar fue extraordinaria por su caridad y como religiosa fue ejemplar por la firmeza de su espíritu de fe y su gran amor a Dios. Después de su fallecimiento su fama de

santidad fue en aumento y se ha ido consolidando de manera unánime y espontánea por el constante recurso del pueblo pidiendo su intercesión y asegurando en muchas ocasiones haber recibido gracias y favores especiales solicitados por su mediación.

Proceso diocesano

En base al interés eclesial que reportaría esta causa al considerar su ejemplar vida cristiana, como seglar y como religiosa, su muerte en olor a santidad y la espontánea solicitud de su intercesión que se suscitó desde el momento de su fallecimiento, el 18 de octubre de 1994 el Emmo. Sr. Adolfo A. Suárez Rivera, Arzobispo de Monterrey,[12] consideró oportuno autorizar los pasos preliminares del proceso ordinario para recoger los testimonios y la documentación relacionada con la vida, virtudes y fama de santidad de sor Gloria María de Jesús Elizondo García, m.c.p. y a partir de ese momento los trabajos preparatorios se desarrollaron con esmero y sin tardanza.

La Congregación para las Causas de los Santos dio su parecer positivo al inicio de esta causa y el 14 de febrero de 1995 el Emmo. Sr. Arzobispo de Monterrey otorgó el decreto de introducción de la causa ordenando la apertura del proceso, a tenor

12. Suárez Rivera Adolfo Antonio (1927-2008). Nació en San Cristóbal de las Casas, Chiapas y murió en Monterrey, N.L., fue preconizado Obispo de Tepic en 1971, trasladado a Tlalnepantla en 1980 y promovido a la Arquidiócesis de Monterrey en 1983. Por S.S. Juan Pablo II creado y publicado Cardenal en el consistorio del 26 de noviembre de 1994 con el título de Ntra. Señora de Guadalupe en Monte Mario.

de la vigente legislación para las causas de los santos, por lo cual al día siguiente se llevó a cabo la sesión de apertura. Durante este proceso fueron interrogados treinta y cinco testigos que la conocieron personalmente y convivieron con ella, por lo que sus declaraciones son de gran valía. Además, se realizaron todas las diligencias prescritas por derecho. Esta fase diocesana fue clausurada con éxito el 27 de octubre de 1995.

Proceso romano

La investigación diocesana se presentó el 22 de noviembre de 1995 en la Congregación para las Causas de los Santos y fue reconocida su validez mediante decreto del 24 de mayo de 1996. A partir de esa fecha se trabajó en ordenar y analizar las diferentes pruebas recogidas en la encuesta diocesana que demuestran que sor Gloria María de Jesús vivió las virtudes cristianas en grado heroico. La postulación de la causa entregó la Positio super vita, virtutibus et fama de sanctitatis ya editada el 1° de mayo de 2005.

Esta noticia causó entusiasmo especialmente en la Arquidiócesis de Monterrey y avivó la esperanza de verla pronto en los altares por su creciente fama de santidad que naturalmente se ha extendido y porque representa un modelo atrayente y vigente capaz de iluminar a quienes desean seguir a Jesucristo en el mundo del trabajo y en la consagración total a Dios, ya que ofrece fascinantes rasgos actuales.

¡Venerable!

Sin duda, hay un tiempo para cada cosa[13] y todo tiene su tiempo exacto en la providencia de Dios, por eso fue el 16 de mayo de 2019 la fecha señalada para que se realizara el Congreso de la Comisión de Teólogos de la Congregación para las Causas de los Santos donde se analizó y se emitió un veredicto especializado sobre la vida, virtudes y fama de santidad de sor Gloria María de Jesús, dando al final un resultado positivo y muy favorable que llenó de alegría y gozo a cuantos esperaban con ansias esa noticia. La Congregación para las Causas de los Santos entregó la Relatio et vota ya impresa el 20 de noviembre de 2019 y posteriormente, el 16 de junio de 2020, se recibió el dictamen positivo por parte de la Comisión de Obispos y Cardenales.

El hecho de encontrar todo correcto en este proceso abrió la puerta para que en el consistorio celebrado el 19 de junio de 2020, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el Santo Padre Francisco autorizara a la Congregación para las Causas de los Santos la promulgación del decreto de virtudes heroicas practicadas por la ahora Venerable sor Gloria María de Jesús Elizondo García. El 25 de septiembre de 2020 la Congregación para las Causas de los Santos entregó el decreto firmado declarándola oficialmente Venerable en reconocimiento a sus virtudes vividas en grado heroico. Este es el paso previo para que sea reconocida beata.

En este punto la Iglesia reconoce ante Dios que ya se estudió la causa y se ve la conveniencia eclesial de esta beatificación, es decir, la parte

---

13. Cfr. Eclesiastés 3.

terrena ya está hecha y la Venerable está lista para ser beatificada, pero ahora es necesario que Dios confirme esta decisión a través de una señal con características inconfundibles, ya que se trata de un milagro aprobado, un suceso extraordinario que no puede explicarse por las leyes regulares de la naturaleza por lo cual se atribuye a la intervención directa de Dios. Debe ser un hecho sobrenatural, inmediato, completo, permanente y que incluya la intercesión de la Venerable, como garantía y certeza del querer de Dios.

Traslado de sus restos

Debido a que la causa estaba ya muy adelantada en Roma, la Postuladora solicitó la autorización de la Congregación para las Causas de los Santos y del Excmo. Mons. Rogelio Cabrera López,[14] Arzobispo de Monterrey, para trasladar los restos mortales de la Sierva de Dios sor Gloria María de Jesús Elizondo García, del Panteón del Carmen a la Parroquia de Nuestra Señora Reina de los Ángeles,[15] para su custodia y para recibir la veneración de los fieles, de acuerdo a las normas establecidas.

El traslado se efectuó del 18 al 21 de septiembre de 2019, quedando la urna colocada en un nicho fabricado especialmente para esta ocasión, situado

14. Cabrera López Rogelio, nació en 1951 en Santa Catarina, Gto., fue preconizado Obispo de Tacámbaro en 1996, trasladado a Tuxtla Gutiérrez en 2001 y nombrado Arzobispo en 2007. Promovido a la Arquidiócesis de Monterrey en 2012.

15. Roberto Garza Sada No. 300, Col. Valle de San Ángel, C.P. 66290, San Pedro Garza García, N.L.

entrando a la parroquia a mano izquierda a los pies de una imagen de la Santísima Virgen María. El último día, asistieron a la celebración Eucarística numerosas personas, algunos de sus familiares, además de la Superiora General y varias hermanas de las Misioneras Catequistas de los Pobres, dando fe del acto la Postuladora de esta causa. Fue para todos un momento verdaderamente histórico y emotivo, de gracia abundante y de gran alegría, porque ahora podrán visitarla de manera accesible y esto incrementará más su fama de santidad, ya que es mucha la gente que busca la intercesión de la Madre Gloria María en sus necesidades y preocupaciones.

XI

De sus escritos

La M. Gloria María de Jesús fue una mujer que dedicó su vida a buscar siempre y en todas partes la gloria de Dios, concretamente amando a sus hermanos sin distinciones, aun a costa de múltiples sacrificios. Por eso resulta particularmente interesante la lectura de los siguientes párrafos que pertenecen a varias cartas personales que ella dirigió a algunas hermanas de su Congregación, familiares y amistades en diferentes fechas y por distintos motivos, pero que descubren rasgos atrayentes de su personalidad y su mirada trascendental de la vida, tanto en el aspecto moral como espiritual.

En 1961

A sor Alejandrina de San José

Mi buena y muy amada hija en Jesús:

[...] No puedo menos de bendecir al Señor y de agradecerle de todo corazón que le haya hecho ver con espíritu de fe y con la sumisión y buenas disposiciones de una alma consagrada a Él lo que el buen Dios ha dispuesto, aunque sus íntimos sentimientos tengan que pasar por una prueba dolorosa, y no sabe mi buena hija cuánto me ha agradado que con filial sencillez y confianza me haya hecho conocer eso.

Por una parte, siento mucho que usted tenga que sufrir algo en ese aspecto, pero sé que a las almas que Dios ama con especial predilección, las hace pasar por pruebas penosas, porque sabe que eso las une más a Él y las santifica y porque después tendrán más gloria y un lugar más alto en el Cielo. Mas para que nos aprovechemos debidamente de esas preciosas ocasiones que el Señor nos da de ganar méritos, debemos esforzarnos en aceptar con gusto y como venida de su divina mano, todo lo que el buen Jesús nos pide y en hacer las cosas como sabemos que a Él le agradaría que las hiciésemos. Así podremos mostrarle nuestro amor y la conformidad de nuestra voluntad a su divino beneplácito.

Además, cuántas veces sólo espera el buen Dios que hagamos el esfuerzo y entonces nos da en abundancia la gracia para cumplir aquello que nos pide.

Continúe obrando en todo con espíritu sobrenatural y viendo en la Madre al representante de Dios y con gusto llegará a hacer lo que sea necesario, y el buen Dios dará por hecho a Él mismo todo lo que usted haga para cumplir con sus deberes de hija y de miembro de esa pequeña comunidad.

Tampoco debemos olvidar que los superiores tienen una asistencia especial de Dios y lo que no se tiene como simple súbdito, se puede tener cuando la obediencia y el deber nos hacen desempeñar el cargo de superioras y de madres y que Dios en su infinita bondad da luces y gracias especialísimas.

[…] Adelante, pues mi buena hija, que lo que es arduo para la naturaleza humana, es fácil al poder de la gracia que el buen Jesús concede a todos los que se la piden. […]

A sor Alejandrina de San José

Mi buena y amada hija en el Corazón de Jesús:

Me causó verdadero gozo recibir su cartita y enterarme por ella de que el buen Jesús le había recompensado los esfuerzos que hizo para avivar su fe en los días de la prueba y ver en todo la divina voluntad, y cómo le fueron útiles para practicar muchas virtudes, especialmente la de la humildad y la de la obediencia que muchas veces exige nuestra sumisión de juicio y nuestra conformidad interior, aunque tengamos que luchar contra nuestra naturaleza, y en esas ocasiones es cuando podemos

demostrarle más a Jesús nuestro amor y nuestra entrega puede ser cada vez más generosa a él y a su santo servicio.

Bendito sea Dios que aquellos días de prueba pasaron y que poco después hubo un cambio favorable por bondad divina.

Me causa grande satisfacción saber que se siente contenta y feliz en la vida religiosa y que trata de ser mejor cada día y hace bien en desear y trabajar por ser un alma verdaderamente virtuosa, pues nuestros votos religiosos nos obligan a ello, pero mucho más nos debe mover el amor y la gratitud que debemos tener para aquél que desde toda la eternidad nos ha amado con infinito amor y particular predilección y de quien hemos recibido todo bien.

Yo, ¿qué otra cosa puedo querer sino que todas y cada una encuentren paz y consuelo en el servicio de Dios Nuestro Señor y que todas se sientan felices allí donde por ahora el buen Jesús quiere que estén?, pero también deseo que todas estemos dispuestas a llevar la cruz cuando Él se digne enviárnosla, ¿verdad?, porque no creo que haya nadie que viendo a Jesús cargado con su pesada cruz no se ofrezca a ayudarle a llevarla, además, todas sabemos que la cruz es el camino real de la santificación.

Que Él la bendiga para que siga animosa trabajando por su santificación y también para que pueda hacer mucho bien a los grupitos de almas que le vaya confiando, porque aunque es Él el que hace todo, a nosotras nos hace participar de la inmensa dicha de trabajar por su gloria y de enseñar a las almas su santa doctrina y con ella el camino del Cielo.

No la olvido en mis oraciones y le ruego tenerme presente en las suyas así como a la Madre, porque aunque el buen Dios se ha dignado nombrarnos

sus representantes, no dejamos de ser personas humanas y por lo mismo tenemos que estar llenas de miserias y defectos, los que a veces se acentúan por la enfermedad o por las mortificaciones y contrariedades que sufrimos, pídale mucho que nos ilumine, bendiga y ayude para cumplir lo mejor que podamos los deberes que nos corresponden.

Afectísima madre en Jesús y María que la bendice de corazón y pide por su santificación.

A sor María de los Ángeles de Jesús

Mi buena y amada hija en el Corazón de Jesús:

Que Él llene de paz su corazón y la inflame en su divino amor.

Aunque estoy en ejercicios, no he querido demorar la contestación de su cartita.

Estimo y agradezco el que haya sentido confianza para comunicarme la grande pena que tiene por lo ocurrido en su familia y siento gusto de poder unir mis oraciones a las suyas, así como las de la comunidad, para alcanzar del divino Corazón de Jesús la gracia de que ese serio y sensible problema se solucione pronto satisfactoriamente.

[...] Usted, mi buena hija, siga su caminito de amor, de fervor, de confianza y de grande celo por las almas para gloria de Dios y santificación de la suya y de los que usted ama. [...]

En 1962

A la Profa. Rosa María Porchini

Muy estimada Rosita:

Sus cartitas siempre traen alegría a mi corazón; me traen a la memoria aquellos buenos tiempos de nuestras correrías apostólicas, ¿recuerda? Yo jamás lo olvidaré ni se borrará mi agradecimiento para usted por la bondad con que me acompañaba y a sus papacitos por permitírselo. Eso ya quedó escrito allá en el Cielo.

Inmenso gozo me causó lo que me dice de su papacito; no me extraña, porque la oración es omnipotente. [...]

Tampoco me extraña lo que me dice de su frialdad e indiferencia para las cosas de Dios; entre líneas leo que le causa pena verse tan insensible, lo que denota que pasó ya la edad de los principiantes en la vida espiritual, cuando el Señor colma al alma de gozos y consuelos sensibles y comienza la era de los aprovechados en que se le retira todo consuelo y el alma queda sumida en una aridez purificadora sintiéndose lejos de Él. Ahora es cuando debe ser más fiel a sus prácticas de piedad, segura de que nunca ha estado tan cerca de Dios como ahora, aunque no lo sienta. Le voy a encargar unos libros que le servirán de mucho y se los enviaré cuando los tenga. Me agradará que me diga después qué impresión le hicieron. [...]

A la Profa. Rosa María Porchini

Muy estimada Rosita:

[...] Me hace gracia que se vea impulsada a comulgar menos porque se cree indigna y teme hacerlo mal. ¿Quién habrá que se crea digna y que lo hace bien? Comulgamos precisamente porque tenemos inmensa necesidad de Él... lo necesitamos como del aire para respirar y del alimento para vivir. Él se encargará de hacernos menos indignas si lo recibimos con amor. No amor sensible, que ese no hace falta sino de voluntad. [...]

En 1964

A sor Genoveva de la Sta. Faz

Muy amada hija en Cristo:

Al llegar esta nueva etapa de su vida en que con resolución espontánea y generosa, ratifica su decisión de ser toda de Él, renovando su entrega del todo voluntaria, al Amado de su alma, no puedo menos que ofrecerle mis congratulaciones por tan feliz acontecimiento para animarla con santo apremio a que, tomando muy en serio sus compromisos, se espolee a sí misma en el camino de la santidad, aprovechando las ocasiones que a diario se presentan para practicar las virtudes de la humildad, sacrificio,

obediencia, paciencia y caridad que deben adornar a toda Misionera Catequista de los Pobres.

El atajo más corto para la santidad es el atajo de amor… el amor no calcula ni mide cuando se trata de servir y dar gusto al Amado. El que ama, sonríe cuando quisiera llorar para dar gusto al Amado… es un camino áspero y erizado de espinas pero que se suavizan por el amor... Con santa obsesión repita sus actos de amor, pida con insistencia al Señor que la llene de su santo amor y verá cómo las virtudes aparecen en su alma a medida que crece en ella el amor.

Con amor y por amor le hago estas recomendaciones confiando en que el buen Jesús las grabará en su alma para su gloria y su propia santificación.

Afectísima madre en Jesús y María que de corazón la bendice.

A sor Genoveva de la Sta. Faz

Muy estimada hija en el Señor:

[…] La felicito porque ya descubrió la vereda estrecha pero luminosa que conduce a la santidad: “No separarse de Jesús, confiar en Él y amarlo…”.

Con Él, ¿qué le puede faltar? Su alma estará siempre en paz y mereciendo; las cruces no le parecerán tales, porque Él cargará con lo más pesado. Esas palabritas de su carta valen un tesoro y son un programa de vida; apúntelas en su libreta para que no las olvide.

Que Dios la bendiga y haga santa pide y desea su afectísima madre en Jesús y María que la bendice.

A sor Juliana del C. de Jesús

Muy amada hija en el Señor:

Con mucho gusto leí su carta del 3 del actual en la que me da noticias de su apostolado. Me admira lo que me dice de ese buen párroco; no es lo ordinario encontrar tanta incomprensión y oposición (bien intencionada sin duda alguna) pero que desconcierta a la misionera más esforzada en su trabajo. Bueno será en otra ocasión hacer lo que usted misma indica, enterar a los párrocos que no conocen de nuestro sistema de trabajo y que nos dejen libertad de acción durante el tiempo de misión para obtener el fruto a que estamos acostumbradas. Eso no quita que tratemos de informarnos y ajustarnos a los deseos del párroco conforme a las necesidades o problemas que tiene en su parroquia dejando después libertad de acción hasta el día de recoger el fruto.

No se deje preocupar por los problemas de los suyos, pues le haría daño a la paz de su alma; en esos casos que vienen directamente del buen Dios que tanto nos quiere y sabe mejor que nadie lo que conviene a cada uno de sus hijos, lo mejor es esforzarse por abandonarlo [el problema] a Él y descansar tranquila en su amor. Es más fácil decirlo que hacerlo, lo comprendo, pero si bien lo considera es el mejor camino y el único efectivo. [...]

A sor Juliana del C. de Jesús

Muy amada hija en Cristo:

Que el buen Jesús le colme de su amor y le conceda abundantes gracias y bendiciones celestiales.

[…] En cuanto a la pena que me dice siente al ver que no siempre se cumple con la observancia, yo también he participado de ella y de corazón le pido a Nuestro Señor que ponga en el corazón de todas nuestras hermanas un grande y ardiente deseo de perfección para que puedan con amor y generosidad cumplir con todas esas cositas que por ser pequeñas no siempre se les da la debida importancia, olvidando que es indispensable ser fiel en lo poco para poder después serlo en lo mucho.

Cuando sea necesario hacer algunas advertencias o recomendaciones, pídale mucho a Nuestro Señor la gracia de poder hacerlas con tino y caridad para que sean bien recibidas y produzcan los resultados deseados. […]

A sor Juliana del C. de Jesús

Muy amada hija en Cristo:

[…] Bendigo al buen Dios por lo que me dice acerca del entusiasmo con que las jóvenes están atendiendo sus centros de catecismo, pues así en ellas y a través de ellas se está glorificando a Dios y haciendo el bien a esas almitas infantiles tan amadas de Nuestro Señor.

Hace bien en sentirse contenta y muy agradecida al buen Dios por todas las gracias que le concede para santificarse, pues debemos apreciar en su justo valor los beneficios divinos y estimular en nosotros el agradecimiento, pues como dice el P. López, a más amor y gratitud por nuestra parte, mayor cúmulo de gracias por parte de Dios y gracias más escogidas.

A mejor correspondencia a las delicadezas de Dios, mayor "debilidad" por su parte para con nosotros. Así es el Señor, le damos algo y nos lo da todo. La correspondencia a los divinos favores es para el alma prenda de nuevas mercedes; el agradecimiento hace agujeros en las manos de Dios y desvalija su Corazón.

En cuanto a la pena de ver que no siempre se aprovechan las oportunidades que el buen Dios nos proporciona y de que nos falta fe y generosidad para ver en los acontecimientos su divina voluntad, seguramente que puede servirnos para apreciar mejor nuestras debilidades y flaquezas y esforzarnos en ser humildes, acrecentando nuestra confianza en la infinita bondad de Dios Nuestro Señor. [...]

A sor Juliana del C. de Jesús

Muy amada hija en Cristo:

Que Él llene su alma de amor y de su divina paz.

Oportunamente recibí su carta del día 27 y ya puede imaginarse la alegría que me causó enterarme de que todo había ya pasado. Con toda el alma se lo he pedido al buen Jesús, pues además de la contrariedad que a usted le causó, había el peligro de que por esos motivos hubieran quedado predispuestas

usted y la Madre, y eso hubiera sido lamentable por la repercusión que hubiera tenido en la comunidad.

No debemos olvidar que si todos los miembros de un instituto religioso deben estar unidos por la caridad fraterna, con mayor razón deben estarlo la superiora y su asistente, pues de su buen ejemplo dependerá mucho la unión y armonía que reine entre las demás.

Me da gusto verla generosa y aunque muchas veces nos cuesta, el amor a Dios Nuestro Señor debe superar los obstáculos y por Él debemos estar dispuestas a disculpar, a perdonar, a olvidar... haciéndolo así, nuestra alma se inundará de paz y se acrecentará el amor a él y la caridad hacia nuestras hermanas.

Ya sabemos que fuera de Jesús no hay ningún superior perfecto y por lo mismo no debe extrañarnos el encontrar deficiencias y defectos en nuestros superiores, naturalmente que cuando por disposición divina ocupamos ese lugar, tenemos que esforzarnos doblemente en corregir nuestras fallas, por nosotras mismas y por el ejemplo que debemos dar. De todos modos a pesar de nuestra buena voluntad, estamos llenas de miserias, pero nuestras hermanas con indulgencia fraterna deben procurar considerar y disculpar. Además, cuántas cosas se hacen de buena fe o con rectitud de intención, pero como sólo se ve lo exterior, se pueden mal interpretar.

[...] No deje de rezar por todas las almas que el buen Dios quiera confiar a su apostolado, porque para poder hacer algún bien espiritual en las almas, se necesita quererlas y rezar por ellas. [...]

En 1965

A sor María de los Ángeles de Jesús

Mi buena y querida hija:

[...] Ya puede imaginarse el gusto que tuve al recibir su carta del día 4 y la gratitud con que bendije al buen Dios, porque en ella se muestra como usted es, con las cualidades morales con que el buen Dios la ha adornado y con las excelentes disposiciones que debe tener quien le ha consagrado a Dios la vida y con ella cuanto es y cuanto posee.

[...] En cuanto a las penas sufridas, siempre que ocurra algo que nos apene o nos mortifique, debemos hacer el esfuerzo de ver todo de un modo sobrenatural y decirnos a nosotras mismas: si Dios lo permite es porque quiere darme ocasión de que practique virtudes que de otra manera no realizaría, me da la ocasión de poner una monedita de oro en mi alcancía del Cielo y luego la oportunidad de ofrecer algo costoso por el bien espiritual de los miembros de mi familia y por las almas más necesitadas.

Con esas reflexiones podemos ayudarnos mucho y Nuestro Señor que sólo espera nuestra buena voluntad, con su gracia divina hará lo demás y así no perderemos la paz del alma, no dejaremos que el diablo nos robe méritos o haga de las suyas, y nosotros sentiremos en el alma el gozo de haber triunfado de nuestro amor propio y de haber hecho actos buenos sólo por el amor de Dios, porque en estos casos sólo su amor nos puede animar a realizar lo que tan costoso es a nuestra pobre naturaleza.

Supe de la fiestecita que le hicieron a la Madre con motivo del día de su santo y no sabe, mi buena hija, cuánta alegría me causó y más debe haberle alegrado al buen Dios que usted, haciendo caso omiso a todo lo ocurrido, con gusto y buena voluntad hubiera tomado parte en ella. El buen Dios que todo lo sabe y que ve hasta el fondo de nuestro corazón, no dejará de premiarle con gracias especiales para su alma y para sus seres queridos eso, así como todo lo que haga por desplegar todas las aptitudes y cualidades que Nuestro Señor le ha dado, así como su esfuerzo por cooperar a la caridad y armonía de esa comunidad. [...]

En 1966

A sor Isaura de Jesús Sacramentado

Muy amada hija en Cristo:

[...] Me uno a su alegría por su salida a misión, hace bien en ir con un gran optimismo y confianza, pues teniendo a Dios en nuestra alma y considerando la gracia tan grande que nos hace el Señor al escogernos como instrumentos para conquistarle almas, debemos caminar siempre felices y agradecidas con Él que, en su infinita misericordia, a pesar de nuestras miserias quiere valerse de nosotras. Nos corresponde pues trabajar con un celo ardiente en la búsqueda de esas almas pobrecitas que están alejadas del Amor, ya sabe que para conquistarlas lo único que necesitamos es amor y amor implica entrega, renuncia, sacrificio, pero para el que ama todo se le hace poco con tal de agradarle a Él. [...]

A sor Isaura de Jesús Sacramentado

Muy amada hija en el Señor:

Con cuánto consuelo leí su bondadosa cartita del 6 del actual en la que veo la acción de Dios en su alma y su correspondencia generosa a ella.

Es un acto de humildad reconocer sus deficiencias. Sta.Teresita era lenta por naturaleza en todos sus trabajos y eso no impidió que llegara a gran santa. Precisamente nuestras deficiencias son los peldaños que nos levantan a la santidad. Dios quiere humildad y buen espíritu y no precisamente rapidez y lucimiento. Recuerde esto y siempre para su bien.

Fomente esa santa obsesión y deseo de vida sobrenatural por medio de lecturas espirituales escogidas; aproveche el ratito que Dios le da y si no le alcanza, pídaselo a la Madre y no dudo que se lo proporcionará. [...]

A su hermana Dora E. de Gómez

Muy querida Dorita:

[...] Gracias a Dios Nuestro Señor estoy muy bien, pero los estudios que creía yo sería cuestión de unos dos o tres días, han sido tardados, pues uno de ellos requería preparación de tres días y el segundo que me hicieron no resultó bien y tuvieron que repetirlo, pero creo que con el favor de Dios Nuestro Señor ya serán todos y mañana D.M. se conocerá el resultado de los últimos. Los primeros fueron satisfactorios a ver qué dice Nuestro Señor de éstos.

Yo estoy enteramente tranquila y contenta, pues sé que lo que Dios Nuestro Señor disponga, eso será lo mejor y de antemano lo he aceptado. [...]

A sor Mónica de San José

Muy amada hija en el Señor:

Recibí su cartita del 15 de los corrientes y la contesto brevemente porque por voluntad de Dios mi salud sigue mal. Según dicen los médicos va a ser necesaria una tercera operación. Cuento con sus oraciones que mucho agradeceré.

Me da gusto ver por su cartita que ya se va dando cuenta que el camino real de la santidad es la total entrega a la voluntad de Dios y la generosa aceptación de las cruces y espinas que se encuentran en el camino. Las que con amor se abrazan con el sacrifico, viéndolo todo como venido de la mano providente de su Padre Dios, son las que llegan a santas. Ya cogió el camino, ánimo y adelante que Dios está con usted.

Afectísima madre en Jesús y María que de corazón la bendice.

A sor María de los Ángeles de Jesús

Muy amada hija en Cristo:

[...] Hace bien en querer ser generosa y en amar cada vez más a Dios, ya que para eso dejamos a nuestros seres queridos e ingresamos a la Congregación. No le importe batallar con su carácter,

pues si lo vence es un triunfo y un gran mérito, si alguna vez le toca dejarse vencer, le servirá para conservarse humilde y para tratar de vivir más unida a Dios, ya que sólo en Él encontramos la fuerza necesaria para luchar contra las malas inclinaciones a que todas nos sentimos arrastradas.

Lo que sí le recomiendo mucho es que por nada se deje desanimar o desalentar, aun cuando llegue a fallar varias veces seguidas, sino que eso le sirva de estímulo para tratar de ganar otras tantas victorias y a redoblar la oración y la humildad, pues Dios Nuestro Señor ha prometido dar al que pide y bendecir y ayudar al humilde.

Que el buen Jesús la colme de sus gracias, pide y desea su afectísima madre en Jesús y María que la bendice de corazón.

Epílogo

La mejor manera de honrar la vida de una persona virtuosa es conociendo el modo personal y concreto con que respondió a la atracción divina a lo largo de su vida, para valorarla en sí misma y para encontrar motivaciones heroicas que nos enriquezcan con su ejemplo y nos impulsen a imitar sus virtudes al enfrentar, bajo la mirada de Dios, los pequeños y grandes retos que nos presenta la vida, incluso en la heroicidad de lo cotidiano.

Que "*el buen Dios*" bendiga y fecundice estas pinceladas biográficas que han sido tomadas de los documentos procesales entregados a la Congregación para las Causas de los Santos en Roma, con el único fin de acercar al mayor número de personas la vida, las virtudes y la fama de santidad de la Venerable sor Gloria María de Jesús Elizondo García, ya que manifiestan con gran sencillez que el camino de la santidad se realiza en el día a día vivido bajo la gracia de la luz divina.

Oración de intercesión

Señor, buen Dios, que guiaste a la Madre Gloria María para que amara profundamente a Jesucristo y a su Iglesia, dejándose guiar por el Espíritu Santo, viviendo en sencillez y sabiduría su vida cristiana; por ese amor a Ti se dedicó a servir y amar a los más necesitados a ejemplo de Cristo, tu Hijo amado; te suplicamos por su intercesión nos concedas la gracia que te pedimos.

Se hace la petición...
(Padre Nuestro, Ave María y Gloria)

Te rogamos que sea elevada a la gloria de los altares, y su ejemplo nos ayude a vivir cada día mejor nuestra vida cristiana. Amén.

Madre Gloria María, ruega por nosotros

Cronología

1908 26 de agosto. Nació en la ciudad de Durango, México, Gloria Esperanza Elizondo García, segunda de los nueve hijos de Alberto Elizondo González y Otila García de la Peña.
4 de octubre. Fue bautizada en la Parroquia del Sagrario Metropolitano en su ciudad natal, por el Ilmo. Sr. canónigo Basilio N. Ávila.

1909 Enfermó gravemente de una fiebre maligna.

1910 Inició la Revolución Mexicana que arrancó del poder al General Porfirio Díaz. A partir de entonces hasta el final de los años 30, se dieron constantes luchas por el poder, en ininterrumpida guerra civil.

1912 Comenzó a estudiar los primeros cursos de su educación elemental.

1913 Recibió el sacramento de la confirmación en la Catedral de su ciudad natal.
Por motivo de la Revolución, la familia Elizondo García cambió el lugar de su residencia a la ciudad de Monterrey, Nuevo León.

1914 Se recrudeció en México la persecución a la Iglesia Católica.
Solemne consagración de toda la Nación al Sagrado Corazón de Jesús.
Inició el Pontificado de S.S. Benedicto XV.

1917 Fue promulgada la nueva Constitución política con clara orientación liberal.

1919 8 de mayo. Recibió por primera vez el sacramento de la Eucaristía en el Templo de Señor San José en Monterrey.

1921 Se graduó como contador privado en el Colegio Central de Monterrey.

1922 Inició el Pontificado de S.S. Pío XI.

1923 Comenzó a trabajar como auxiliar de contabilidad en una empresa comercial.
Realizó diversos apostolados en la Penitenciaría del Estado y en el Hospital Gonzalitos. Impartió catequesis a niños y a jóvenes.
Ernesto Philippi, Delegado Apostólico, bendijo la primera piedra del monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, Silao, Gto., por lo que fue expulsado del país.

1925 Fueron expulsados más de doscientos sacerdotes extranjeros y se clausuraron templos, colegios y casas de beneficencia.

1926 Entró en vigor la Ley Calles y dio inicio la Guerra Cristera que se extendió principalmente en los Estados de Jalisco, Colima, Zacatecas, Guanajuato y Michoacán.
El episcopado mexicano decretó con la anuencia de la Santa Sede la suspensión de cultos en todo el país.

1928 Fue bombardeado el monumento nacional a Cristo Rey construido en piedra por la piedad popular en el Cerro del Cubilete.

1929 Se estableció la Acción Católica en México y Gloria se afilió con entusiasmo.
Convenio entre Gobierno e Iglesia Católica para poner fin al conflicto armado. Se restableció poco a poco el culto público en todo el país, pero la persecución continuó hasta 1940.

1933 8 de septiembre. Falleció en Durango, Dgo., Alberto Elizondo González, padre de Gloria.

1934 Fue implantada la educación socialista.

1936 Inició el Pontificado de S.S. Pío XII.

1941 Instaló Gloria en la Hacienda Tamatán de Ciudad Victoria, Tamaulipas, la empacadora "Productos Cruz de Oro".
Comenzó a buscar un terreno para la construcción de una capilla, porque las iglesias existentes en ese entonces eran pocas y quedaban muy distantes de Tamatán.

1942 Fue presidenta de la J.C.F.M. en Ciudad Victoria, que entonces pertenecía a la diócesis de Tamaulipas.
Promovió la formación cristiana de los habitantes de Tamatán. Formó varios centros de catequesis y evangelización para niños y adultos.
Visitaba a los presos de la cárcel estatal de Ciudad Victoria para catequizarlos.

1943 Fue promotora de la fundación y posteriormente bienhechora del Colegio Antonio Repiso que es atendido por la Congregación de Hermanas del Divino Pastor.

1944 Logró que una comunidad de religiosas se estableciera en Ciudad Victoria para atender, educar y orientar a las jóvenes.

1946 En octubre organizó una misión en el poblado La Pesca, Tamaulipas, donde habitaban los pescadores que trabajaban para su empresa.
El 8 de diciembre hizo su consagración como Hija de María y recibió el distintivo de la Asociación.

1948 15 de mayo. Consagración solemne de la capilla que Gloria construyó en Tamatán. Actualmente es la Parroquia de San Isidro Labrador.

1950 Suspendió su trabajo en la empacadora y regresó a Monterrey, donde estuvo trabajando en la empresa propiedad de sus hermanos.

1954 16 de julio. Ingresó a la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres.

1956 En enero. Primera edición de su libro *"Jesucristo"* con un tiraje de 40,000 ejemplares y posteriormente se hicieron tres ediciones más.

1957 16 de abril. Hizo su primera profesión religiosa.
En agosto fue nombrada delegada ante la Pontificia Unión Misional del Clero (P.U.M.C.).

1958 Inició el Pontificado de S.S. Juan XXIII.

1959 En mayo. Fue nombrada maestra de postulantes.

1961 19 de mayo. Fue electa Superiora General de la Congregación de las Misioneras Catequistas de los Pobres.
23 de mayo. Hizo sus votos perpetuos.
Como Superiora General promovió la superación académica y espiritual de cada una de las hermanas.

1962 Por su iniciativa comenzó en Monterrey el Movimiento de Cursillos de Cristiandad para damas.
24 de mayo. Fundó la comunidad de Texcoco en el Estado de México.
S.S. Juan XXIII inauguró el Concilio Ecuménico Vaticano II.

1963 1 de febrero. Editó un folleto sobre la participación de los fieles en la Santa Misa.
8 de mayo. Fundó el juniorado para las neoprofesas.
Inició el Pontificado de S.S. Pablo VI.

1964 22 de octubre. Se recibió de Roma el *Decretum Laudis* del Instituto.

1965 Acción de gracias de la Congregación por la aprobación Pontificia.
En junio se debilita su salud.
S.S. Pablo VI clausuró el Concilio Ecuménico Vaticano II.

1966 29 de junio. Fundó la comunidad de San Angelo, Texas, E.U.A.
28 de agosto. Fundó la comunidad de San Andrés Tuxtla, Veracruz.
12 de noviembre. Recibió el sacramento de la unción de los enfermos.
8 de diciembre. Falleció en olor de santidad en el Hospital Muguerza de Monterrey.
9 de diciembre. Fue spultada en el Panteón del Carmen, en la tumba propiedad de la Congregación de las Misioneras Catequistas de los Pobres.

1988 24 de mayo. Exhumación de sus restos mortales, los cuales fueron puestos en una urna que fue colocada en la misma tumba propiedad de la Congregación de las Misioneras Catequistas de los Pobres.

1995 15 de febrero. En Monterrey, inició el Proceso Ordinario para recoger los testimonios y la documentación sobre la vida, virtudes y fama de santidad de sor Gloria María de Jesús. Se concluyó el 27 de octubre del mismo año.

1996 24 de mayo. La Congregación para las Causas de los Santos reconoció mediante decreto la validez del proceso diocesano.

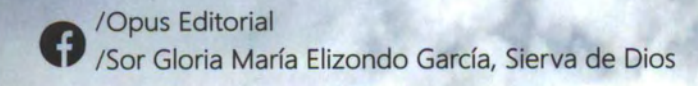
2005 1 de mayo. La postulación entregó la *Positio super vita, virtutibus et fama de sanctitatis.*

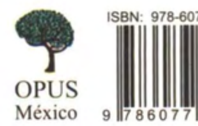
2019 16 de mayo. Congreso de la Comisión de Teólogos de la Congregación para las Causas de los Santos con resultado positivo.

Del 18 al 21 de septiembre. Traslado de sus restos mortales del Panteón del Carmen a la Parroquia de María Reina de los Ángeles donde quedaron en custodia.
20 de noviembre. La Congregación para las Causas de los Santos entrega la *Relatio et vota* ya impresa.

2020 16 de junio. Veredicto positivo de la Comisión de Obispos y Cardenales con relación al proceso apostólico.
19 de junio. Fue declarada Venerable por el Papa Francisco.
25 de septiembre. La Congregación para las Causas de los Santos entregó el decreto firmado declarándola Venerable.


LA GLORIA DE DIOS


/Opus Editorial
/Sor Gloria María Elizondo García, Sierva de Dios


OPUS
México
ISBN: 978-607-7614-50-0
9 786077 614500